

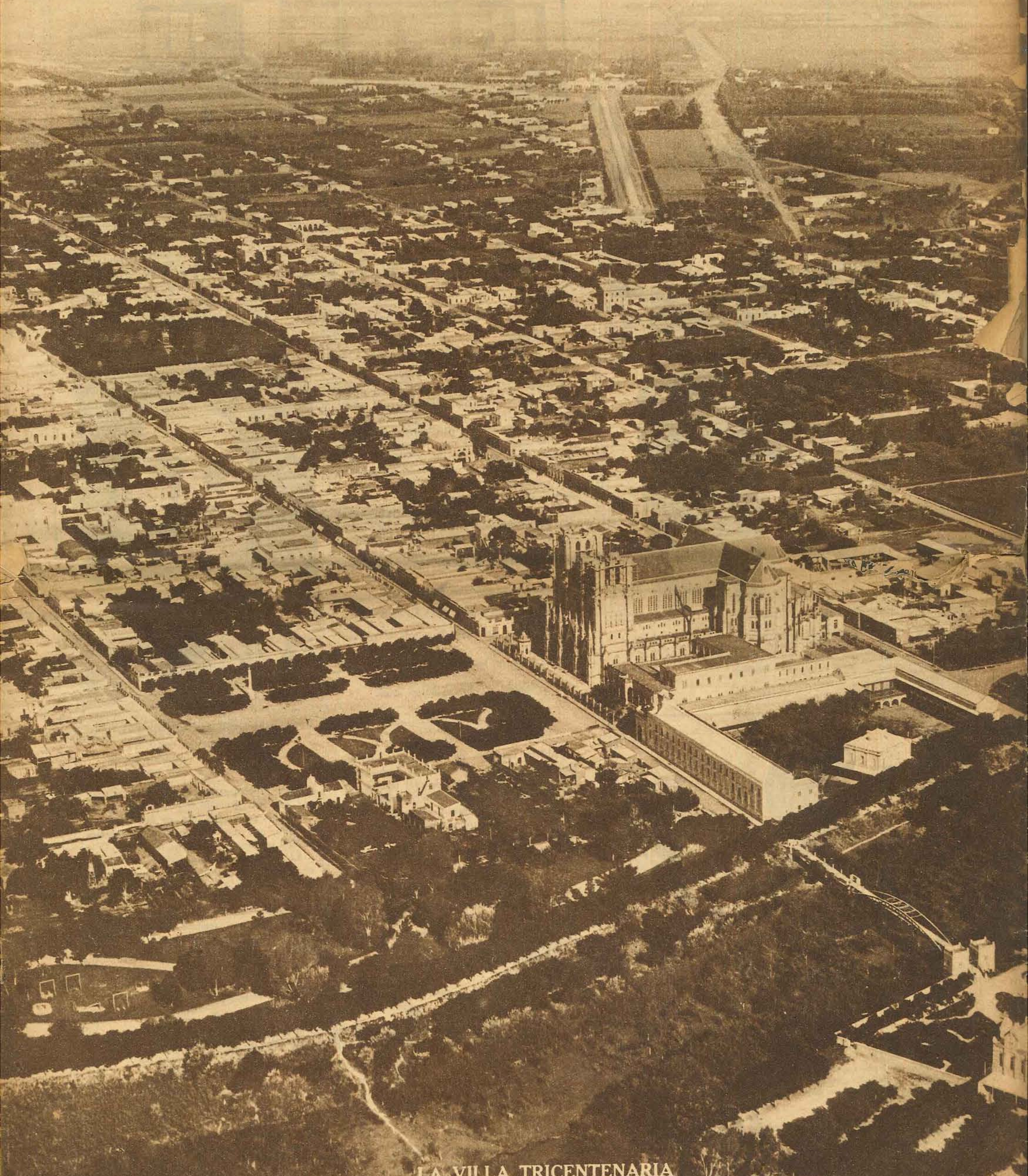
LA NACION

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES, 2 DE NOVIEMBRE DE 1930

NÚMERO 70

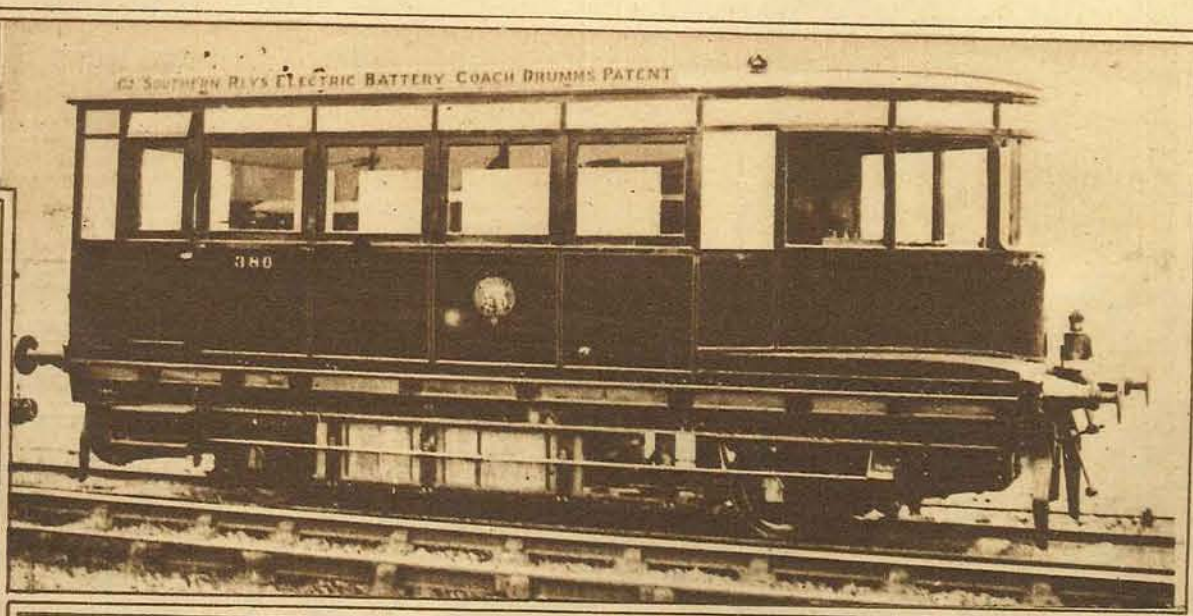
AÑO II



LA VILLA TRICENTENARIA

VISTA AEREA DE LA VILLA DE LUJAN DE CUYA FUNDACION ACABAN DE CUMPLIRSE TRES SIGLOS. HACIA EL CENTRO DE LA FOTOGRAFIA, SE DESTACA LA MOLE IMPONENTE DE LA FAMOSA BASILICA

Vehículo especialmente construido en Irlanda, provisto de un motor especial que funciona alimentado por acumuladores. Recorrió la distancia entre Dublin y Mullingar, a 55 kilómetros por hora, lo que constituye un record en motores de esta clase.



Aviso a las esposas cuyos maridos no ahorran Por una esposa

TANTO mi esposo como yo éramos bastante descuidados con el dinero. Juan tenía una buena entrada, pero prácticamente gastábamos todo cuanto ganaba. Sin embargo ocurrió algo que fué una verdadera advertencia. Juan estuvo bastante enfermo durante cinco semanas. Cuando pudo reanudar sus tareas estábamos sin un centavo y lo que es peor, con deudas.

Después de ocurrido esto, comenzó nuestra preocupación por el dinero. ¿Qué nos habría ocurrido si Juan hubiera estado enfermo varios meses? ¿Qué habríamos hecho si se hubiera incapacitado para continuar trabajando? ¿Qué sería de nuestros hijos de haber ocurrido cualquier cosa?

TERMINANDO LAS PREOCUPACIONES

Un día leí un aviso que más o menos decía:

"Líbrese de las preocupaciones para siempre".

"Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible, con el mínimo de molestias y preocupaciones".

"Vd. no quiere pagar alquiler toda su vida. Vd. desea poder retirarse alguna vez de sus ocupaciones actuales, y tomarse un merecido descanso".

Hablaba también de un medio seguro para que nuestros hijos pudieran educarse y de muchas otras cosas de real interés.

Le mostré el aviso a Juan y resolvimos pedir informes al respecto. Dadas las facilidades que nos proporcionaron, pudimos iniciarnos en ese plan de previsión de inmediato y hoy vivimos despreocupados por las cosas que puedan ocurrir.

PIDA INFORMACION

Lo precedentemente señalado es un caso típico. Nosotros podemos darle a Vd. el medio de llegar a tener su independencia económica, proporcionarle una renta en caso de incapacitarse para el trabajo, terminar



Las mujeres solteras también pueden conocer:

- Cómo ahorrar científicamente
- Cómo llegar a tener una renta

con sus preocupaciones económicas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Nuestro plan financiero es tan claro y sencillo, que una vez que Vd. lo conozca tendrá verdadero interés en iniciarse.

Lea la lista al pie de algunas de las muchas cosas que podemos proporcionarle. Entre ellas hay alguna que Vd. desea, ¿no es cierto?

Envíenos llenado el cupón, y además del consejo oportuno, recibirá un obsequio útil. Esto no significa ningún gasto. Con ello no contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.

La Continental

COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto

Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55, ó 60 años.
2. FONDOS para pagar la casa hipotecada, ante cualquier eventualidad.
3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.

Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil

Nombre

Calle

Ciudad

Provincia

Año de nacimiento



D. Lee Bowman, de California, con el motor de aviones, de su invención, más pequeño del mundo. Pesa 22 libras y tiene una potencia de 10 H.P. con 6000 revoluciones por minuto.



Manos ideales

La suavidad de las manos se aprecia como signo de distinción. Lávese usted con Jabón Heno de Pravia, que tiene el don de idealizar las manos. Su abundante espuma se introduce en los poros, arrastra y disuelve las impurezas, los deja limpios y libres. Da vida y suavidad a la piel, impregnandola de ese perfume singular, fresco y natural, que ningún otro jabón posee. El Jabón Heno de Pravia está hecho para embellecer más a usted.

\$ 0.70

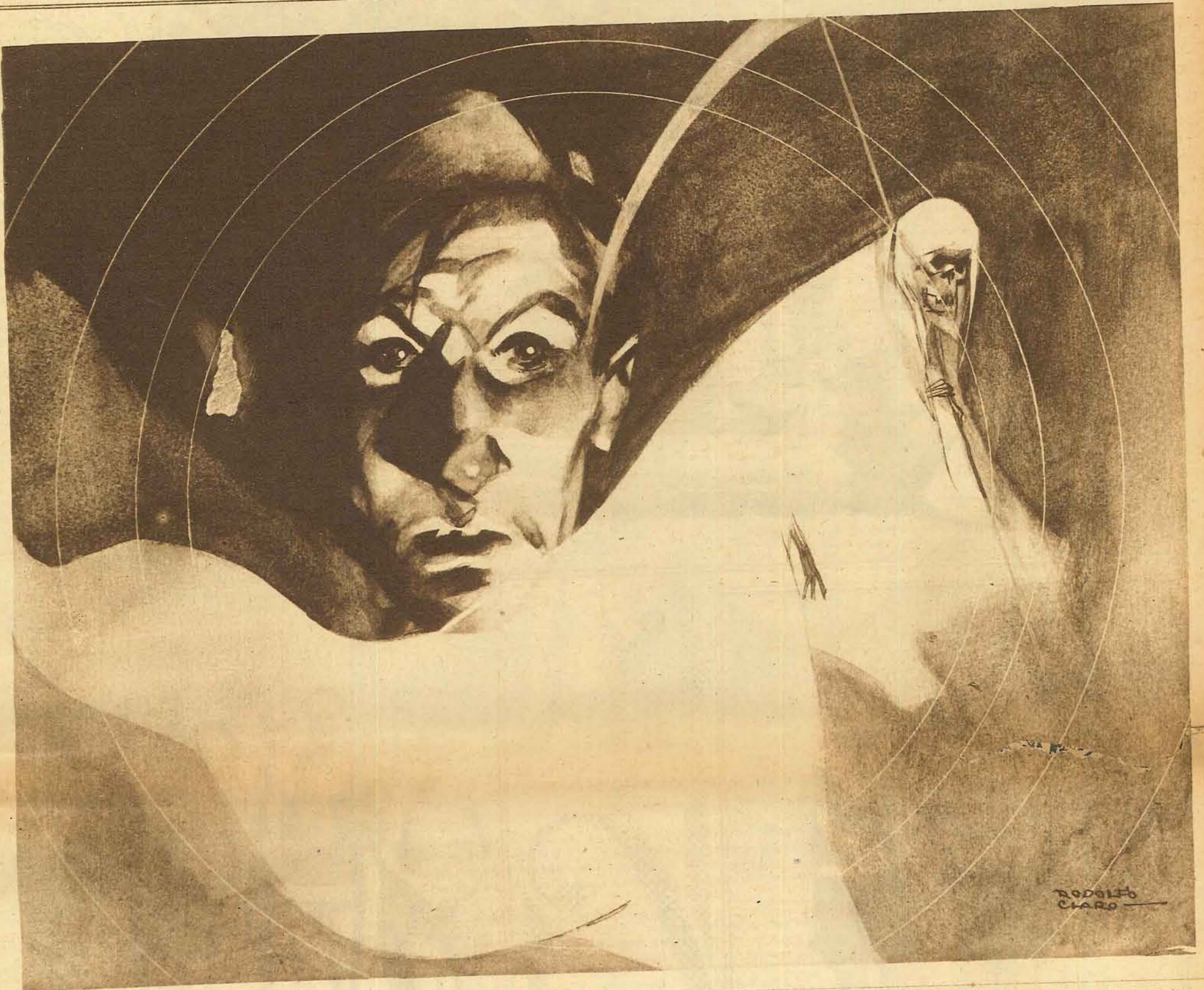
EN LA CAPITAL



JABÓN HENO DE PRAVIA

Proveedores de
SS. MM. los Reyes de España.

PERFUMERÍA
GAL
MADRID BUENOS AIRES LONDON NEW YORK



El concierto interrumpido

(Radio-drama)

(Para LA NACION)

El Speaker

ahora la señorita Helene Smith, de la Opera Cómica, cantará "Las rosas de Ispahan", letra de Leconte de Lisle, música de Gabriel Fauré.

La señorita Helene Smith
(Cantando. Preludio con acompañamiento de piano).

*Les roses d'Ispahan dans leur gaieté de mousse,
Les jasmins de Mossoul, la fleur de l'oranger
Ont un parfum moins frais, ont une odeur moins douce,
O blanche Leila, que ton...*

(El canto y el acompañamiento se interrumpen bruscamente. Cinco segundos de silencio absoluto. Luego se imitará, amplificándolos, los cu-chicheos, los chiflidos, los silbatos característicos de receptores y altoparlantes. Se trata de dar la sensación de que un trastorno de singular importancia se ha producido en el funcionamiento del aparato. Para ello, agitar un molinete

a dos o tres metros del micrófono de emisión. Silbar en las llaves y soplar en los tubos a la misma distancia. Esto durante cinco segundos. Dos segundos de silencio absoluto, después.)

Un formidable estallido de risa
¡Ja, ja, ja, ja, ja!... (hablado). "La blanca Leila"... Evaporada. "Las rosas de Ispahan"... Volatilizadas... (imitando una voz de mujer), la señorita Helene Smith, de la Opera Cómica... (recobrando su voz natural). Siempre canta sin importársele de nada... Pero ya no la oiréis más... Me oiréis a mí... (Risa).

A MI
A MI
A MI

(tres segundos de molinetes, silbatos y fuelles).

SI, A MI.

Dos mil seiscientos metros de longitud de onda como la emisión de la torre Eiffel... Exactamente como la Torre... Soy yo quien neutraliza a la Torre... Yo, yo... ¿Quién soy yo? Ya lo sabéis, ya lo sabéis: un poco de paciencia... ¡Magnífico, no es verdad, mi aparato emisor?... Y perfecta-

mente a punto... ¿Me oís bien?... Y si yo fuera el diablo, ¡cáspita!... Y si yo fuera Dios?... (Risa prolongada). Si fuera Dios quien ahora os habla. (Pausa). No riáis, no riáis así... En torno a cada altoparlante cambiáis miradas malignas, guiñadas cómplices... No riáis. Por otra parte, no todos reís: entre los cincuenta mil que me escucháis hay quienes no ríen. Hay en alguna parte, en Marsella, en Argel, en Constantinopla, en Milán, un hombre solo que no tiene ánimo para reír... O una mujer sola... Este hombre, esta mujer, tal vez estén delante de vosotros, y vosotros los ignoráis... Yo no soy Dios (mofándose), soy hecho a su imagen... Soy un hombre semejante a vosotros, a vosotros, hombres que me escucháis, semejante a vosotros.

Nunca sabréis mi nombre, pero es menester que os hablé... es menester que os hablé... Yo no os veo, pero os adivino a todos... ¡Ah, sí! ¡Cómo os imagino a todos! A los pobres vencidos, a los escépticos, a los avaros, con vuestro misero aparato de galena de tres al cuarto... A aquellos que dicen a sus amigos: "Fueron mi mujer y mi chico quienes quisieron que lo instalara... A mí, saben ustedes, su radio no me interesa ni tanto así... Sí, todos los aparatos de galena en el pequeño comedor, sobre una mesita, al lado de la mesa grande, recubierta aún

por su hule a cuadros rojos, con su "toma" de tierra a lo largo de la cañería del agua. (Es el niño quien arregla el aparato y la madre toma un auricular. El padre lee su diario y lo interrumpen de cuando en cuando para que escuche un poco.) Aparatos de galena en los dormitorios, sobre la mesilla de noche: marido y mujer escuchan el concierto desde la cama... Aparato de galena en un "cuarto amueblado" de Grenelle o Belleville, en la cámara de oficiales de un buque de carga, cerca de las Baleares, en una barraca del sur de Túnez, entre el gramófono y el...

Voz de la Srta. Helene Smith
"..... pâle oranger,
Les roses d'Ispahan dans leur gaieté de mousse."

(Molinetes, silbatos, chiflidos para dar la sensación de una lucha entre el aparato emisor de la Torre Eiffel y el aparato emisor desconocido. Brusca-mente, una voz anuncia en italiano resultados deportivos:

"...Primo: Girdango, in dodici ore ventiquattro minuti. Secondo..."

Voz del desconocido

(Jadeante al principio, recobra luego su tono natural.) Hay que... Hay que... Me escucharéis... Escuchadme, agrupados todos alrededor de los altoparlantes... Escuchadme y juzgadme... Yo no soy Dios

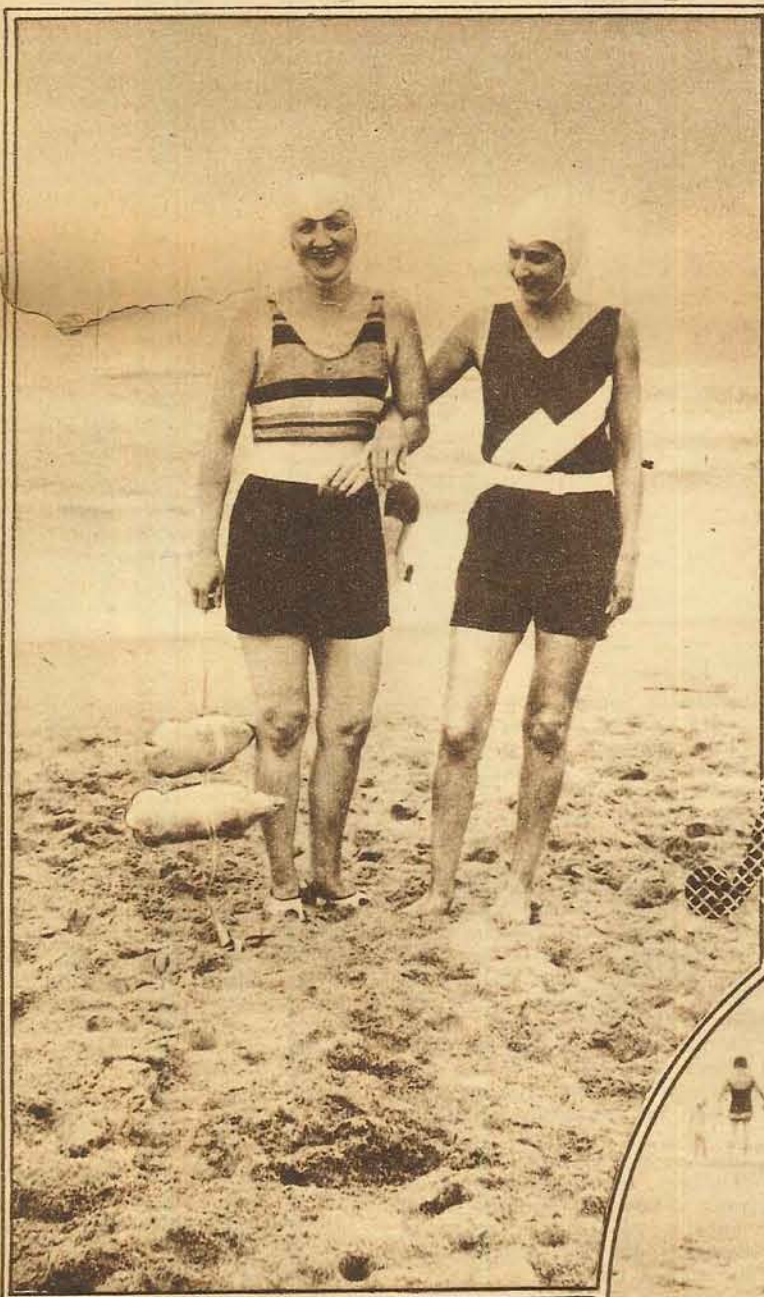
(Continúa en la pág. 32)

Por Benjamin
Cremieux

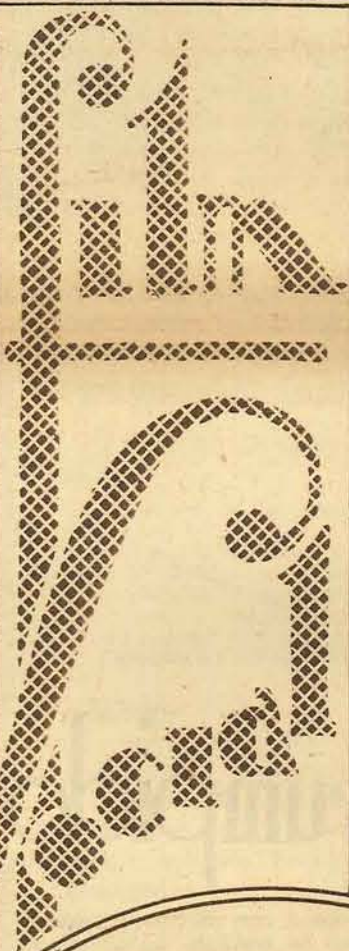
Ilustración de
Rodolfo Claro



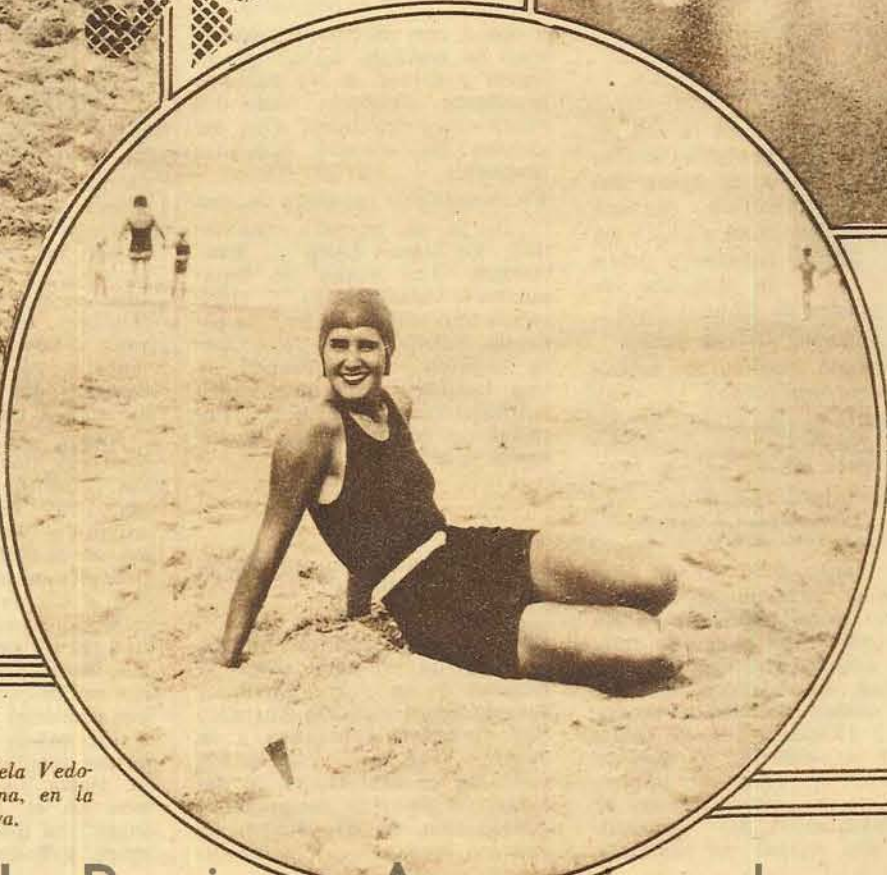
Formentor, una de las playas más pintorescas de las islas Baleares, ha congregado este año buen número de turistas argentinos como lo demuestra este grupo de bañistas, entre los que se nota a don Carlos Alfredo Tornquist y su esposa doña Magdalena Madero, y don Martín de Alzaga Unzué y su esposa doña Gwendoline Robinson.



Las Sras. Albertina Carabassa del Carril y Dolores Carabassa, condesa de Bearn, en Biarritz.



Biarritz continúa contando con el concurso de familias argentinas que forman la colectividad sudamericana más numerosa y animada de la playa francesa. De izquierda a derecha: Srta. Josefina Jaucourt, Sres. Francisco Martínez y Jorge Atucha, Srtas. Angélica Gainza y Mercedes Ancho-reña y Da. María Luisa Salas de Atucha.



La Sra. María Adela Vedoya de Videla Dorna, en la misma playa.



LAS CUATRO ARMONIAS BIOLOGICAS



CUATRO siglos antes de J. C. florecía en Crotona, sobre las costas de nuestro mar Jónico, una escuela fundada por Pitágoras y que se convirtió en verdadera "escuela itálica" por méritos de un gran discípulo de aquel magno fundador de la doctrina de los números y de todas las ciencias exactas: el médico y filósofo Alcmeón, a quien elogiaban Sócrates y Platón (sus contemporáneos) por haber introducido en la biología humana, junto con sus estudios anatómicos, la ley pitagórica del número y de la armonía. Se debe, en verdad, a este gran crotonata el haber demostrado por primera vez que nuestro cuerpo resulta de la fusión armónica de partes desarrolladas en proporciones recíprocas determinadas y calculables, o sea según un canon matemático, y que de tales correlaciones numéricas resulta la belleza ideal del cuerpo, como de las correlaciones armónicas de las diversas funciones orgánicas resulta la salud; y que, en fin, tal armonía de desarrollo y de funciones de las distintas partes es también efecto el hecho de que, mientras crece el cuerpo, entran en juego dos sistemas de estímulos antagónicos, excitadores del desarrollo los unos, moderadores los otros, de tal manera que el conjunto armónico resultante responde en realidad a la ley pitagórica, según la cual "la armonía es la unidad de lo múltiple y la concordancia de los antagonismos".

Unidad de lo múltiple y concordancia de los antagonismos: he ahí sintetizada, veintitrés siglos ha, el concepto modernísimo al que han llegado los estudios más exactos sobre la constitución somática y psíquica del hombre.

Y llena de orgullo nuestro corazón de italianos nuevos el recordar a esta vieja escuela itálica de Crotona de la que derivaron en primer lugar, gracias a las enseñanzas de Alcmeón, los cánones de que se valieron los grandes artistas de la edad de Pericles, como Policlete, Praxiteles, Lisipo, Scopas, para plasmar las obras maestras de la plástica helénica; de las enseñanzas de tal escuela surgieron los primeros grandes médicos cultores de la belleza y de la salud del cuerpo, los llamados "perideutas", verdaderos precursores de la educación física e higiénica individual. Y de esa gran fuente de arte, de filosofía, de ciencia del hombre, germinó el genio del padre de la Medicina, Hipócrates, que hoy revive con sus inmortales principios de la unidad vital del organismo, del "consensus partium", en la moderna escuela médica constitucionalista a la que nos honramos en pertenecer.

Para nosotros, la ley del número y de la armonía de los antagonismos es el faro luminoso que debe guiarnos en la ruda lucha cotidiana del conocimiento de nosotros mismos, del conocimiento de los factores que rigen el desarrollo de nuestra personalidad exterior e interior, tan diversa de un individuo a otro, precisamente por razón del diverso grado con que se alcanza, en la ontogénesis del ser, la coordinación anatómica y funcional de las diversas partes en un todo unitario y armónico.

Para nosotros, el organismo individual es una síntesis, una resultante, y no una suma o una colonia de células: es la "unidad de lo múltiple de Pitágoras", y cuanto más perfecta es dicha unidad, tanto más unitario, fuerte, bello y bueno resulta nuestro "estado celular", como fuerte y bueno resulta el estado nacional en el cual funcionan perfectamente los mecanismos de armonización, de colaboración, de consumo, de unificación de los múltiples individuos y sobre todo de unificación de los contrarios y de los antagonistas individuales, ya que no debemos jamás olvidar que para los individuos aislados como para los estados, no hay armonía biológica perfecta sin la pitagórica "concordancia de los contradictorios", sin la colaboración a base de antagonismos.

Si ahora analizamos, con la ayuda de tales leyes, las diversas fases bajo las cuales puede ser observada la personalidad humana somático-psíquica, vemos que ella se aparece — según mi parangón — como una pirámide cuadrilátera cuyas cuatro caras se unen íntimamente por sus aristas y convergen con sus ápices en un vértice único que es la síntesis vital de todos los fenómenos y procesos biológicos representados por cada faceta de esta esfinge, mucho más rica en aspectos misteriosos que la esfinge de Gizah.

Una de las cuatro facetas es la morfología o arquitectura de la fábrica humana; la segunda, el dinamismo funcional del individuo; la tercera, el conjunto de caracteres morales o la esfera afectivo-volitiva; la cuarta y última, el conjunto de las manifestaciones intelectuales.

Estilos de las formas corpóreas, estilos funcionales, estilos morales, estilos intelectuales: he ahí las cuatro prendas de la individualidad de cada uno de nosotros: cuatro campos, el uno más difícil que el otro para ser penetrados y conocidos, difíciles sobre todo para ser autoexplorados; y, además, conocerlos equivale en último término a saberse comprender y saber comprender a los demás; saberse dominar y saber dominar a los otros; saberse educar y mejorar, y saber educar y mejorar a los nuestros semejantes.

Aclarar las leyes que forman la base de la regula-

I

POR EL PROFESOR

NICOLA PENDE



El autor del presente ensayo, profesor Nicolás Pende, presidente de la Academia de Medicina de Italia y catedrático de clínica médica de la Universidad de Génova, cuyas conferencias en Buenos Aires han sido acogidas con tan vivo interés en nuestros círculos científicos

ridad y normalidad o de la irregularidad y anormalidad de las mencionadas cuatro facetas de cada uno de nosotros, quiere decir aplicar finalmente — y no sólo con palabras, sino con medios prácticos fecundos de bienestar para el individuo y para la sociedad — el socrático "nosce te ipsum" que durante millares de años ha estado esculpido, como letra muerta, en el frontispicio del antiquísimo templo de Delfos.

Ahora bien, nosotros nos hemos aproximado actualmente mucho a la solución de estas cuatro incógnitas del problema humano, gracias a los progresos de tres ciencias: la biología llamada "correlacionista", o sea aquella ciencia del hombre que considera al cuerpo y el espíritu como indisolublemente ligados entre sí y ambos ligados al mismo "substratum" vital, es decir, como formando una verdadera unidad psicofísica; la ciencia del desarrollo del cuerpo y del espíritu, que permite seguir paso a paso la formación de la fábrica corpórea y la arquitectura psíquica; en fin, la biología humana llamada individual, que busca las razones de las diferencias que presentan los diversos individuos en una u otra de las mencionadas cuatro facetas de la individualidad. He aquí las tres ramas de las ciencias del hombre, todavía poco cultivadas por los médicos, por los biólogos, por los psicólogos, pero sin cuya posesión no es posible afrontar a conciencia y con fruto el problema de la personalidad humana.

Comenzando desde el desarrollo de las formas corporales, sabemos en la actualidad que el tipo de proporciones que caracteriza al adulto es la resultante definitiva de "fuerzas morfogenéticas" o reguladoras del crecimiento, que obran en sentido antitético y que, con ritmo alternado en las varias edades de la vida, actúan, ora sobre el gran sistema de la vida vegetativa, ora sobre el gran sistema de la vida de relación, de tal manera que en ciertas fases del desarrollo logrará preponderancia el uno, mientras en otras habrá predominio del segundo de estos dos sistemas fundamentales orgánicos en los que están distribuidas todas nuestras funciones somáticas y psíquicas.

Y estas dos categorías de estímulos reguladores de la génesis de las formas corporales, no son sino substancias químicas preparadas por las denominadas glándulas endocrínicas que, de acuerdo con los centros nerviosos de la nutrición y del desarrollo (los centros del llamado sistema nervioso simpático y parasimpático) obran estimulando algunas el crecimiento del tronco y estimulando otras, en fase alternada, el crecimiento de las extremidades y de la cabeza; unas estimulando el aumento de la masa corporal y el volumen, otras rigiendo el aumento de la estatura y la longitud de los distintos segmentos del cuerpo. Y así,

a través de fases en las cuales la armonía de las formas aparece continuamente inestable y defectuosa, se llega a la fase estable armónica de las proporciones justas del individuo completo o adulto, con sus medidas fijadas por la naturaleza para el tipo humano medio de una raza dada y para los dos sexos.

Ahora bien, el hecho más interesante, ya adivinado por intuición, como hemos dicho, por la escuela itálica de Crotona, es que cuando todas las medidas del cuerpo guardan entre sí las proporciones matemáticas justas — que nosotros bien podemos calcular — entonces tenemos la belleza ideal como la que admiramos en la estatua del Doriforo de Policlete o del Apolo de Belvedere.

Podemos, por lo tanto, llegar a la conclusión de que la "belleza física" no es otra cosa que la armonía biológica de las formas corporales. Y, además, ¡cuántas veces dicho concepto no es comprendido por los profanos de la medicina y por los mismos artistas! Bastará recordar con cuánta frecuencia se juzga como atributos de belleza verdaderas desarmonías corporales; por ejemplo: en una mujer, las manos y los pies excesivamente pequeños y delicados o de factura pueril, desarmonía ésta que nosotros interpretamos hoy como debida a una insuficiencia de la glándula pituitaria; o bien manos excesivamente grandes con dedos fusiformes, signo éste, para mí, de excesiva función tiroidea o de insuficiencia ovárica; piel excesivamente blanca y delicada como la que nosotros los médicos encontramos en organismos linfáticos e hipertímicos; ojos de espesas cejas, síntoma éste de insuficiencia del sistema simpático y de las glándulas suprarrenales, y así sucesivamente. No menos interesante es el hecho de que la armonía de las formas y la belleza física, tanto en el hombre como en la mujer, sólo se alcanza cuando se ha desarrollado la sexualidad y, por consiguiente, después de la cabal terminación de la crisis puberal, en el llamado período de la nubilidad. Belleza y sexualidad o función reproductora están indisolublemente unidas en todo el mundo de los seres vivientes.

Es la belleza de las flores sino la corona de los frutos, que aseguran la vida de la especie vegetal; qué los magníficos colores del pajarero, que aseguran la época de los amores, y que aseguran la "feminidad" y de la virilidad, sino atributos necesarios para la vida de la especie?

He ahí por qué no podemos hablar de verdadera belleza en el sentido helénico cuando se trata de niños o de adolescentes, o de sujetos que atraviesan la crisis puberal: en todas estas fases las desarmonías y las desproporciones corporales constituyen la regla, y en ciertos sujetos son bastante más acentuadas que en otros; y precisamente, según mis estudios, los más desarmonicos son aquellos en los cuales más tarde se observarán anomalías en el desarrollo de la sexualidad.

Volviendo ahora a la segunda de las armonías biológicas, recordaremos que ella es la armonía de las funciones, o sea la verdadera salud. También esta es la resultante de acciones antagónicas pero sinérgicas y rítmicas: así el ritmo perfecto del corazón es regulado por influencias opuestas — aceleradoras del simpático y frenadoras del vago —; el ritmo normal del metabolismo es igualmente regulado por la acción desasimiladora del simpático y de algunas glándulas endocrínicas, como la tiroidea (asimiladora del parasimpático) y de otras glándulas endocrínicas, como el páncreas. Y basta un desequilibrio de fuerzas en estos dos sistemas antagónicos para crear desequilibrios de intercambio material, desequilibrios circulatorios, respiratorios, digestivos, térmicos, etc.; dicho en otros términos: pérdida del estado de salud perfecta. También aquí es fácil el error tan a menudo cometido por los profanos de la medicina, de tomar como índices de perfecta salud o de robustez vital, algunas exuberancias de aparatos orgánicos que dan la impresión de fuerza y de potencia mayor en el individuo, mientras que para nosotros no son otra cosa que desarmonías y por lo tanto factores de debilidad del conjunto del organismo. Así no es perdonable el error de juzgar un hombre más sano que otro por el mero hecho de que sus músculos y su esqueleto aparezcan macizos, o juzgar por la transparencia de su piel que tiene gran riqueza de sangre, o creer que la amplitud notable de su tórax es índice que permite adivinar pulmones y corazón potentemente desarrollados. Para nosotros los médicos constitucionalistas y "correccionistas" son éstos en cambio nada menos que candidatos a las enfermedades del corazón, a la hipertensión arterial y a la arteriosclerosis, a los reumatismos crónicos, a las enfermedades de la nutrición, como uremia, obesidad, calciosis, y, en fin, a la tuberculosis pulmonar, ya que es bien conocida la denominada "tisis de los atletas".

Pero si ahora consideramos sobre qué principios descansa la verdadera bondad o la belleza moral, vemos que también ella es equilibrio y armonía cuantitativa y cualitativa de los diversos sentimientos; mejor dicho, no sólo de los sentimientos, sino de éstos y de los instintos tomados conjuntamente, instintos que son las raíces biológicas profundas de nuestra vida afectiva y volitiva.

EN el primer ensayo de esta serie — titulado "La decadencia del matrimonio" — señalé el hecho de que la necesidad de casarse del hombre moderno y, en menor escala, de la mujer moderna, está en relación inversa con la civilización urbana de tipo europeo y americano. Cuanto más se urbaniza un país, cuanto más crece la vida de sus ciudades como organizaciones del lujo, la industria, el comercio y el funcionarismo, menor es el número de matrimonios y mas tardío el promedio de la edad matrimonial.

Antes de estudiar la enorme importancia de este hecho para el futuro de la civilización occidental, conviene definir inequívocamente el carácter específico del fenómeno, para evitar confusiones que harían más ardua la solución del problema planteado. Weininger tiene razón cuando dice — en

"Sex und Character" — que el feminismo o emancipación de la mujer — con todo lo que eso significa en esencia: igualdad del hombre y la mujer ante la ley y la costumbre — no lo inventó el siglo XIX, como muchos se figuran. Ya mencioné el testimonio de Platón sobre "la libertad e igualdad de los dos sexos en la relación del uno con el otro", en la Grecia de su tiempo. Mas abundan los testimonios — véase "Ancient Law", de Henry Sumner Maine — de que en la Roma precristiana la mujer había llegado a un punto de independencia apenas inferior a la del hombre, con grave detrimento para el matrimonio y la patria potestad. También en las ciudades italianas del Renacimiento la mujer rivaliza frecuentemente con el hombre en libertades de conducta.

Todavía, que yo sepa, no se ha estudiado el "feminismo" en las distintas civilizaciones, ni, por lo tanto, la influencia que ha tenido la mujer, como eje de la familia, en el crecimiento y decadencia de ciertas sociedades; pero es probable que allí donde ha habido grandes aglomeraciones urbanas, el incremento del celibato haya sido una ley constante de la historia.

En realidad, el celibato voluntario y socialmente consentido es un producto del urbanismo. En la mayoría de los pueblos primitivos, todo conspira contra el hombre célibe, la religión y el interés material, forzándolo al matrimonio. Y cuando por efecto de la guerra, de la emigración, de la economía local o de la biología se produce una desproporción de los sexos, el hombre y la mujer primitivos resuelven el desequilibrio numérico mediante la poliginia y la poliandria: el hombre toma más de una esposa y la mujer más de un marido.

El celibato urbano puede darse, y se da, aunque los sexos estén proporcionados entre sí; pero Weininger fuerza su argumento cuando, buscando una explicación a las agitaciones cíclicas del emancipacionismo femenino, lo atribuye a un desarrollo anormal y misterioso de los estados intersexuales de algunas mujeres; estados que, según su famosa teoría, están presentes en ambos sexos, con mayor o menor preponderancia del uno sobre el otro. Según el misógino y trágico Weininger, ciertas épocas son más propicias que otras, aunque no nos diga por qué, a la aparición e influencia de la mujer masculinizada, del "virago". Y una de esas épocas, que resurgen periódicamente, es la nuestra.

Weininger, como tantos hombres de ciencia propensos al metafisismo, se dejó cegar por una concepción apriorística. La biología estricta no explica el feminismo, porque no es la mujer, sino el hombre, con su egoísmo de célibe, quien lo determina. El que primero elude el matrimonio es el hombre; todos podemos comprobar este hecho en el círculo social donde nos movemos. Y siempre ha sido así probablemente en todas las grandes concentraciones urbanas. De Roma tenemos datos inequívocos: se promulgaron varias leyes estableciendo un impuesto sobre los hombres célibes y premios para los que se casaban y engendraban hijos. Algo semejante se ha intentado, en nuestros días, en algunos países europeos; pero con idéntico resultado negativo. El hombre moderno, como el antiguo, prefiere pagar un tributo por evadir la familia a constituir la por razones de Estado y de sociedad.

Esto no quiere decir que en nuestra época no abunde el virago, la mujer masculinizada o amazónica. El mito de las Amazonas corresponde seguramente a estados sociales en que hay un exceso de mujeres incasadas e incasables, ya por falta de varones, ya por el egoísmo del sexo viril. La amazona busca en la guerra el substitutivo del amor, y la valquiria rapta al Walhala los héroes muertos en el campo de batalla. Durante los siglos y en los países en que impera el catolicismo, la mujer forzosamente célibe se refugia en la vida monástica y reemplaza el amor humano por el divino. La mujer contemporánea está más cerca del ideal amazónico que del monástico, y ya que no es posible realizar el primero — aunque tampoco me extrañaría que en una guerra futura combatesen también las mujeres — se aproximan a él por el ejercicio más semejante a la lucha bélica: por el deporte. En la tierra, en el agua y en el aire la mujer moderna rivaliza con el hombre en los fuegos y proezas

más audaces y viriles. Con toda evidencia, se masculiniza la mujer, al mismo tiempo que, con no menos evidencia, se feminiza una parte del sexo masculino; pero la causa es la misma y no hay que buscarla, como quería Weininger, en los misterios de la fisiología humana, sino en el creciente retraimiento inicial del hombre de las responsabilidades conyugales y familiares; en un acto de egoísmo, no sexual, sino económico. (El afeminamiento de cierto tipo de hombre, relacionado sobre todo con determinadas profesiones intelectuales, es, sin embargo, un problema distinto del de la mujer masculinizada y habrá que tratarlo separadamente).

Al disminuir las probabilidades matrimoniales, la mujer, ante el temor de quedarse célibe, busca en el

trabajo — en la fábrica, en la oficina, en la enseñanza, en las profesiones liberales — un medio de independizarse económicamente del hombre. El matrimonio deja de ser la única carrera de la mujer, sobre todo en los países anglogermánicos donde

la alternativa monástica puede decirse que es nula. La creciente incertidumbre de casarse induce a la mujer, y muy señaladamente a la de las clases medias, a bastarse a sí misma; la de la clase obrera ha trabajado siempre, soltera como casada; y la de la aristocracia y alta burguesía, en general, no necesita, para vivir, del matrimonio, y cuando lo necesita, como en el caso de algunas familias linajudas en quiebra, no le es difícil dorar los marchitos blasones en el entronque con la nueva burguesía triunfante.

No se deduzca de este hecho que todas las mujeres que logran una independencia económica, ni siquiera la mayoría, se abstienen de casarse. Al contrario, se casan muchas, porque el celibato masculino no es aún universal y porque muchos hombres, que tal vez no se casarían con una mujer sin oficio ni beneficio, se deciden a hacerlo ante la perspectiva de que su cónyuge pueda ayudarles al sostén de la familia con su trabajo extradoméstico. En algún país, como los Estados Unidos, ha aumentado el número de matrimonios total y relativamente, según los últimos censos decenales, aunque allí, como en otros países de América, hay que tener en cuenta el gran contingente de la inmigración masculina y el consiguiente exceso de hombres, que

aumenta la demanda matrimonial de la mujer. De otra parte, según Ruth Reed ("The modern family"), la mujer norteamericana que se forma en las universidades y otros centros superiores de enseñanza tiende a mantenerse soltera para poder dedicarse más libremente a una profesión intelectual y también por seguir disfrutando de una libertad de costumbres que difícilmente le sería consentida dentro del matrimonio.

La necesidad de trabajar para vivir independientemente del hombre en el caso de no casarse, ha revolucionado la psicología femenina. Lo de menos es que la independencia económica y su creciente emancipación de la tutela familiar, de los padres o del marido, arrastre a la mujer a buscar en la naturaleza, en los juegos al aire libre, un sucedáneo a la antigua reclusión doméstica, apenas interrumpida más que por las prácticas eclesásticas. Ese furor por el atletismo puede ser un gran bien para la salud, para la belleza y aun para el equilibrio sexual de la mujer, como lo es sin duda alguna para el hombre.

Más importancia tienen las repercusiones de la emancipación económica de la mujer en el mundo del derecho y de la cultura. La mujer emancipada, aun pudiendo casarse, no se resigna a aceptar el matrimonio cristiano-patriarcal, indisoluble y enormemente desigual, en materia de derechos, para la esposa. Quiere la igualdad jurídica con el marido y además, segura ya de su aptitud para ganar la vida, quiere recobrar su libertad cuando el matrimonio no le parezca tolerable o conveniente. De ahí la instauración del divorcio en casi todos los países de la civilización occidental y en los orientales influidos por ella. Pero en algunos de esos países, como en la antigua Roma, los divorcios son ya tan frecuentes, que virtualmente equivalen a una disolución gradual de la familia clásica. En los Estados Unidos había un divorcio por cada 9,6 matrimonios en 1916; pero en 1925 la proporción había descendido a un divorcio por 6,7 matrimonios.

Y en algún Estado, como Oregón, en 1924 hubo un divorcio por cada 2,3 matrimonios, y en Nevada un divorcio por cada matrimonio. El promedio de los Estados Unidos se calcula actualmente en un divorcio por cada tres matrimonios. Si a esto se agrega lo que el juez Lindsey llama "Revolt of Youth" — título de su famoso libro — aludiendo a ciertas costumbres prenupciales de una gran parte de la adolescencia norteamericana, más la incipiente costumbre del "compañonate marriage" o matrimonio a prueba, preconizada por el propio Lindsey y otros reformadores, no será exagerado decir que en los Estados Unidos la monogamia significa ya, o significará pronto, una ficción en la vida, aunque todavía subsista en la ley.

Pero no paran aquí los efectos de la tendencia del hombre moderno al celibato. La mujer emancipada o en vías de emanciparse no sólo contribuye a la relajación del matrimonio cristiano-patriarcal, sino que hace sentir su nuevo poder en los dominios del Estado y de la cultura, como veremos en el próximo trabajo.



El famoso actor negro Paul Robeson, en una caracterización de "Oteló"

LOS BLANCOS AMIGOS DE LOS NEGROS...

POR

JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION.) BILBAO, septiembre de 1930.

EL DENTISTA DE COLOR.—



YO sé a qué saben los negros porque fué un negro de chaqueta blanca, con unas manos impecablemente negras y unas uñas deliciosamente rosadas, mi primer dentista. Un viejo. Debía ser muy viejo porque algunos de los rizados enanos de su cabeza estaban niquelados y los negros no encanecen hasta la quinta juventud.

Era en La Habana, que acababa de ser colonial, llena de miel de sol y de olor a frutas. La Habana de la Plaza del Vapor, todavía con su mercado en fermentación y sus baratijas de turco y su aire de zoco de los trópicos y sus chinos portadores de plátanos, piñas y mamoncillos en balancín. El "Maine" estaba hundido en la bahía aun, como una enorme planta de hierro que brotara del agua y diese la flor de una cofa. La Habana del Teatro Tacón y de la Calle de la Murralla, en la que los españoles que habían sido voluntarios en la guerra seguían vendiendo paños y abarrotes, herida en lo más hondo su alma de rayadillo. La Habana de las mecedoras y de las palmeras reales y de las rumbas de Regino, que empezaba a teñirse de yanki. La Habana que recibió a la "Nautilus", nuestra vieja corbeta con toda su prole de banderas en los mástiles, llegada por la ruta de añil hasta enfilarse El Morro.

Aquel dentista negro había traído de los Estados Unidos la manía de las bocas de oro. Era entonces una distinción la sonrisa Klondike. Había quien se hacía arrancar lo sano para aumentar el número de sus piezas auríferas. En la sala de espera de aquel hombre de la americana blanca, había gentes a quienes la sopa les tenía que dejar un gusto amargo de latón.

Un santo. Tenía la paciencia y la mansedumbre y la dulzura. El aire paternal. Más que un dentista, era un sacerdote de los dientes.

— ¿Duele? — preguntaba cuando se ponía a marchar en la bicicleta del torno.

Y si dolía, parecía que él iba a llorar.

Oía a menta, como todos los odontólogos. Sus manos gustaban a pimienta y a cedro; unas manos honradas que dejaron su trabajo en mi boca para siempre.

Ahora, después de tantos años, veo su toque de oro entre mis dientes y le recuerdo con alguna emoción. El me enseñó a amar a los hijos de África; a sentir por ellos la más dulce simpatía.

Recuerdo también que en su salita de espera había un retrato de Maceo. Y, sobre un trípode, una maceta y una planta con un lazo de color de rosa, como los lazos de las trenzas de las muchachas aplicadas de entonces.

AFRICA.—

La inferioridad del negro dentro de nuestra civilización, arranca de su falta de instinto para el engaño. El no comprende que cuando se dice una cosa, lo probable es que se quiera conseguir otra. Aparece desorientado dentro del sistema de dobleces y falsedades de nuestros negocios.

Me contaba un marino, que en una colonia europea del oeste de África existe una magnífica escuela para niños indígenas. Cuando algún barco atraca a la costa y deposita en ella el carbón y otras mercancías para la población colonizadora, el maestro se dirige a sus alumnos y les dice:

— Ahora, vamos a jugar a que llevamos esas cajas desde el puerto hasta el almacén.

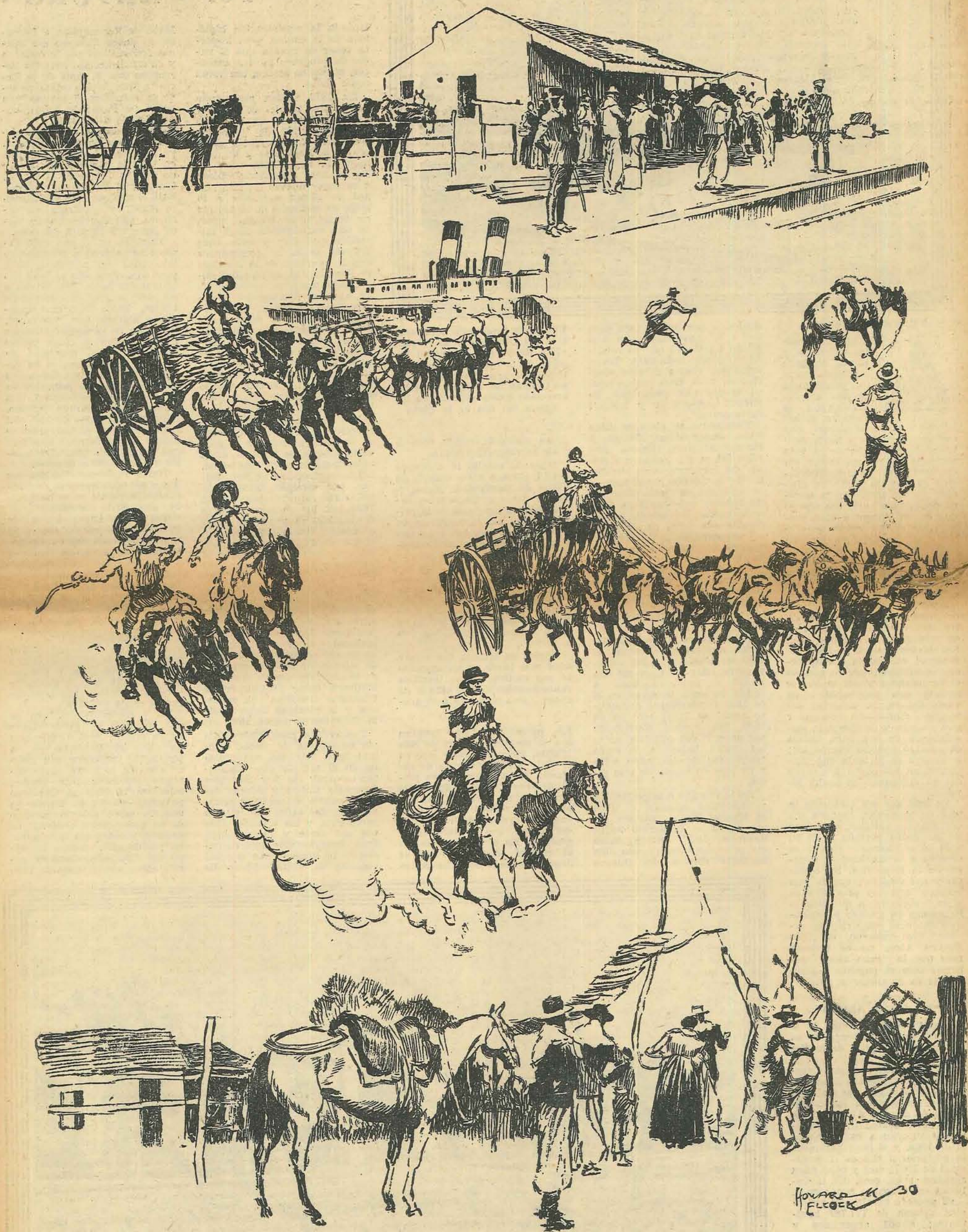
Y los pequeños negros transportan la carga, poco a poco.

— Ahora vamos a jugar a que llevamos ese carbón...

El negro es rectilíneo y se extravía honradamente

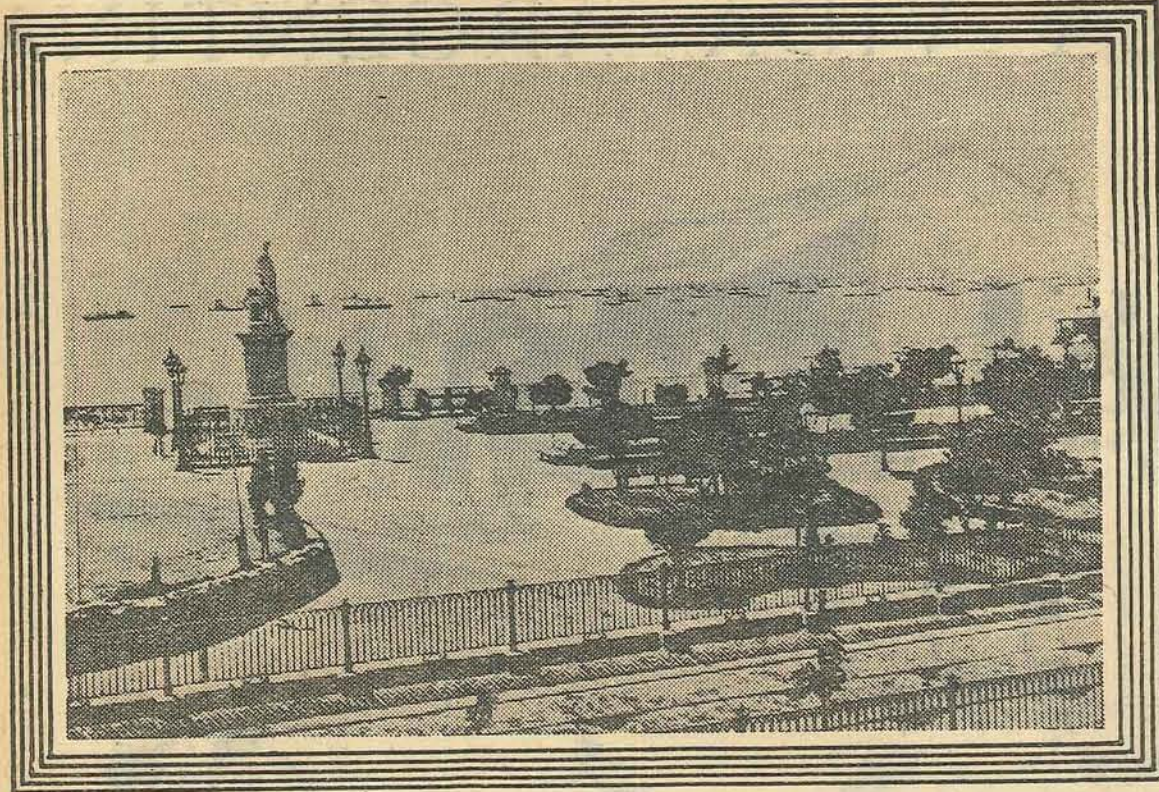
(Continúa en la pág. 26)

ESCENAS DE LA VIDA ARGENTINA

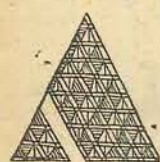


EL • BUENOS • AIRES

• Por • ARTURO •



LENTE DE EPOCA



UNQUE en parte absorbida y en lo restante esfumada por la preponderancia de los acontecimientos de histórica actualidad que en estos últimos días cambiaron rápida y fundamentalmente el rumbo de la vida nacional, la rememoración del cincuentenario de la federalización de Buenos Aires ha dirigido por un momento la mirada del público hacia ese año 80 que de un tiempo a esta parte viene siendo objeto de creciente interés entre los que buscan la visión del pasado.

A medida que el tiempo va de la perspectiva histórica a la de los hechos y figuras de ese entonces, va acentuándose ese interés por las características de época, de período singular y trascendental, que el cuadro de su vida política, social e intelectual destaca en el 1880 argentino; un año en que aparece concentrada, por lo que en él se consuma y por lo que él suscita con proyecciones de vasto futuro, la vitalidad del fecundo dinamismo renovador que prepara y despliega la significación de esa hora crítica de nuestro proceso sociológico; a manera de la lente que concentra en un punto los rayos del sol difundidos en ancho espacio.

De aquí que sea atrayente la idea de presentar, siquiera sea con simples noticias, el cuadro de la ciudad porteña y de su vida en el momento en que es elevada a la dignidad de Capital de la República. Su historia y sus destinos, que la han hecho lo que hoy es a nuestra vista, concurren a que nos la figuremos ya grande y espléndida entonces como entidad urbana. Sin embargo, en 1880 Buenos Aires no es todavía más que la "gran aldea" saliendo (eso sí, pujante y arrogante) de su cascarón patriarcal.

"LA GRAN ALDEA"

Procuremos una idea de lo que era en el momento de su exaltación a Capital de la República.

No contamos con una información de estadística demográfica y edilicia que nos instruya precisamente sobre las condiciones del Buenos Aires de 1880.

El censo nacional inmediatamente anterior a esa fecha es el de 1869, y el inmediatamente posterior a ella es el municipal de 1887; diez y ocho años separan, pues, esos dos inventarios del progreso bonaerense.

El primero arroja una población urbana de 177.787 habitantes; 89.661 argentinos y 81.126 extranjeros. El segundo atribuye a la ciudad un total de 408.173 habitantes, más 25.202 que le trajo la incorporación a su antiguo municipio de los de Flores y Belgrano,

dispuesta por ley de 1884 para dar a la nueva capital el desahogo territorial que su robusta vitalidad reclamaba, hecho legal que vino a hacerse efectivo en 1887. Este mismo censo arroja una proporción de 204.734 argentinos y 228.651 extranjeros.

Podríamos, en vista de estos datos demográficos, atribuir a Buenos Aires en 1880—a once años del primer censo y a siete del segundo—un término medio de 230.000 habitantes, si la epidemia de fiebre amarilla no hubiera substraído en 1871 a la ciudad devastada por el flagelo una masa de población correspondiente a la proporción de mortalidad sobre 13.614 casos de peste.

Al investir el rango de Capital nacional, Buenos Aires tendría, pues, más o menos unos 200.000 habitantes; la décima parte de su población actual.

En cuanto a su entidad material, aparece en el censo de 1869 un total de 13.309 casas, y entre ellas 1514 de madera y 875 de paja (ranchos); a 33.804 asciende la suma en el de 1887 (un aumento aritmético anual de 719); esto da en 1880 una ciudad constituida por unos 27.000 edificios, entre los cuales habría a lo sumo trescientos de dos pisos altos y no más de veinte de tres pisos.

En lo relativo a organización y elementos edilicios, el libro de Manuel Bilbao "Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días", ofrece datos que permiten formarse una idea bastante precisa del Buenos

Una vieja fotografía demostrativa del adelanto de la ciudad: vista de la plaza Mazzini tomada en la época en que la estatua del gran patriota italiano (que no fué movida desde su erección) podía mirarse en las aguas del Río de la Plata

Aires que procuramos reconstruir retrospectivamente.

"Cuando estalló la epidemia del 71, Buenos Aires carecía de obras de salubridad, de higiene de sus construcciones; bebía agua de los pozos de la primera napa, en su mayor parte contaminada con las materias fecales de los w. c., conteniendo casi todas las aguas pluviales de los aljibes materias orgánicas. El servicio de las aguas corrientes era casi nulo; lo administraba la empresa del Ferrocarril del Oeste. Los pantanos de las calles y los bajos de la ciudad se rellenaban con basuras".

Lógico es inducir que nueve años más tarde, y precisamente con motivo de las terribles consecuencias de ese estado de cosas, fuera bastante más ade-

Los porteños de hoy ignoran que la magnífica plaza de San Martín, luego de haber sido en el siglo XVIII mercado de esclavos, fué asiento de una plaza de toros hasta la época del directorio de Rondeau. Al demolerse el coliseo se construyó con sus materiales el cuartel del Retiro, que aparece en el grabado. En el sitio que ocupó el cuartel se yergue hoy el Museo Nacional de Bellas Artes

lantada la organización higiénica de la ciudad, pero importa tener en cuenta que el ritmo de progreso no era entonces, ni mucho menos, tan vivaz como ahora.

En 1872 habían presentado los señores Daniel de Solier y Carlos Carranza un proyecto de expropiación de todas las manzanas comprendidas entre las calles Rivadavia y Victoria hasta la hoy Plaza Once de Septiembre, comprometiéndose a entregar nuevas construcciones de altura uniforme a lo largo de una calle de 50 metros de anchura. Se trataba, pues, de una anticipación de la iniciativa que diez y siete años después había de consumarse con la apertura de la Avenida de Mayo, anticipación quizá demasiado vasta, pero, sobre todo, nada en relación con el espíritu de la época, pues ese proyecto—dice el mencionado libro de Bilbao—fué combatido por el Gobierno y por la oposición en las Cámaras, aduciendo, entre otros argumentos, que él implicaba la demolición de casas donde habían nacido algunos mandatarios de ese tiempo...

Por lo demás, habían concurrido y siguieron concurriendo también a retardar el adelanto edilicio de Buenos Aires otros factores de diverso orden.

La construcción de las cloacas, por ejemplo, iniciada en 1874, fué interrumpida hasta 1882 por los sucesos políticos de septiembre y por la crisis económica que obligó al Gobierno de Avellaneda a economizar heroicamente "sobre el hambre y la sed de los argentinos".

Pero más breve y más sugerente es recordar que el que promovió y consumó en gran parte la transformación del viejo Buenos Aires, abriéndole los horizontes de gran Capital moderna—el intendente Torcuato de Alvear—inició precisamente en el año 1880 esa su grande e histórica obra, presidiendo la Comisión Municipal de entonces, y la continuó luego desde la Intendencia hasta 1887.

Conservaba, pues, Buenos Aires su aspecto de ciudad colonial, baja, estrecha, concentrada en el antiguo foco doméstico central; las hoy centrales Avenidas Callao y Alvear tenían todavía el carácter semi-agreste de calles de pueblo campesino, y las actuales Plazas del Once y Constitución eran desnudos mercados de carretas. La vieja recoba colonial cruzaba la actual Plaza de

Mayo de Reconquista a Defensa. El paseo Palermo era apenas frecuentado por lo distante y de difícil acceso, pues las barrancas casi a pique de la Recoleta obligaban a tomar en toda su extensión el camino "del bajo" (el Paseo de Julio), nada cómodo a la sazón.

Pero, además del viejo Colón, glorioso ya, y del Victoria, ya antiguo, Buenos Aires tenía en 1880 lo que todavía es lujo de hoy: el Teatro de la Opera; también el Politeama, inaugurado el año anterior por Ernesto Rossi, y construía el Nacional, que dos años más tarde inauguró Jacinta Pezzana.

También en el año 1880 famoso empezaron a adoquinarse las calles del núcleo urbano, pero esta obra sólo se consumó totalmente hacia 1890. Todavía en 1887, sobre 3983 cuerdas de ciudad, había 3113 sin empedrado alguno. Los "terceros", torrentes de desagües fluviales a que servían de cauce varias calles céntricas provistas de puentes para el tráfico en tales circunstancias, daban su nota de pintoresco primitivo en el cuadro de la ciudad. En cuanto al alumbrado público, aquel mismo censo de 1887 (el más próximo al de nuestro asunto en el futuro) nos dice que era servido por 5079 faroles a gas y 3160 a querosene.

Hasta fines de 1880 Buenos Aires no tuvo servicio de teléfono. (Se puede, o se ha podido, pues, vivir sin eso).

Tal era la nueva Capital de la República, en cuanto a su aspecto y condiciones materiales más salientes, en la época inicial del movimiento de renovación que transformaron su fisonomía, su sociología y su espíritu.

NOTAS DE AMBIENTE POLITICO

Ese movimiento irrumpe vivaz y diversificado en múltiples efectos desde que el ánimo público se liberta de la presión del problema que lo atormentara agitadamente hasta provocar la crisis violenta.

La presencia simultánea de dos autoridades gubernativas en la misma ciudad, que una de ellas—el Gobierno de la provincia—considera con celoso espíritu localista como dominio exclusivamente propio, mientras la otra—el Gobierno nacional—no puede menos de mirarla como asiento jurídico de un poder político de mayor entidad y categoría que aquél, ha venido ofreciendo a lo largo del tiempo motivos de rozamientos con frecuencia pue-



• DEL • OCHENTA GIMENEZ • PASTOR

riles en sí, pero que revisten la importancia derivada del conflicto fundamental latente: el clásico caso de la comunidad de las dobles familias. Lo insigne toma de ese fondo trascendencia significativa.

El anecdotario de la época abunda en detalles expresivos de tal situación. Hoy es la disputa entre gobernador y presidente sobre mejor derecho a ocupar el sitio de ceremonia en el Teatro Colón; mañana, un incidente sobre precedencia de los respectivos carruajes oficiales en marcha a la Catedral, donde se celebra el Te-déum de aniversario patrio; más adelante serán provocaciones y conflictos de mayor entidad pública y grave efecto positivo.

El caso que D. A. Belin Sarmiento relata en su libro "Sarmiento anecdótico", da cumplida idea de la actitud de intencionalidad suspiciosa que alimenta y anima de mucho tiempo atrás el antagonismo político.

Uno de los ministros de Sarmiento era amigo de infancia del gobernador de Buenos Aires, que con sostenida frecuencia le hacía llegar invitaciones para entrevistarse en su despacho. La camaradería de antiguo tipo criollo llevaba buenamente al ministro a deferir a los requerimientos del gobernador; pero un día que aquel disponiase a la consabida visita, Sarmiento le dijo: "Hágame el gusto de escribirle que hoy está hasta los ojos de despacho y que lo espera a las cuatro, ya desocupado de eso, para hablar largo y tendido. ¡A que no viene!"

En efecto; el amigo gobernador no apareció ni ese día ni los siguientes.

—¡Siéntese al solcito a esperar!—le dijo entonces el presidente a su ministro. ¿No ve que tanta cita no tenía otro objeto que exhibir a un ministro de la Nación en las antecámaras del gobernador de la provincia?

La misma lugareña trivialidad de estas cosas da una idea insinuante del estado de ánimo en que la contraposición de la tendencia "porteña" y el concepto nacionalista mantenía a ambas fuerzas políticas.

Ya bajo la presidencia de Avellaneda, elegido entre el estrépito de un alzamiento armado contra su candidatura, ocupa el Gobierno de la provincia el Dr. Carlos Tejedor, y en su mensaje de asunción del Gobierno, el nuevo gobernador

precisó en estos términos la situación creada y prolongada por la precaria concesión de residencia en la Capital provincial atribuida al Gobierno nacional:

"La Constitución Federal traza claramente la línea que divide la acción del Gobierno general de la de los Gobiernos de provincia; y esa línea será sagrada para mí, procurando conciliar las prerrogativas propias con la obediencia que en asuntos nacionales debemos a nuestro huésped".

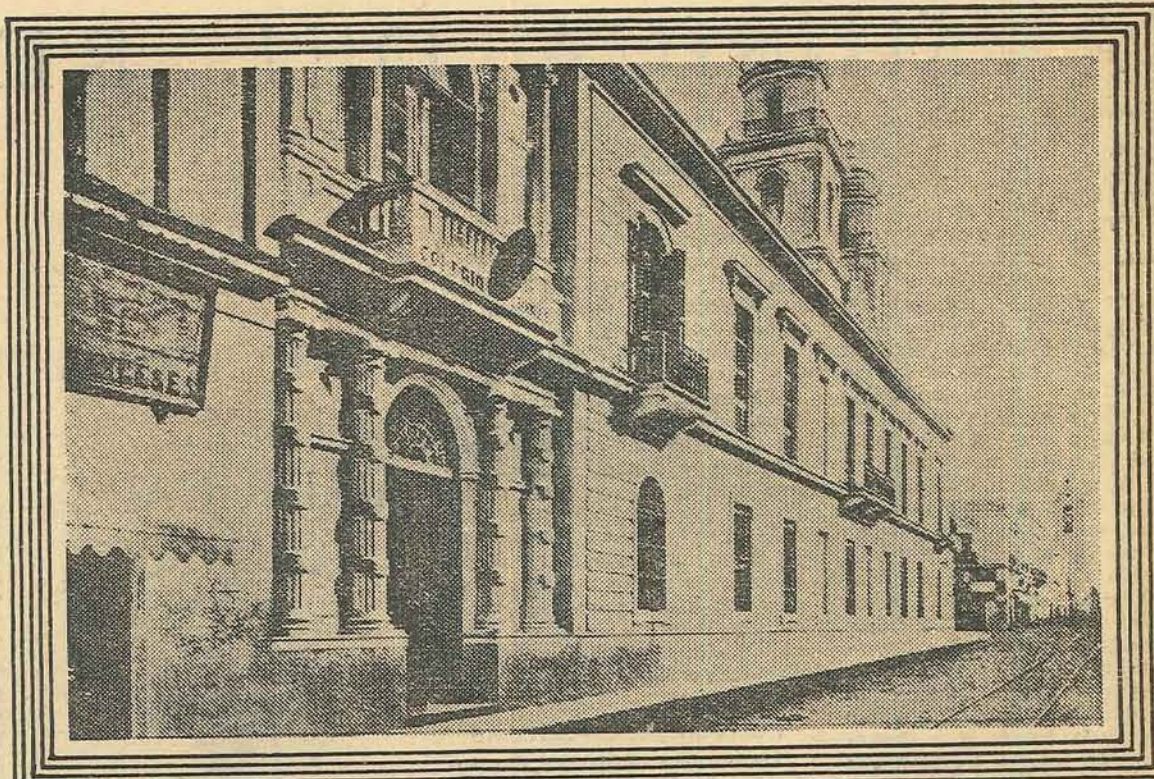
Esta palabra, calculadamente elegida para dejar constancia en un documento oficial y público de los derechos de dueño de casa con que el Gobierno provincial amparaba al de la Nación, ponía por sí sola en evidencia un estado de cosas inadmisibles, cuyo término imponían por igual con categórico empeño, el decoro y la efectividad de la suprema función gubernativa.

El proceso de la crisis ya ineludible se desarrolló con acelerada acentuación de violencia en los dos últimos años de la presidencia Avellaneda, hasta consumarse con el choque armado. Y hasta qué punto tales circunstancias influían sobre el ánimo público en sus más diversas manifestaciones, lo dice una referencia de Martín García Mérou en sus "Recuerdos literarios".

Algunos de los individuos más jóvenes de la generación intelectual del 80, asociados en un cierto Círculo Científico-Literario, se reunían diariamente en casa de Rafael Obligado. "Para Martín Coronado especialmente — cuenta García Mérou, que, por lo demás, se encontraba en el mismo caso —, la visita diaria a la sala de Obligado era una especie de función vital como el comer y el dormir. Pero sobrevinieron las agitaciones del año 80; la política caldeó la atmósfera hasta un grado insostenible, y Coronado, que tenía un corazón dulce y un carácter de paloma, les leyó una noche la primer estrofa de una invectiva contra los que entonces eran "los bárbaros del Norte". Decía así:

¿Aun Buenos Aires callas?
¿Aun sufres en silencio, patria mia,
Buenos Aires, titán de las batallas,
el insulto de todas las canallas
que te han dado el asalto de la orgía?

García Mérou, que militaba en filas opuestas, protestó contra aquello con la energía pro-



Fachada del viejo Colegio Nacional (Bolívar entre Alsina y Moreno), por cuyas aulas pasaron casi todos los futuros grandes prestigios del país, y que tuvo profesores de la talla de Amadeo Jacques

pia de las circunstancias; pero no paró ahí la cosa. Después de eso, Coronado fundó "El Correo Americano", periódico en que dió rienda suelta a su vehemencia partidista, hiriendo con ello la personal sensibilidad de sus amigos adversarios.

"La medida estaba colmada —concluye el narrador—. Resolví tomar pronta y ejemplar venganza, y para probar a Coronado la injusticia de sus ataques y la grandeza de nuestra causa... escribí un artículo en el que hice la caricatura de su bello talento de poeta y la sátira de sus dramas. ¡Admirable lógica juvenil de que hoy mismo me maravillo! Las agitaciones políticas fueron, pues, un enérgico disolvente para nuestras dulces y gratas reuniones amistosas".

TRANSFORMACIÓN

La solución de ese viejo

Una curiosa fotografía que muestra lo que era medio siglo atrás la estación Constitución del Ferrocarril del Sur, donde hoy se está levantando un soberbio palacio. El tranvía que aparece en el grabado pertenecía a la línea tendida por la propia empresa ferroviaria entre la esquina de Lima y Moreno y la estación, para trasladar a los viajeros desde el centro a aquellos "lejanos parajes"

conflicto político, que mantuviera en crítica inestabilidad y ante incierto porvenir el dinamismo sociológico del país, determina una situación nueva, a favor de la cual y como efecto más inmediato se transformará fundamentalmente la vida de Buenos Aires.

Durante aquellos agitadísimos dos últimos años de la presidencia Avellaneda, las potencias de progreso que el organismo de la joven colectividad nacional nutre, han empezado a hacerse sentir, impulsando un movimiento cuya tensión sólo espera para desplegarse con amplitud y fuerza verdaderamente extraordinarias, la tranquilidad y la confianza en el futuro que el término de la histórica contienda de la Capital les asegura.

No se vivirá ya la vida de plaza pública que el crónico ardimiento cívico había hecho la de todos los días. El elemento inmigratorio ha ido afluyendo e incorporándose a la población con efectos de diluyente social; el movimiento de capitales que las grandes empresas de servicios públicos reclaman y la circulación de las riquezas naturales que el avance de las líneas férreas facilita y amplía, estimulan una actividad de negocios que con rapidez acentúa el rasgo comercial en la fisonomía colectiva.

Un animoso optimismo acogió desde 1880, bajo el Gobierno hábil y de seguro pulso que preside el general Roca, las más atrevidas iniciativas de progreso.

Excitando ese entusiasmo de

la fe en sí mismo y en el futuro, que alienta el espíritu público, va el intendente Torcuato de Alvear a emprender la transformación de "la gran aldea" en la Capital que surgirá de entre los escombros de su propia vieja osamenta mordida y desmoronada en vastos huecos por la briosa decisión de la piqueta municipal.

Todo esto determina una substitución de valores y elementos en la hasta entonces homogénea colectividad patricia, y como consecuencia, cambios sensibles en las condiciones y formas de la vida urbana.

Las fortunas pasan a otras manos, produciéndose con ello un desplazamiento de influencias sociales.

El esforzado. Desde el perseverante extranjero, que, sin nombre, ni autoridad, ni vinculaciones, sólo a esos medios podía confiar su estabilidad y adelanto, irá de día en día conquistando las posiciones que la confiada "noncuranza" criolla pierde en la correntada del movimiento de progreso cada vez más independizado de la acción del antiguo núcleo genuino.

El dominio de una considerable parte de las casas de la ciudad va pasando a manos de extranjeros; el mencionado censo más próximo nos dice que 18.500 eran propiedad de éstos en 1887 y sólo 15.400 (números redondos) de argentinos. De aquellos 18.500 edificios, 12.300 eran de italianos, que predominaban ya notablemente sobre las gentes de otras nacionalidades. (En un total de 240.000 extranjeros, 138.000 italianos).

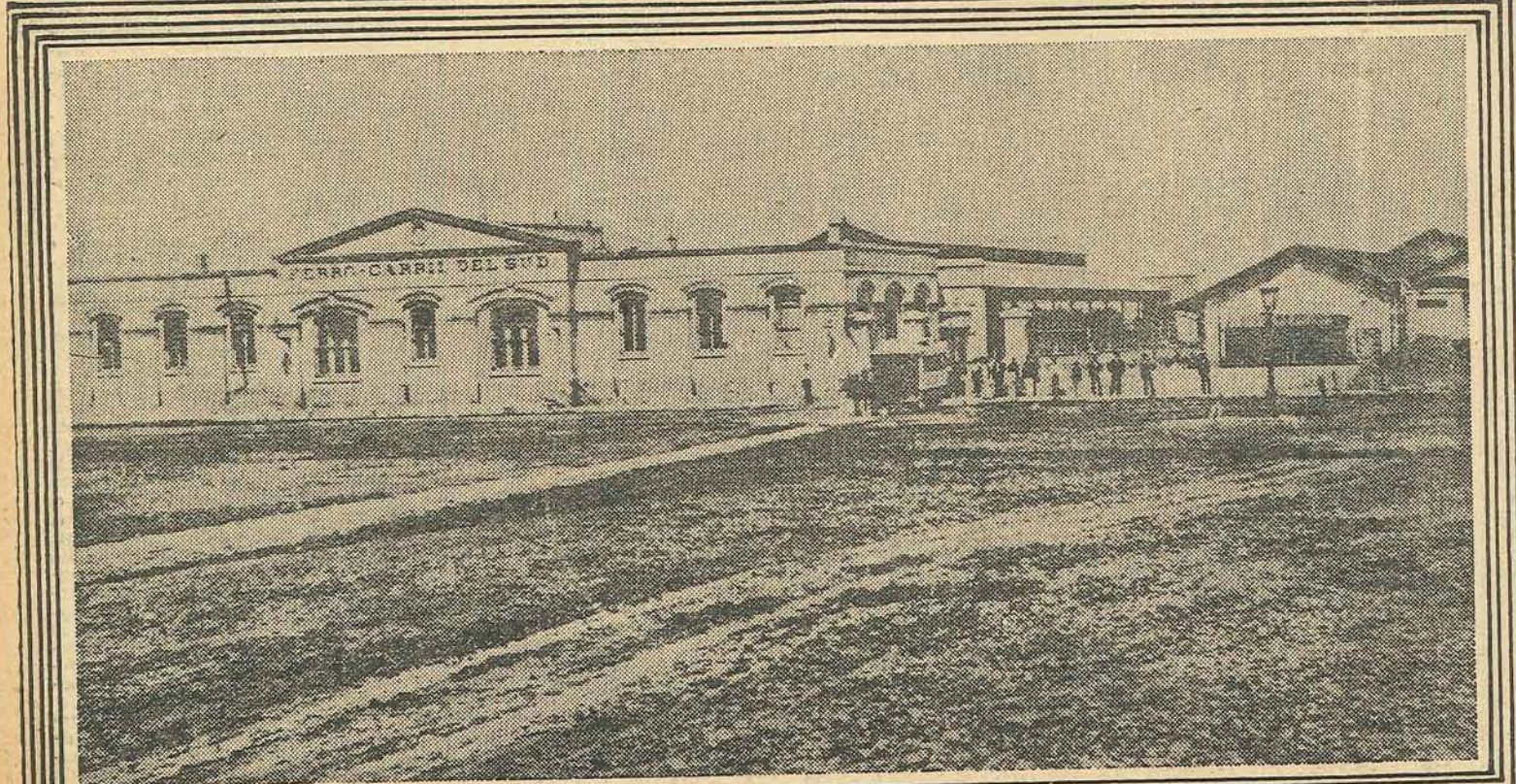
Todo esto, conjunto y conjunción de múltiples factores, determina en la vida de Buenos Aires transformaciones que la caracterizan con rasgos y aspectos dignos de ser tratados en particular.

A los que sufren del estómago

Vamos a darles, para alivio de sus males, una valiosa receta, de resultado seguro. Basta tomar después de cada comida 1/2 cucharadita de Bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua para hacer cesar al instante toda molestia o dolor y obtener la digestión normal.

El bicarbonato cálcico es un producto científico, recomendado por los señores médicos, y que obra eliminando el exceso de acidez, al par que estimula las secreciones naturales indispensables a la digestión.

Todos los que sufren de molestias gástricas pidan el folleto ilustrado gratis a los señores Laich y Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.



LA MUSICA DEL RENACIMIENTO



S en los siglos XII y XIII empezó a manifestarse el lirismo con el arte trovadoresco, el desarrollo adquirido por el contrapunto durante los dos siglos siguientes sirve de base al amplio movimiento musical del que por fin va a surgir nuestro arte lírico, uniéndose del modo más feliz la habilidad técnica con la expresión del sentimiento.

En la música profana florecen con brillo las formas de la canción y el madrigal. El arte religioso sufre una renovación absoluta, fruto de una inspiración nueva, y el motete adquiere todo su esplendor. En cuanto al sistema musical, la teoría de los cambios se simplifica, empieza a admitirse la nota sensible, como séptimo grado de la escala y, a despecho de los rígidos teóricos, los músicos miran el tritono con menos temor. A la vez se establece la división armónica de la escala, substituyéndola a la aritmética (1). Además, una invención de índole práctica — la imprenta — había de prestar también, para la difusión de la música, su auxilio precioso (2).

Entre los teóricos del siglo XVI sobresalió el monje franciscano Zarlino.

LA CANCIÓN FRANCESA

Aparte de las antiguas canciones populares, monódicas o de una sola voz, en el siglo XVI brillan especialmente los músicos franceses en una forma polifónica, denominada "canción", compuesta en contrapunto. De modo que dicha forma venía a ser el equivalente profano del motete religioso. La canción francesa, en su origen, era un conjunto de voces y eran, en cierto sentido, una anticipación de los conjuntos de instrumentos de arco, la música vocal de cámara, que precedió a la instrumental. A veces alcanzaban amplias dimensiones y desarrollaban un programa; otras eran cuartetos de género, y la boga que alcanzaron fué tan grande, que esta clase de canciones se extendieron por Italia y por Alemania. Con frecuencia los compositores gustaban de dar a sus canciones carácter eminentemente descriptivo y pintoresco, que trataba de reproducir los ruidos de la Naturaleza, los rumores de una batalla, el canto de los pájaros, el tañido de las campanas, etc. Por tanto, la inspiración de esta música, más que interior o psicológica, era simplemente exterior, y antes que el sentimiento íntimo del músico, pretendía imitar los ruidos del mundo, que el autor escuchaba. Es el primer paso de la música descriptiva, género muy subalterno del arte lírico, que ha tenido sus épocas de moda (3). Pero esta observación sobre la esencia de las canciones francesas descriptivas no amengua el mérito de sus autores, que demostraban habilidad fina e ingeniosa.

Cultivaron la canción polifónica muchos compositores de la escuela franco-belga. Entre los que más se distinguieron en el género figuran los franceses Josquin Després, que tanto había brillado a fines del siglo XV y que alcanzó el primer cuarto del XVI, y el célebre Jannquin. Este compuso la más popular de todas aquellas canciones, titulada "La batalla de Marignan" o "La guerra", aparecida en 1528, en que las cuatro voces imitaban clarines, tambores, disparos, gritos y lamentos, hasta el canto de victoria final.

Al lado de Jannquin, que dejó doscientas canciones, pueden citarse a Courtois y a Nicolás Gombert, autor de "El canto de los pájaros" y "La caza de la liebre". Otras canciones muy conocidas eran "El ruiseñor", "La alondra", "Los

gritos de París" y "La charla de las mujeres".

Un compositor notable de la época fué Claude Le Jeune, nacido en Valencienne en 1528, el cual compuso una extensa serie de canciones, titulada "La Primavera", donde el contrapunto se desarrolla a veces hasta en ocho voces reales.

Igualmente ilustre fué Claudie Goudimel, que pereció en 1572, en Lyon, durante la matanza de hugonotes efectuada en la noche de San Bartolomé. Algunos afirman que Goudimel tuvo la gloria de ser maestro del gran Palestrina en una escuela que fundó hacia 1540 en Roma. A juicio de otros autores, este hecho no ha podido comprobarse, negándose que el artista francés estuviese nunca en dicha ciudad. Goudimel dejó numerosas canciones y salmos.

COMPOSITORES BELGAS

La canción polifónica francesa fué también cultivada con brillo por numerosos maestros belgas, que continuaban las tradiciones de sus antepasados. Estos músicos sobresalieron, además, en el madrigal y en el arte religioso, y varios de ellos se establecieron en Italia, en cuya música ejercieron influencia, a la vez que ellos se italianizaban con el género madrigalesco de la península.

Entre todos estos compositores belgas descuellan dos grandes figuras: Adrián Willaert y Orlando de Lasso. El primero, nacido en Brujas (1490), murió en Venecia (1563), después de haber fundado y dirigido durante más de treinta años la escuela de aquella ciudad adriática, donde el artista flamenco formó ilustres discípulos, entre ellos Cipriano de Rore, nacido en Malinas (1516), o en Amberes, según otros, el cual le sucedió como maestro de capilla en San Marcos; Vicentino, Zarlino y Francisco della Viola.

Orlando de Lasso, llamado también Roland de Lattre, y cuyos sobrenombres de "Gran Orlando" y "Príncipe de los músicos" dejan comprender la fama que gozó, nació en Mons hacia 1520, y por la grande y variada obra que compuso, así como por su carrera artística, pertenece no sólo a Bélgica, su patria, sino también a Francia, Italia y Baviera. En la canción francesa produjo obras maestras, preocupándose más que de las "descripciones" e imitaciones realistas, de la inspiración íntima y hondo senti-

LA POLIFONIA VOCAL CANCIONES Y MADRIGALES



POR ERNESTO DE LA GUARDIA

miento artístico. Un crítico moderno ha juzgado en los términos siguientes su canción "La Noche": "Por la riqueza y variedad en el desarrollo, el poder expresivo, la profundidad de la armonía y firmeza de la línea melódica, puede pasar por uno de los modelos más acabados del género". La misma perfección demostró el maestro de Mons en sus madrigales italianos y en la abundante música religiosa que escribió, donde figuran 60 misas, lamentaciones, salmos y 1200 motetes, pues la fecundidad del maestro fué tan prodigiosa, que dejó más de 2000 obras.

Cuéntase que siendo niño, Orlando fué robado tres veces a causa de la hermosa voz que poseía. En 1557 fué llevado a Munich por el duque-electoral de Baviera, Alberto V, y allí formó escuela, promoviendo en gran parte el movimiento musical que surgió en Alemania poco después.

También deben citarse a Felipe de Mons (1521-1606), en quien se extingue la brillante pléyade franco-belga del siglo XVI, y el cual pasó muchos años en Italia, y a Verdelot, que ocupa un puesto importante en la historia del madrigal.

EL MADRIGAL ITALIANO

Paralelamente a la canción francesa, que tanto se extendió por Europa, desarrollábase en Italia el madrigal y éste, a su vez, se internacionalizó pronto, siendo cultivado en Francia, Países Bajos, Alemania, Inglaterra y España. Adquirió importancia infinitamente superior a la conseguida por las viejas canciones italianas, como la "frottola", el "strambotto", la "villanella", la "canzone". El madrigal fué inventado por los poetas y pronto dió lugar a la inspiración de los compositores que lo pusieron en música. Su asunto suele ser pastoril y con frecuencia amoroso, y se halla escrito para voces solas, generalmente, aunque a veces se refuerzan por un acompañamiento instrumental, enriqueciéndose más de tal modo la música vocal de cámara. Este recurso se imitó luego en las canciones francesas. El procedimiento en la composición del madrigal es armónico o contrapuntístico y el texto consta de cierto número de estrofas libres. La esencia del madrigal es más íntima y lírica que la tendencia inspiradora de la canción francesa, sobre todo en sus excesos descriptivos. Pero el gran interés de ese género italiano, como forma histórica, consiste en sintetizar los grandes progresos y novedades que aparecen en la música a partir del Renacimiento: abandono progresivo de los viejos modos diatónicos, que el canto llano impuso a toda la música medieval, introduciendo nuevamente el cromatismo y ciertas disonancias. La música, por tanto, despliega nuevo y poderoso vuelo, alejándose cada vez más de la Edad Media.

Entre estos geniales innovadores puede citarse a Vicentino (1511-1572), discípulo del flamenco Willaert, quien pretendió hacer revivir en sus madrigales no sólo el género cromático, sino también el enarmónico, sosteniendo vivas polémicas con los defensores del diatonismo. Además, inventó e hizo construir un instrumento, el "archi-órgano", cuyo teclado estaba dividido en cuartos de tono.

Entre los primeros maestros

que sobresalieron en el madrigal italiano figuran el ya conocido Willaert y su discípulo Cipriano Rore, además de otro flamenco, Verdelot, que elevó el género a altura no sospechada, a juzgar por los elogios que se hacían en Italia de aquel maestro (4).

También se distinguió el holandés Arcadelt, que compuso muchos madrigales.

Hacia 1555 aparece el alto genio de Palestrina (1524-1594), que da nuevo impulso y determina otra época en el madrigal, alcanzando su más perfecto desarrollo. Después de acusar la influencia de Willaert en sus primeros madrigales, Palestrina eleva vigorosamente su propia personalidad. Mas el verdadero puesto de este gran compositor se encuentra en la música religiosa.

En la segunda mitad del siglo XVI figuran también como notables madrigalistas, varios discípulos de Willaert, como Porta, Andrea Gabrieli y Croce. Además, los organistas Padovano y Claudio Merulo, Ingegneri, maestro de Monteverdi, y Marenzio.

Monteverdi (1568-1643), que pronto va a ocupar un lugar prominente en el teatro lírico, cierra con brillo el siglo de oro del madrigal. Claudio Monteverdi nació en Cremona, pero dió a la escuela de Venecia su principal labor artística. La revolución musical del Renacimiento, que tuvo en Vicentino tan gallardo campeón, encontró en Monteverdi otro maestro que desplegó en ellas audacias y genialidades. No puede realmente presentarse a Monteverdi como "inventor" del acorde de séptima de dominante, que iba a descubrir tan amplios horizontes a la modulación. La séptima sin preparación se encuentra ya en un madrigal de Palestrina. Además, la disonancia del tritono había dejado de ser un "monstruo musical". Marenzio la había usado; el teórico Zarlino la aconsejaba y Monteverdi dió el golpe de gracia al "Diábolus in música", con el uso sistemático de tal acorde, que incluye la séptima y el tritono sin preparación alguna, o sea el intervalo "atractivo", de tan grandes recursos. Era el primer paso que conduciría a todos los acordes de séptima y de novena, creándose la armonía disonante.

El maestro de Cremona introdujo a veces en el madrigal un estilo brillante con gran riqueza de adornos y floreos, para presentarlo otras con un carácter hondamente expresivo, en que se inicia la tendencia del "parlar cantando". Son frecuentes los diálogos entre un solo y el coro o los dúos con intervención del coro, así como las formas del recitativo dramático. De modo que en Monteverdi el madrigal tiende hacia la ópera, que desde principios del siglo XVII inicia en Italia su absorbente expansión y su éxito en las cortes europeas.

(1) La división aritmética o clásica de la octava establece los dos tetracordios; la armónica, la divide por las dos notas tónica y dominante.

(2) La primera música impresa con caracteres tipográficos fué el misal romano, en 1474.

(3) No debe confundirse ese género descriptivo, meramente exterior, con la inspiración de otras obras, v. g.: la "Sinfonía pastoral" de Beethoven, donde más que de "pintura" se trata de "impresión", según decía el mismo autor. En este caso el elemento descriptivo: el trueno, el murmullo del agua, el canto de las aves, sólo son notas pintorescas, decorativas, en el fondo de la música, que no deja de ser íntima, pues más que la simple imitación exterior traduce la emoción psicológica, refleja el alma del artista en contacto con la Naturaleza.

(4) En 1541 apareció en Venecia una serie de madrigales de Verdelot, a los que se calificaban como "la più divina et più bella musica che se videsse giamai delli presenti madrigali, a sei voci".

EL PRISIONERO

(DE JOSE MARIA DE HEREDIA)

ABAJO LOS MUEZINES CESARON SUS CLAMORES;
EL CIELO DE ORO Y PURPURA SE TINE EN EL PONIENTE;
LOS COCODRILOS BUSCAN SUS LECHOS EN LA FUENTE
DEL RIO, EN QUE SE APAGAN LOS ULTIMOS RUMORES.

EL JEFE, EN CRUZ LAS PIERNAS, SE MECE EN TENTADORES
ENSUEÑOS PROVOCADOS POR EL HASCHIS DE ORIENTE,
MIENTRAS CON RUDO ESFUERZO SURCANDO LA CORRIENTE
SE ENCORVAN EN SU BANCO DOS NEGROS REMADORES.

FEROZ SOBRE LA POPA QUE ESTELA EL OLEAJE,
TAÑENDO ASPERA GUZLA, QUE DESTEMPLADA SUENA,
SE INCLINA UN RUDO ARMANTA DE MIRADA SALVAJE;

Y AL FONDO DE LA BARCA, SANGRANDO EN SU CADENA,
UN VIEJO SHEIK CONTEMPLA, IMPAVIDO, TRANQUILO,
LOS ALTOS MINARETES QUE TIEMBLAN EN EL NILO.

LEOPOLDO DIAZ

LA "CHRISTIAN SCIENCE" EN BUENOS AIRES

Por ALBERTO

NIN FRIAS



El cosmopolitismo espiritual comienza a destacarse en Buenos Aires. No podía ser de otro modo en un conglomerado donde viven estables unos 2.300.000 de almas y hacia donde acuden, movidos por el afán del lucro o de lo novedoso, representantes de unas cuarenta nacionalidades.

¿Cómo reacciona el alma bonaerense, desprevenida y superficial, ante las nuevas inquietudes morales y metafísicas, ajenas a sus modalidades raciales? Esta tierra no es propicia para lo espiritual, como rotundamente lo asevera D. Manuel Gálvez, quien agrega, a poca distancia, que no cree exista una literatura más pobre de ideas que la argentina.

Es el caso de afirmarlo, apoyándose en la escueta realidad y en ese testimonio insospechable: acoge la gente esas novedades ideológicas, ignorándolas con soberana parsimonia, acaso más que por otro cualquier motivo, por la falta de sed espiritual y de curiosidad intelectual, archicaracterísticas del ambiente.

Será ignorado por muchos, sin duda—dado el lugar poco prominente donde está ubicada su sede—, que la Christian Science ha tomado carta de ciudadanía porteña. Conocía desde 1913 la existencia de esta agrupación entre nosotros. Su directora era amiga mía, dama cultísima y afable, Mrs. Chandler. Las reuniones se verificaban en el salón apartado de un vetusto edificio de una calle céntrica.

Como es la religión la manifestación más elevada y noble, ha preocupado preferentemente mi atención en todas sus fases. Durante mi estada en los Estados Unidos, 1908-1912, conocí de cerca a muchos miembros de esta nueva interpretación de ciertos viejos principios. Dos rasgos me impresionaron hondamente en ese entonces: la serenidad de ánimo de los adeptos, así como su capacidad para la meditación silente.

Desde entonces acá han pasado diez y siete años y no había tenido ocasión de saber cosa alguna acerca de la Christian Science, hasta que, días pasados, atravesando al azar la calle Sargento Cabral, me enfrenté con un edificio muy exótico, entre los que ornamentan a esta ciudad. Se trataba de un templo calcado sobre los que a menudo se ven en la Nueva Inglaterra. Figuraba sobre el pórtico una inscripción en lengua inglesa: "The Second Church of Christ Scientist".

Tal hecho me asombró sobremanera y llevéme a pulsar el poder de un movimiento filosófico que ha llegado a extenderse hasta las orillas del Plata.

Para comprender cabalmente esta escuela de un nuevo pensamiento, y en general, la religión en los Estados Unidos, cabe considerar dos cosas: no conoció dicha nación desde sus comienzos un culto oficial ni Iglesia de Estado y, por otra parte, el norteamericano está harto imbuído del lado práctico de la vida para no exigir también de la religión esa característica.

Es Estados Unidos la tierra por excelencia de la libertad de cultos, y gracias a esa omnimoda tolerancia, la Iglesia Católica ha podido prosperar allí acaso como en parte alguna. Actualmente va de conquista en conquista merced a lo

maravilloso de su organización, al dogmatismo de su enseñanza, a la poética y artística magnificencia del culto y el prestigio, casi dos veces secular, de su organización. Constituye, en medio de un mar de organizaciones adversas, una grande y avasalladora fuerza social, la única quizá lo suficientemente potente como para detener el creciente espíritu pagano que se va adueñando del alma norteamericana, rica y satisfecha. La Christian Science, junto con otras formas de la filosofía espiritual, el "New Thought", "Metaphysical Healing" y otras, tan numerosas en los Estados Unidos, hoy día tienen un rasgo en común: buscan la supresión del sentimiento de temor frente a la vida y lo desconocido que pueda sobrevenir. Su finalidad es infundir al alma humana la sugestión de su poder.

Existe en la doctrina católica una señalada tendencia a considerar a las enfermedades como visitas de Dios. En ese sentido se expresan de continuo las almas sencillas, de fe robusta e incommovible. Fueran dichos males avisos providenciales, mandatos para hacernos humildes, limpios de corazón, resignados y acatadores de la íntima voluntad de Dios. En la vida de Santa Ma-

ria Margarita Alacoque es acaso donde resalta con más fuerza este hecho de realidad histórica. Todas las grandes santas han sobrellevado hondos padecimientos y a menudo por pedido de ellas mismas al Soberano Señor. Así han concebido ellas aliviar el dolor que producen en el Hacedor los desvarios humanos.

Asimismo, he aquí cómo describe esta particularidad el Padre Lajeune, en su "Introducción de la Vida Mística": "La enfermedad es la más excelsa de las mortificaciones corporales, mortificación que no se ha escogido, impuesta directamente por Dios, expresión exacta de su voluntad." Y continúa monseñor Gay en el mismo tenor: "La enfermedad es de hechura divina. ¡Cuán ciertos sus golpes! ¡Cuán eficaz es ella! ¡Cuán mejor que el trabajo y que todas las penitencias voluntarias, alcanza al hombre decaído en lo más vivo y le arranca de sí mismo... Una prolongada enfermedad es una obra maestra de mortificación."

Aquello que Dios arrebató puede ser devuelto mediante la oración del paciente, inclinando en su favor la inescrutable voluntad divina.

Las doctrinas de la "mind-cure" están contenidas en la

práctica de las admirables almas antes citadas, mas no su organización práctica en un culto, que desdénando la sabiduría de antaño aplica mal una indiscutible verdad.

La Christian Science sostiene, contra toda la evidencia del buen sentido, la inexistencia del mal y califica de mentiroso al que afirme lo contrario. Al forzar un principio se ha ido al otro extremo, lo que constituye una gran falta de lógica. Esa falsa premisa hará caer a la doctrina en no pocos renuncios. Los "christian scientists" no se aventuran a explicar lógicamente el mal, a lo sumo lo admiten, muy a pesar suyo, como un hecho empírico de índole ilusionista.

En un país pragmático la vida consiste en vivirla bien y cómodamente; ante todo, la religión debe por fuerza—al menos las inventadas por hombres—ser algo de la cual se elimine todo pesimismo sombrío. De esa suerte, el optimismo forma el primer artículo del nuevo credo.

Preguntada una persona por qué había abandonado a la Christian Science, después de haber experimentado una experiencia tan maravillosa, halló bien el contestar: "Porque me cansé de estar siempre contento."

Entremos en materia, pues ya es hora.

La Christian Science fué fundada en 1879 por Mary Baker Eddy; resulta ser un fenómeno religioso extraordinario y hasta diré fantástico por su rapidísimo desarrollo en los países de habla inglesa.

La fundadora nació en Bow, New Hampshire, el 16 de julio de 1821 y falleció a los noventa años. Hija menor de una familia de ascendencia puritana, era un temperamento dotado de una vivísima imaginación y agraciada con una gran belleza física. Entre los treinta y cuarenta años de edad enfermó gravemente, y desde esa época se hizo discípula de Phineas Parkhurst Quimby, célebre mentalista que curaba por medio de la psicoterapia. Debido a sus dudas acerca de la predestinación, habíase separado la enferma del Congregacionalismo, la religión calvinista de sus antepasados. Ello motivó su dedicación al estudio intenso de la química, de la astronomía y de las lenguas antiguas. Estas disciplinas, agregadas a las originales ideas de su médico, originaron a través del tiempo lo que ella ha dado en designar su descubrimiento de la "ciencia cristiana", alrededor de 1866. En realidad dió aspecto cristiano a la idea de Quimby, de que si cayera de salud o enfermara más...

En ese momento fué cuando, como doctora en lo mental y fundó un colegio en Lynn, en 1867, para la difusión de su método. Fué así como se constituyó un nuevo grupo religioso cuya finalidad era el probar que Jesucristo había sido el mejor de los médicos de la tierra. Y como consecuencia de ello, bastaba tener fe en EL para curar cualquier enfermedad en su nombre. En 1875 la Sra. Eddy dió a la luz el texto de su doctrina, "Ciencia y Salud, con una clave de las Sagradas Escrituras". Unos años más tarde echó las bases en Boston del Colegio Metafísico, por el cual pasaron en pocos años miles de estudiantes. El éxito de esta nueva metafísica aplicada fué prodigioso: se construyó, al costo de 400.000 dólares, una soberbia iglesia en Boston, con capacidad para cinco mil personas. Se le bautizó la "Iglesia Madre o Matriz".

Durante los treinta años de apostolado de la Sra. Eddy, tuvo ella la satisfacción de ver aumentar y prosperar su iniciativa, al punto que hoy existen en los Estados Unidos tan sólo, tres mil templos de la "Ciencia Cristiana" y algunos millones de discípulos.

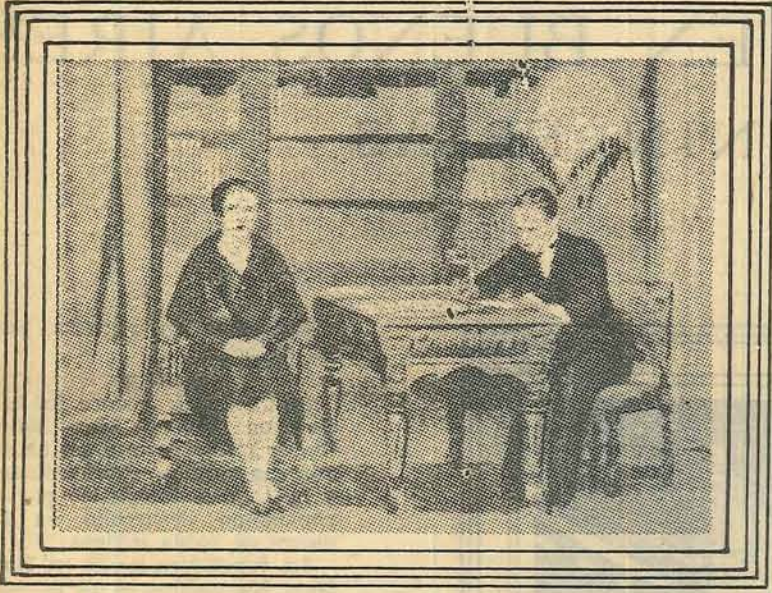
Desde Boston se dirige el nuevo credo y en la iglesia antes nombrada son decididos todos los puntos de doctrina, de propaganda y de administración.

El servicio religioso se divide (Continúa en la pág. 30)

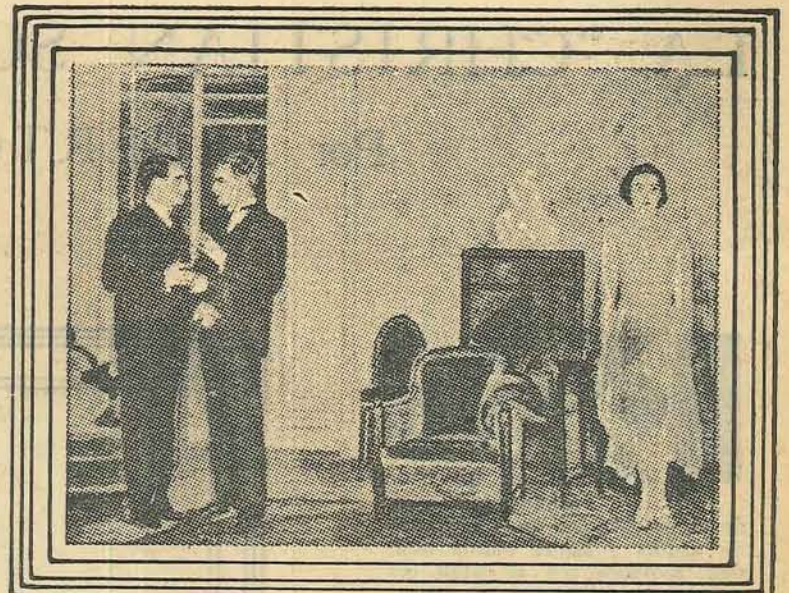
VESTIDOS A 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama hacendosa puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Tifendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apariencia de recién comprados.

EL ANTI "TOPAZE"



"LA DOUBLE PASSION",
acto I, escena I



"LA DOUBLE PASSION",
acto II, escena IX



AY escritores que tienen condiciones meritorias y hasta valiosas; que han producido varias obras bien concebidas

y acabadamente realizadas y que, sin embargo, no consiguen adquirir personalidad, ni mucho menos fama. Esto, que es una verdad, a cada paso comprobada, tanto en el libro como en el teatro, ocurre, sobre todo, en los medios de rica cultura y abundante producción, donde los que escriben son tantos, que sobrepasan la demanda de los que leen; y, entonces, sólo los que se señalan por rasgos muy marcados, de grandeza o de penetración, de originalidad o de vulgaridad, que también con esto se llega, y más fácilmente, al corazón del gran público, cuando se le toma del mismo pedestremente. El mito era explotarlo a su turno del urbanismo, tener lectores en el aire. Pero hay una serie de escritores franceses, para restringir la observación al terreno donde la comprobamos con más facilidad, que editan una novela por año y nadie se entera de su existencia. Y también pasa lo mismo, aunque con menos intensidad, porque la producción es menos abundante, en el teatro francés, donde suelen descubrirse autores de varias obras de mérito, que no sólo no llegan a nosotros, sino que ni siquiera tienen el menor cartel en París.

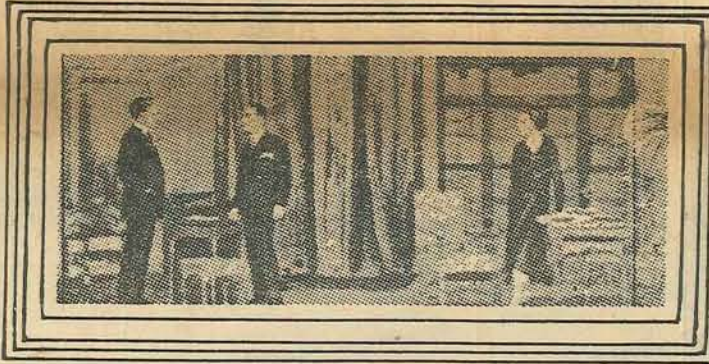
Van estas consideraciones a cuenta de Auguste Villeroi, uno de los casos más sintomáticos de lo que acaba de decirse. Auguste Villeroi no es un hombre joven, ni puede serlo, por lo menos de una extremada juventud que justifique su obscuridad, desde que comenzó a escribir antes de la guerra. Tiene ya una bibliografía relativamente abundante. A excepción de un libro de poesías y de dispersos artículos de crítica, toda su obra está encerrada en el teatro. En 1911 estrena ya, en el Odeón, su primera pieza, "Les frères Lambertier"; después escribe "La vierge de Lutece", en un tono lírico y en una forma marcadamente tradicional; a continuación hace representar en un teatro de vanguardia, casi de aficionados, "Le sentier secret", cuyo éxito no pasa de reconocer en ella, unos cuantos críticos amigos, penetrantes y finas cualidades para el análisis psicológico; lleva a la "Comédie Française", dos piezas breves; estrena al poco tiempo, sin mayor ruido, "L'enchantement de Venise" y da a conocer, finalmente, "La double passion", que es recibida por la crítica con ceremonioso respeto y por el público con escaso concurso. El teatro de Villeroi no es cuna de una fuerza, ni de una novedad excepcionales; pero es, sin embargo, una obra de conjunto, muy digna, meditada, bien concebida, pulcramente escrita, y, sobre todo, su última pieza, de un interés superior a su obra

co destino, que consistió en pasar "sin pena ni gloria", por un escenario de París.

"La double passion", no solamente no interesó al público, sino que también fué mal interpretada por la crítica. Bien es verdad que en el punto de mira equivocado con que se la consideró, tiene no poca culpa el autor, al darle un título que distrae la vista de su valor esencial y de su tipo de mayor relieve, para localizarla en un conflicto no muy nuevo y diluirla entre tres personajes, de los que uno sólo merece detener la atención. El asunto central, contenido en el título, no tiene nada de extraordinario: una mujer, Denise Chantrel, que está, un momento, enamorada al mismo tiempo de dos hombres. Ni siquiera se desarrolla y se mantiene en este terreno, porque cuando se enamora del segundo, ella misma ignoraba estarlo del primero; y cuando vuelve al primero, ya está totalmente desilusionada del otro. Tampoco interesa el desenvolvimiento de su pasión entre dos caracteres que podrían ser símbolos opuestos: Pascal Erivan, el hombre de estudio, de principios y de idealismo, que puede inocular una ilusión, y Robert Martignies, el aventurero, joven, audaz, interesado, que la marcó con la huella sensual de su juventud.

Es este dilema demasiado frecuente, en el teatro y en la vida, para que adquiera ya interés excepcional. Ni encierra singular atractivo el tipo de Denise, ejemplar corriente de la mujer joven y de principios que, en un momento, se entrega por sensualidad, y ya queda atada al hombre, como al carro de un conquistador; tipo que no tiene otras particularidades que las que ha ido, poco a poco inculcando la influencia diaria de Pascal Erivan. Es éste, hasta por eso mismo, y, sobre todo, por su carácter tan apartado de la mediocre humanidad, el que llena toda la pieza, el eje espiritual de la comedia; su protagonista de interés y de novedad; de relativa novedad, por lo menos, porque, aunque no sea totalmente nuevo, es hoy muy poco frecuente en el teatro y mucho menos todavía en el mundo; y su figura sobresale y desborda del marco restringido y no siempre perfecto de la comedia. Suele ser frecuente encontrar personajes muy superiores a las piezas que los contienen; personajes de poderoso relieve, de originales características, de extraña atracción, al servicio de una trama co-

rriente, colocados ante un problema vulgar, hasta malgastados en situaciones que los demeriten; personajes que son por sí solos, toda la obra y que concentran y explican el interés que ella provoca. Y tal es el caso de Pascal Erivan en "La double passion". La obra no está mal hecha. Por el contrario, está desarrollada con lógica, escrita con fácil y expresiva prosa y llevada, de un extremo a otro, con mano segura, aunque algunas escenas se engarzan con un poco de convencionalismo. "La double passion" es una pieza bien, pero nada más; vieja en su problema, aunque relativamente moderna en la sobriedad de su tono. Es, por su asunto y por sus escenas, una de las tantas piezas que se elogian, sin llegar a entusiasmar, que se encuentran bien, sin que interesen mayormente. Todo el desinterés y todo el comentario se concentran en este personaje de Pascal Erivan. Pascal Erivan es un tipo singular en todas sus cosas, en todos sus actos, en todos sus móviles; pero de una originalidad espontánea, que no



Acto I, escena IV

surge de palabras rebuscadas, ni de posturas espectantes, sino de su entraña y de su fisonomía, con naturalidad y con lógica. Es un sabio; tal vez ni tanto; mejor dicho, un hombre de estudio, que al estudio ha consagrado su vida y que no persigue otro fin, ni le interesa otro éxito, que la pureza de su cátedra y la verdad de su palabra y de sus escritos. Hasta aquí, nada de extraordinario. Pero este hombre de cátedra y de estudio, aunque viva entre sus libros, tiene alguna vez que ponerse en contacto con los seres, con los sentimientos y con los problemas del mundo. Y aquí es donde aparece su manera de reaccionar, siempre imprevista, siempre fuera de lo vulgar, de lo normal, casi siempre todo lo contrario de lo que cualquier otro hombre haría en su lugar. Ha criado a Denise, de la que es algo mayor y con la que lo vincula un lejano parentesco.



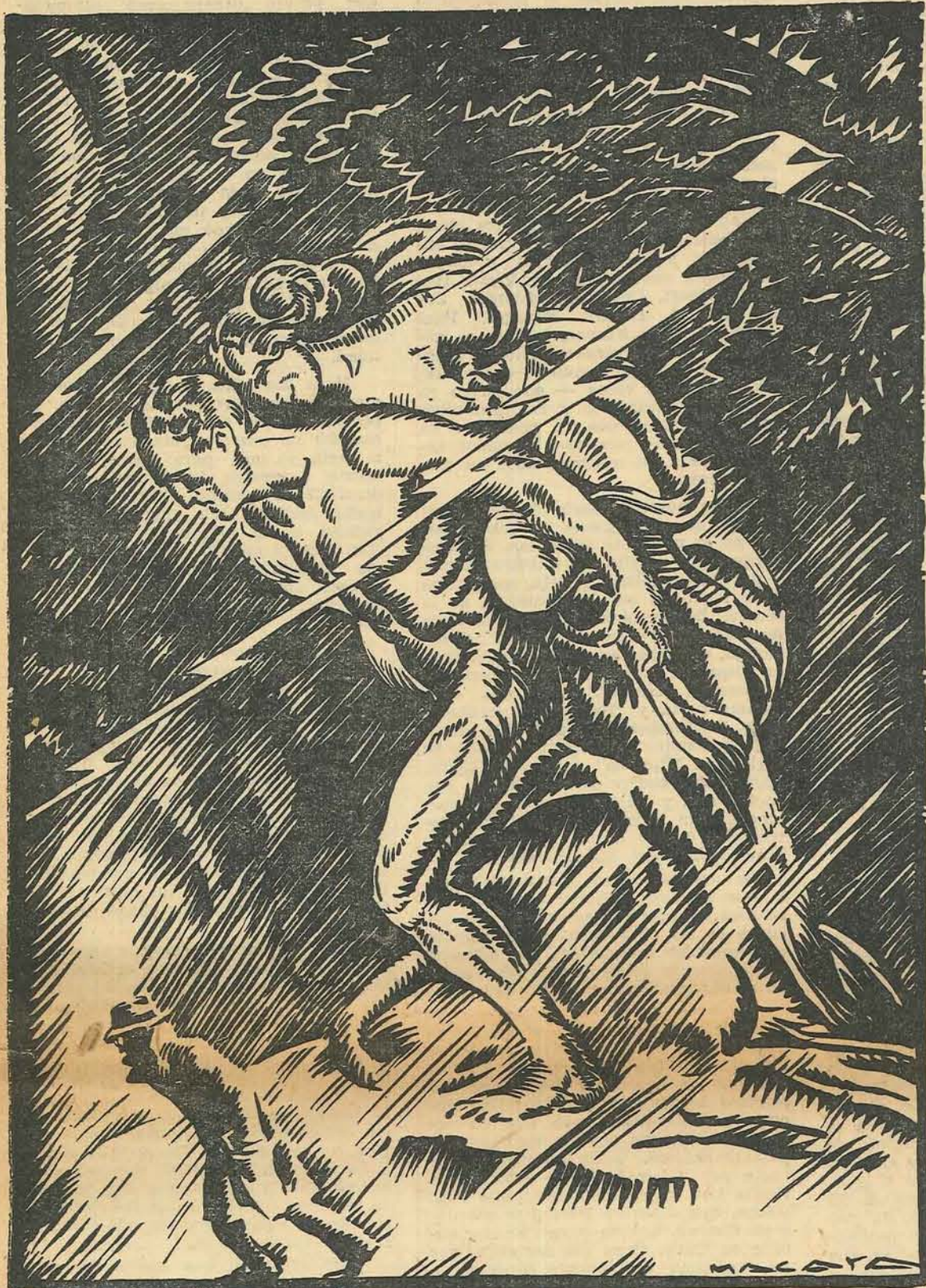
OCTAVIO
RAMIREZ

Está enamorado de ella; bien se ve aunque no lo diga; pero cuando sabe que la muchacha piensa casarse y con un hombre que no la merece, por afealdura, nada dice, ni nada hace para evitar el casamiento. Recibe una cuantiosa herencia de una vieja y lejana parienta; es una suma respetable, que le asegurará su tranquilidad y su independencia económica para el resto de sus días y hasta le permitirá estudiar con mayor dedicación, si ese es su único norte, además del empuje que el dinero ejerce sobre todos los mortales; pero porque esta buena señora no llevó, en su juventud, una vida muy austera y hasta se supone que el dinero que deja puede haberse sacado a alguno de sus amantes, Pascal Erivan rechaza la herencia y se queda con su acrisolada pobreza. No puede negarse que muy pocos, contadísimos hombres, procederían de esta manera y rechazarían una fortuna porque la lejana parienta que se las deja, anduvo, en años ya remotos, llevando una vida un poco airada. Y en esta línea sigue procediendo durante toda la comedia. Denise se desilusiona de su marido, porque lo ve interesado, inferior, voraz por el dinero y huérfano de nobleza; y va hacia Pascal en busca de apoyo, y convencida ahora de que es el único hombre a quien ha querido y el único que siente como ella. Y Pascal, al ver llegar a la mujer que quiere y que desde criatura ha moldeado a su manera, como arcilla blanda, sólo se le ocurre aconsejarle que vuelva al lado de su marido, como es el deber de toda mujer y, si se queda, al final, con ella, es cuando el marido ha cometido todas las brutalidades necesarias para hacer ya imposible toda reconciliación. Pascal Erivan es evidentemente un tipo de una humanidad distinta a la que hoy vive en las tablas y en el mundo.

Un personaje que ha llenado este último tiempo la escena francesa con características tan marcadas y éxito tan resonante como sólo muy de tanto en tanto se repiten y que estaba en pleno auge de triunfo y de comentarios en momentos en que fué escrita esta pieza, podría tal vez, por contraste, explicar la concepción de este Pascal Erivan y, por oposición también, imprimirle un mayor atractivo a sus particularidades y a su análisis: Topaze. "Topaze" es, no sólo la pieza de teatro de mayor éxito en su momento, y el tipo que con mayor relieve se ha recordado sobre las tablas. Como ocurre

con las grandes creaciones escénicas, sobre todo con las que tienen un fondo humano y un contorno real tan admirablemente sorprendidos, que en seguida se les empieza a ver reproducidos en mil ejemplares, iguales o muy semejantes en el trato diario, Topaze adquirió en seguida vida propia, independiente de su vida escénica, como un tipo que plasma una fisonomía de la raza y encarna todo un aspecto de la sociedad. Topaze es, todos lo saben, porque muy pocas creaciones han tenido tan rápida y vasta repercusión, el profesor convencido de la inutilidad de los libros, de la bancarrota de la moral, de la ineficacia de la rectitud, de la ingenuidad del idealismo. En oposición al personaje de Pagnol, Villeroi traza su polo contrario, en el hombre de estudio que vive enamorado de sus libros aunque sepa que nunca podrán darle satisfacciones materiales, que cultiva el modesto apostolado de su cátedra, aunque no llegue a arrojar sobre su opaca personalidad más que una mediana luz, luz que no tiene otro dogma que su moral, ni otro alimento que la ilusión. En momentos en que el mundo ha tomado tan distinto camino y, por lo tanto el teatro, como inevitable reflejo, tiene que andar por análoga senda, este personaje tan opuesto a lo que se ve en la vida y se representa sobre las tablas, que por lo tanto no puede tomarse como un tipo que pretenda encarnar a su especie, ni a su época, el Pascal Erivan de la pieza de Villeroi, surge, así, como una aspiración generosa, no como un arquetipo, sino como un llamado, como una tentativa de volver a los tiempos en que el idealismo era una fuerza y no hacía sonreír. En este sentido, la comedia de Villeroi no es nueva; antes al contrario, pertenece a la época anterior en que se localiza y se representa. Pero, por lo mismo que está fuera de su época, es poco frecuente y tiene el interés, la atracción, casi hasta la novedad de lo que ya no existe, que lo viejo también suele parecer nuevo cuando se le rejuvenece.

Y ahora se presenta forzoso el balance, como surge inevitable la comparación, cuando dos cosas se colocan una al lado de otra. ¿Cuál de los dos personajes se destaca con más poderoso y persistente relieve: Pascal Erivan o Topaze? La carrera escénica de éste, en comparación a la casi total obscuridad de aquél, expresa bien claros los resultados materiales, por lo menos, cosechados por uno y otro. ¿Será porque Pagnol tiene más talento y ha dibujado mucho más nitidamente los perfiles de su héroe? ¿Será porque Topaze encarna su época y, por lo tanto, tiene que triunfar en ella? ¿O será lisa, llana y aunque un poco desconsoladamente, porque Pascal Erivan no es más que una candorosa ficción y Topaze es toda la realidad?



EL APRENDIZ DE SANTO

EDMUNDO MONTAGNE
ILUSTRACIONES DE
LUIS MACAYA

UO santo? ¡Jamas! Yo no me he declarado tal cosa jamás. Creo que tampoco me la he propuesto. Le agradezco la buena intención al colega literario que me ha dedicado ese calificativo públicamente. ¡Vaya una ocurrencia! Pregúntele al colega a mi vecindario quién soy yo. Un rentista, un jubilado. Sólo así puede explicarse mi vecindario el caso de un cincuentón que, bastón en mano, da una vueltita a las primeras horas del día y otra a las últimas, y no hace, al parecer, otra cosa. Algunas contadas personas han oído decir que mi profesión es escribir para los periódicos. Ellas acaso sospechen que necesito buen aire antes de sentarme a trabajar y otro poco de oxígeno al finalizar el día, para descongestionarme el seso. Ellas, asimismo, no se extrañarían mucho viéndome tan propenso a no alejarme ya, durante mi paseo, de la placita. En este jardín graciosamente decorado por recortados arbustos y almohadones de flores, rondo y más rondo la escultura del Hombre y sus Pasiones; la miro y remiro. Pensarían los advertidos que algo estoy imaginando para los periódicos; algo que tiene relación con la animada mole de mármol blanco elevada sobre base tapizada de hiedra.

—No, no es para los periódicos: es para mí que estoy día a día pensando en el Hombre y sus Pasiones—, les respondería a esos pocos, por si entre

ellos hay quien se haya enterado del grave cargo que sin querer me ha hecho el colega al llamarme santo. Quiero convencerme de que yo no soy siquiera un hombre como ese de la escultura, a quien las pasiones no vencerán tan fácilmente, con todo y parecer al pronto que va agobiado por ellas. No soy siquiera ese hombre.

Y a los otros, a los más, ¿cómo convencerlos de que el jubilado o rentista no se halla en trance de locura? Ayer, una buena mujer, al tiempo que pasaba entre el monumento y yo, se persignó. Su signo de la cruz, hecho con prisa y sobresalto, quería apartar lo malo. ¿Qué malo? ¿El monumento o yo? ¿Las desnudeces del Hombre y sus Pasiones o quien las miraba?

¡Ah, sagradas desnudeces de los seres reproducidos por el arte para realizar un sentir profundo!

Felizmente ni a los unos ni a los otros de mis vecinos debo dar razón de mis paseos. Felizmente unos y otros ignoran que los hago ahora exclusivamente en redor de esta mole marmórea, pues los primeros fríos del avanzado otoño han dejado la plaza sin gente. No hay aquí niños, ni madrecitas, ni ancianos. El guardián no tiene en consecuencia mucho que hacer, y busca la conversación de los motoristas y el naftalero allá en la orilla. Y si los primeros fríos vienen amenguando hace

tres días y reina la bochornosa temperatura del veranito de San Juan, no importa, la gente se ha desacostumbrado, no volverá a esta placita hasta la primavera, a fines de año.

Y ¿en qué he quedado ayer con este buen hombre blanco, muy blanco; con este buen hombre bello, muy bello en su vigor ostensible desde la cabeza a los pies? ¿Es la encarnación del hombre en general y por eso soy yo mismo? ¿Y por eso soy yo mismo con mis pasiones, como él con esas dos mujeres a cuestas? Pero ¿qué pasiones las mías? ¿Cuántas son mis pasiones? ¿No me he dicho hace años que mi pasión dominante, más que dominante única, era la literatura? ¿Y no me propuse que esa pasión dejara de ser en mí, como lo es en todos, la máscara de la gloria, para quedar siendo el deber? ¿Qué he querido yo con eso? Yo con eso he querido no tener pasiones. Mi literatura sería de ese modo un simple trabajo entre los trabajos de los demás: mi utilidad humana.

¡Farsa, farsa! La gloria ha aparecido siempre y ha saltado desde el fondo de mi trabajo cuando menos lo esperaba, y me ha encarado para decirme: "¡Aquí estoy! ¡Por mí es que trabajas!" Es como la soberbia, que levanta su cabeza de vibora desde el fondo de la virtud, desde el fondo de la santidad misma.

¿Dónde tiene la cabeza esta

serpiente que enreda la pantorrilla del hombre con el tobillo de la mujer de su derecha? ¿Esta mujer avergonzada o convulsa de pena que me da la espalda y esconde la cara bajo el fornido brazo con que él la sostiene? ¿Qué hace la serpiente entre las piernas de ambos sino buscar en el suelo el pie afirmado del hombre para clavar allí los fatales dientes?

Por lo tanto no es esa mujer la Mujer: no es el símbolo del puro amor erótico sino el de la pasión-mujer que lleva por el vicio al abismo. Si se siente apenada es porque sabe que cae. Se sostiene asida al hombro de él. Así se salvará o caerán juntos. Ah, no: yo me he sobrepuesto a tal pasión, desde mozo. Y si por tan poco no merezco ser tenido por un santo, sería yo, posiblemente, atendiendo a ese triunfo, un aprendiz de santo. ¡Vaya, que no puedo apartar la vista de la mano con que el hombre la toma del talle! Este hombre, firme en su peligrosa andanza, de energía grandemente serena según se ve en su faz, se traiciona allí, al final del brazo que rodea el busto de la mujer. ¡Con qué cariño, con qué piedad en su fuerza toma esa mano el talle de la desdichada! De la... ¿Por qué desdichada? Tal vez no sea la amadora funesta. Tal vez sea... En fin, que yo no podría ir unido así sino a mi pasión dominante... a mí... Debo decirlo sin hipocresía... Yo no podría ir unido así sino a la Gloria... Gloria... ¿Y no sería entonces que la Gloria, por mi despreciable, tomase de la Mujer, pues es mujer, la fatalidad amante y hasta la horrenda pena en la vaciedad del vicio, y con la estremecida humanidad de su desgracia, pudiera arrastrarme aún hoy día hasta la abyección? Si, la misma Gloria. Sí, con su pena... ¡Pobre!...

Mas no y no. Esa mujer es bien mujer maldita, y la Gloria, la Gloria es la otra, es la que a la izquierda del andante parece una hija de los aires... Aire sus cabellos... Velos o aire todo lo que la entreenvuelve sin ocultar sus gracias... ¿Es una hija de la fantasía, o la fantasía es un producto de ella? Sus muslos, plegadas las

Y... ¡ahora llueve! Yo que quería mirar bien la cara a este hombre, a este hombre que se dijera soy yo mismo, y que si carga con dos pasiones, la que lo une por la pena y la que intenta enloquecerlo por el placer, no expresa por un lado sufrimiento y por el otro gozosa esperanza, sino que es una faz profundamente tranquila en el esfuerzo de quien vence y lleva... vence y carga lo vencido.

... ¡Qué modo de llover! Las nubes se habían puesto horrendas sin percatarme. En fin. ¡Adiós, hombre: el Hombre! No, mal digo. ¡Adiós Yo Mismo! ¡Hasta mañana!...

★
¿Cómo no me fulminó el rayo? ¿Qué rayo, Dios mío! Dejé ahora la plaza a oscuras y el estruendo me estremece de espanto. Qué modo de latirme el corazón. Fuego y estampido se produjeron a un tiempo. No, no me mató a mí: bien veo que huyo hecho la personificación del miedo. Ah... ah... ah... ¡Cuidado con esta zanja!... Un salto aquí... otro allá... ¿Debo rodear el baldío sembrado de basuras o sigo por sobre ellas?... Este corazón... parece que quiere derribarme a martillazos... Ah... ah... El rayo no me mató... ¡Otro relámpago! Y aun sin terminar los retumbos del anterior... ¡Rápido, rápido, a casa!... No me mató a mí: mató al otro... Mató a mí mismo en la escultura... al "mí mismo" que creía yo ser, pero que aquí va; pues aquí estoy jadeante, mojado, hecho un misero can que huye a los latigazos de una gran vibora de fuego... de fuego y hierro... de hierro mortífero.

¿Cómo no quedé muerto al pie de la escultura... o junto a sus escombros?... Si cayera otro rayo... ¡Un salto más!... Debo seguir pegado al muro... Dios mío, otro relámpago... como si quisiera prender fuego al cielo y a la tierra... ¡Estremecido así, yo, santo; yo, hombre que venció sus pasiones, que se venció a sí mismo! Cómo tiemblo temiendo que mi pobre armazón perecedero quede carbonizada ahora... Instinto, soy el instinto. No cabe duda, soy el semillero de las pasiones, de la pasión sexual, de la pasión dominio, ya que soy sólo instinto. No cabe duda, soy el miedo de no perpetuar esta pobre y salvaje animalidad... Yo, santo...

Más truenos. Más desgarrones de fuego de Sur a Norte, del Cielo a la Tierra. Agua, agua nutrida, furiosa... me cala, me hiela... ¡Ah, por fin en casa!

★
Cierto es que no hay, después de una corrida así, como cambiarse de ropa en seguida. Y si uno se halla, como yo ahora, sentado a la mesa, mientras la tormenta sigue afuera... ¡qué bienestar, qué enternecido bienestar se siente!... Ah, yo no seré santo, pero... A través del humito de esta sopa de legumbres, mi hermana, que adivina mis sobresaltos, me sonríe... Ella encarna la Humanidad. ¿qué yo soy, ante la Humanidad, sino simple y puramente el Deber?... Me he reconquistado en este punto, que es mi fuerte, que es todo yo. Por ahí vuelvo a no encontrar inconveniente que se me tenga por aprendiz de santo.

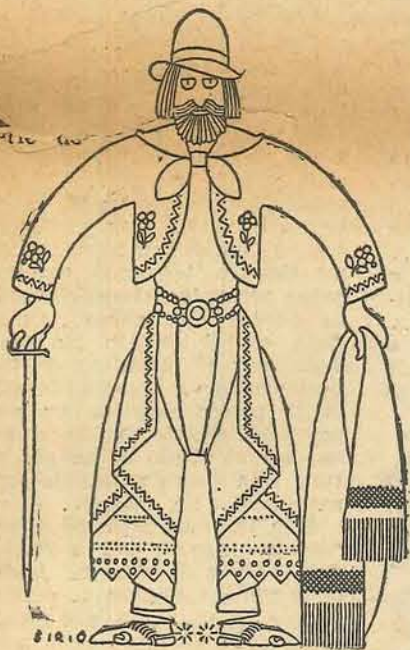
Sólo el Deber, sólo el Deber. Ninguna pasión.

Mi hermana me mira por entre el humito con un mirar hondo que parece comprenderme. Y yo no acierto a saber si es su penetrante mirada o la primer cucharada de su rica sopa lo que ha concluido de entonarme, de meterme tan ajustadamente en caja, de volverme la sensación de ser yo completamente dueño de mí.

Mirada y sopa, al fin ambas son mi misma hermana.

Y vuelvo a pensar: sólo el Deber, sólo el Deber; ninguna pasión.

El valor
representativo
de la
literatura
gauchesca



Lope
Juan Manuel
Gálvez

PUBLICANSE entre nosotros, con bastante frecuencia, ensayos de crítica en donde se afirma, ya de paso o como tema fundamental, que tales y cuales libros son, por su carácter gauchesco, típicamente representativos del espíritu argentino. Algunos escritores van más allá, y no vacilan en sentenciar que esos libros son los únicos que reflejan el carácter y las costumbres de este país. Estas opiniones son generales en nuestro ambiente, y a veces vemos que las sustentan profesores de letras en alguna universidad. Y hasta han pasado a Europa: no es raro leer en artículos escritos por españoles o franceses cómo se nos exige, a los autores argentinos, que describamos, si hemos de ser verdaderamente argentinos, al gaucho y sus costumbres.

Examinemos, de acuerdo con nuestra realidad y con las normas del arte, el valor de estas opiniones.

El gaucho ha desaparecido, casi en absoluto. Quedan algunos descendientes en la provincia de Buenos Aires y en Entre Ríos, que no conservan íntegramente las cualidades del antepasado. En Santa Fe y en Córdoba ya no hay gauchos. Y aun en Buenos Aires y en Entre Ríos es preciso buscar con linterna a los nietos de Santos Vega. La mayoría de los argentinos no han visto gauchos sino en los escenarios, donde hijos de italianos se disfrazan de Juan Moreira o de Martín Fierro. Casi la mitad de la población del país vive en Buenos Aires y sus inmediaciones y en las grandes ciudades de provincia; y en ninguno de estos lugares se ve jamás un gaucho. Conveniría que los escritores franceses o españoles que nos reclaman reflejar al gaucho y sus costumbres supiesen esto: que en Buenos Aires, cuando por extraña casualidad aparece en las calles un hombre del campo, vestido, no como los gauchos, sino con botas altas, un ponchito arrollado en el brazo y un pañuelo en el pescuezo, se forman grupos de curiosos a su paso. En Buenos Aires no hay nada más exótico que un paisano. No hablemos de un gaucho, más o menos auténtico: su aparición en la Avenida de Mayo cobraría un carácter tumultuario y requeriría la intervención de la fuerza pública.

Conviene también recordar que el antiguo gaucho no existió en toda la extensión del país. El campesino de Jujuy, de Salta, de las sierras de Córdoba, nada tiene que ver con el gaucho. Y es tan argentino como él. El gaucho es un tipo del litoral. Su psicología y sus hábitos no eran posibles sino en la pampa, y la pampa es sólo una parte del territorio argentino.

También debe saberse que el número de gauchos fué siempre muy reducido. Hace cien años la provincia de Buenos Aires estaba, en su mayor parte, habitada por indios. En la ciudad no había gauchos. El investigador de nuestra historia tropieza con el orillero, o compadrito, con el mulato y con el pardo. Excepcionalmente con el gaucho.

Pero supongamos, por un instante, que en la Argentina existe el gaucho, en tal o cual rincón de dos o tres provincias. Y yo pregunto: ¿tiene este tipo humano algo que ver con la Argentina moderna? El espíritu de la Argentina futura está en Buenos Aires, en el Rosario, en Santa Fe, en Mendoza, en Córdoba, en las grandes ciudades. La Argentina no es un país estático y colonial, como otras naciones hispano-americanas. Es un país moderno y viviente, poseedor de un gran empuje. La Argentina constituye un pueblo cosmopolita, de inclinaciones europeas y con alguna tendencia hacia las formas de vida y de carácter que consideramos típicas de los Estados Unidos. Todo esto será doloroso para la tradición y la poesía; pero es una verdad indiscutible. La vida del campo y el espíritu de sus habitantes es lo más estático que existe.

Y ahora yo digo: ¿se les exige a los novelistas franceses, para ser representativos del alma de Francia, que describan los tipos y las costumbres de los campesinos de la Auvernia o del Anjou? Jamás se le ocurriría a nadie una estupidez semejante. André Gide es muy francés, según consenso unánime, y nunca se ha interesado por el campesino de su patria. Paul Morand no es menos representativo de la mentalidad francesa, y sus personajes pertenecen a todas las razas y naciones y sus novelas se desarrollan en Constantinopla, en Barcelona, en Noruega o en cualquiera otra parte. En el mejor libro de Valéry Larbaud — un

espíritu bien francés — el protagonista es un multimillonario norteamericano y la acción ocurre en Florencia, en San Marino, en Copenhague: en todas partes menos en Francia.

Y siempre ha sucedido lo mismo. La literatura regionalista, la que se interesa por el hombre del campo, es escasa y no por cierto la mejor. Mucho más interesa la vida de la ciudad, que algunos, erróneamente, creen menos típica y representativa que la vida del campo. Y abundan las grandes obras cuya acción se desarrolla en tierras extranjeras, y hasta exóticas, y cuyos personajes son extranjeros. Victor Hugo, Flaubert, Gohineau, Merimée, Zola, Alfonso Daudet, Bourget, Paul Adam, Anatole France, Loti y, en general, todos los grandes escritores franceses han escrito novelas — sus mejores obras, a veces — que pasan en comarcas extranjeras y frecuentemente entre extranjeros. Y nadie les ha negado a esos escritores su valor representativo, ni mucho menos su mérito literario.

Entre nosotros suele decirse y escribirse que "La gloria de don Ramiro" no es una obra argentina. Sin embargo, está escrita en nuestro idioma y por un argentino. ¿Sería, acaso, una obra francesa, por la influencia de la técnica flaubertiana y por la sintaxis de gran número de sus frases? ¿O española, en virtud de que su acción pasa en España? Pero con este criterio de ignorantes, "Hamlet" sería una obra dinamarquesa y "Salambó" pertenecería a la literatura africana. "La gloria de don Ramiro" es argentina, como es inglesa la "Romola" de George Eliot, cuya acción ocurre en la Italia del Renacimiento; y del mismo modo que pertenece a la literatura rusa "La resurrección de los dioses", el magnífico libro de Dimitri Merejcovsky.

Se nos exige, pues, que describamos lo que nuestros lectores no han visto sino en las representaciones de los circos o en los carnavales. Se nos habla de "nuestras realidades", sin advertir que el gaucho, desde hace muchos años, no es una realidad en la Argentina.

Claro es que debemos reflejar lo que nos rodea, siquiera por esta sencilla razón: es lo que podemos hacer bien. Pero lo que nos rodea no son únicamente los reseros; y desde luego no son los inexistentes gauchos. No encuentro inconveniente en que un argentino sitúe sus novelas en cualquier país extranjero. Sería absurdo criticarle por haber hecho lo mismo que Pierre Loti, que los Tharaud, que Paul Adam, que Maurice Barrés y que Joseph Conrad, una de cuyas novelas sucede en Chile. Creo, sin embargo, que un argentino difícilmente superará a un europeo describiendo ambientes de aquellas tierras. Pero cuando un compatriota, como en el caso de Larreta, hace revivir en una novela el pasado de España, con un arte no logrado por los españoles en sus escasas tentativas análogas, no puede sino aplaudirse con entusiasmo el haber hecho a un lado los temas nativos para reflejar un ambiente extranjero. Por otra parte, poco extranjero para nosotros.

La realidad argentina es, principalmente, Buenos Aires. Si nuestro país existe ante el mundo civilizado y vive es por esta gran ciudad. La cultura va desde Buenos Aires a las provincias. El país piensa y siente por medio de Buenos Aires. La capital es, quizá, lo único moderno de la Argentina. De modo que el escritor que quiera ser verdaderamente de su tiempo deberá reflejar la vida de Buenos Aires. O la vida de cualquier rincón del país, pero con el espíritu viviente de Buenos Aires.

Pero también constituyen la realidad argentina, aunque en grado menos representativo, las ciudades de provincia. El hombre de Córdoba, de Salta, de Jujuy, de La Rioja, encarna diferentes modalidades de la idiosincrasia nacional, con el mismo título, si no mejor, que el campesino del litoral. Con mucho mejor título, pues el ciudadano de provincia existe, mientras el gaucho va siendo ya un mito. Un libro que refleje la vida provinciana es tan argentino, por consiguiente, como un libro que nos describa las costumbres de los campos del litoral.

El escritor que se empeñe en hablarnos de los paisanos, va en camino de realizar obra exótica. El número de hombres que en nuestro país viven, hablan y sienten como los personajes de "Don Segundo Sombra", por ejemplo, es tan escaso que apenas puede ser tomado en cuenta. Esos hombres han perdido ya todo valor representativo. Son los restos de una subraza

que pronto desaparecerá completamente.

Y el campo actual, lleno de ferrocarriles, de automóviles y de gringos, no es el escenario adecuado al espíritu del gaucho o de sus descendientes. Ricardo Güiraldes debe de haberlo comprendido así, al describir un campo — mejor dicho, una vasta comarca — por donde no vemos pasar un tren, ni un Ford, y en donde no aparece un solo gringo. Hoy no existe en la Argentina un campo en estas condiciones. El bello libro de Güiraldes nada pierde por esto: su mérito es artístico. Pero que no afirmen algunos profesores o algunos periodistas de París que solamente ese libro, por reflejar la vida del gaucho, interpreta nuestra realidad.

Hace dos años, se me hizo un reportaje para una revista italiana. El periodista, que era un inteligente conocedor de nuestro país, me preguntó si creía yo que, para ser verdaderamente argentino, fuese necesario no describir al gaucho. Contesté que se podía realizar obra argentina con el gaucho o sin el gaucho. Mi novela "La maestra normal", o el libro de versos "Campo argentino", de Fernández Moreno, son perfectamente nuestros, y en ellos no aparece el gaucho para nada.

Cada día que pasa, voy creyendo que el escritor argentino de este país, si quiere ser actual y argentino, tendrá que olvidarse del gaucho. Ya comienza a constituir un "pastiche" la descripción de ese tipo desaparecido. En lugar de ser "literatura" todo el resto, como ha dicho un profesor, será "literatura" lo gauchesco. Lamentémoslo cuanto queramos. Es triste ver desaparecer un tipo humano tan interesante y original como el gaucho. Es triste ver desaparecer la pampa, tan llena de afectos para un buen argentino. Pero no neguemos lo que es harto evidente.

Pero hay en este asunto algo que desagrada a un verdadero artista, habituado a juzgar las cosas literarias con criterio exclusivamente estético. Y es la confusión que se hace entre el significado social de una obra y su mérito literario. "Martín Fierro" y el "Facundo" tienen gran valor representativo y mucho menor mérito artístico. El poema de Hernández, con sus versos defectuosos y sus innumerables rios, no es una obra maestra del arte. Y tampoco el "Facundo", que, salvo la introducción y alguna que otra página de vigoroso colorido, es un folletín truculento y vulgar, escrito por un periodista improvisador.

Otro error en que suelen incurrir los que hablan de estas cosas por afición, es el de confundir la técnica aprendida en los maestros extranjeros con las influencias. La técnica, en todos los géneros literarios, es casi exclusivamente francesa: el escritor francés es quizá el único que se preocupa seriamente de los procedimientos literarios. En el mundo entero, los escritores que conocen mejor su oficio lo han aprendido de los franceses: Turgueniev, en Rusia; D'Annunzio, en Italia; Azorín, en España; Eça de Queiroz, en Portugal; Thomas Mann, en Alemania; Oscar Wilde, en Inglaterra. Pero utilizar los más sabios procedimientos no es imitar. La imitación se refiere al fondo de la obra y al estilo; no al modo de distribuir las partes o de mezclar el diálogo con el relato. Nosotros no dejaremos de ser argentinos por adoptar las formas europeas y salir, así, de la barbarie literaria de nuestros escritores del siglo pasado. El talento de un autor y la excelencia del asunto elegido o del ambiente, poco valen si no se someten a las normas del arte, a un procedimiento eficaz. Y no se debe ser excluyente. Lo mismo se puede tratar un ambiente vernáculo, y ser argentino, con la ya anticuada técnica naturalista que con los modernos procedimientos del superrealismo.

Lo único importante en la obra literaria es su belleza. Huysmans se preguntaba cuándo la crítica de arte no sería sino artística. Condenar un libro por no ser representativo equivale a condenarlo por no ser estrictamente moral. Yo creo que los grandes libros contienen siempre una gran enseñanza moral y que representan el espíritu de su pueblo. No nos preocupemos sino de la belleza. Lo demás dejémoselo a los profesores universitarios o a los periodistas extranjeros que buscan en los pueblos de colorido a una raza

LA UNIVERSIDAD PIRENAICA

mitorios individuales nada sobra ni nada se echa de menos. Pero la comida es, además, inmejorable, al mismo tiempo sana, abundante y sabrosa. Y el pensionado no sube más que a diez pesetas diarias. De modo que un norteamericano, por poco más de un dólar, se da el placer de recibir provechosas lecciones y vivir hospedado magníficamente en una casa confortable y en la vecindad de los más espléndidos paisajes.

Conviene repetir que todo esto carecería de mérito extraordinario si estuviese organizado a expensas del Gobierno nacional y con los abundantes medios personales de la metrópoli. Aquí no ha intervenido más que el esfuerzo local, y el éxito sobrepasa a cuanto prudentemente pudiera desearse. Este es el punto que tenemos que resaltar, porque él es de la mejor categoría probatoria. Prueba, en efecto, cómo España se halla en trance de transformación, y con qué sorprendente brío se esfuerza por avanzar a saltos, brindando constantes motivos de sorpresa a los mismos españoles. ¡Ah, si todo marchase acorde! ¡Si los propios españoles se pusieran de acuerdo, por lo menos una vez, nada más que en la voluntad de marcha, únicamente en el punto de la acción entusiasta y a toda costa!...

También es preciso resaltar el hecho de que toda esta admirable obra se haya realizado en una de las comarcas más desviadas y primitivas de la nación, lo cual vendrá a demostrarnos cuántas secretas y vivas posibilidades yacen en el fondo de nuestro pueblo que sólo aguardan el apoyo de la voluntad y la inteligencia directores para fructificar con sorprendente eficacia. La comarca es tan primitiva, que recorriéndola, no hace uno más que tropezar con elementos de arte y de costumbrismo puramente medievales. Las iglesias románicas, de un tono rudo y simple, aparecen por todos los lados. Y ahí cerca está el valle de Hecho, con su arquitectura civil singular, con sus trajes típicos, con su lenguaje o dialecto

**JOSE MARIA
SALAVERRIA**

(Para LA NACION)
JACA, septiembre de 1930

Alumnos con sus profesores en una excursión por el alto Pirineo

Una lección de literatura española para estudiantes extranjeros

al progresivo aumento de pupilos extranjeros. Estos suelen sumar normalmente de sesenta a ochenta, y a veces llegan a cien. La ambición de D. Domingo Miral se dirige ahora a conseguir la adquisición de nuevos terrenos para extender los campos de deporte. Su amor de fundador es insaciable y le hace soñar con mejoras y grandezas que no tengan par en el mundo.

Si ahora penetro en uno de los patios del edificio o me siento en el grande y claro comedor, necesito hacer un verdadero esfuerzo mental para convencerme de que estoy en uno de los sitios más interiores y apartados de España. Toda la geografía política del mundo parece haberse dado cita aquí, en una especie de repetición espontánea de la Sociedad de las Naciones. Hay alumnos ingleses, norteamericanos, franceses, alemanes, checoslovacos, suizos. Todos fraternizan en la camaradería más leal y afectuosa, sin que asome nunca un mínimo choque, un contratiempo o una disputa nacionalista. Lo mismo los muchachos como las muchachas han abandonado en la estación del ferrocarril sus respectivas filiaciones nacionales, y aquí no son más que jóvenes atentos que buscan en el estudio y en la alegría de los deportes la manera de aprovechar, bella y útilmente, las vacaciones del verano. Estudian lengua castellana, literatura clásica y moderna, arte español, historia. Y aprenden, de paso, a conocer a España en su profunda intimidad. Algunos alumnos, me dice el director, muestran tal codicia de aprender y vienen tan bien preparados, técnicamente, que los profesores necesitan elevar la tensión de sus explicaciones a un nivel excepcional.

Ya he dicho que el edificio reúne todas las ventajas modernas de higiene, de comodidad y de amplitud. En los dor-

Montañeses aragoneses, con sus típicos trajes, asando chuletas a la moda campera

to original que, a la manera del "bale" en Asturias, suena a nuestros oídos modernos como un curioso eco de la alta Edad Media.

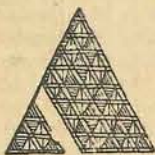
Esta antigua habla de los "chesos" está condenada a extinguirse, y día a día va retirándose, efectivamente, ante la acción de las progresivas comunicaciones. No cuenta con medios para resistir. Su mundo se contrae al fondo de un valle en donde unos pocos miles de personas han podido hasta hoy conformar su existencia según los modos de una remota antigüedad. Pero el ferrocarril, el automóvil y la nueva economía irán derruyendo este último baluarte de la Edad Media. Todavía, sin embargo, se sostiene en su simpática pureza. Quien ame los usos primitivos, las cosas incontaminadas, los trajes pintorescos y la grandiosa hermosura de una naturaleza imponente, apresúrese a llegar al fondo de ese valle de Hecho, donde encontrará, además, una raza de hombres vigorosos, grandes, altivos, de admirables figuras, de rostros enérgicos y valientes que semejan estar aguardando el morrión de acero de los soldados de las antiguas mesnadas. Aquí nació probablemente la nacionalidad aragonesa. Estos pueblos pirenaicos, estas gentes graves, robustas y altivas formaron sin duda la materia primaria de aquel reino de Aragón que en sucesivos asaltos contra la morisma logró, por último, alcanzar las ricas riberas del Ebro, establecerse en Zaragoza, llegar al Mediterráneo y dilatarse hasta el sur de Italia y el prodigioso Oriente. A medida que el reino se agrandaba y expandía por las más remotas regiones, la tierra primaria, los valles arcaicos se reclinaban en las profundidades del Pirineo para vivir su existencia de siempre. La insolencia audaz de la civilización moderna viene ahora a despertarlos de su sueño de siglos.

Más adentro del valle, al pie mismo del Pirineo, se halla la selva de Oza. La fortuna me ha permitido visitarla en una limpia y radiante tarde de verano, y no creo que el recuerdo de la bella excursión se borre fácilmente de mi memoria. Una carretera que el ayuntamiento de Hecho acaba de abrir para la explotación de la riqueza forestal permite llegar en automóvil hasta el fondo de la selva. El terreno forma una gran hoya profunda, una especie de circo natural que limitan a modo de barrera infranqueable, altísimas montañas. Infranqueable hasta para el propio río, que ha tenido que abrirse paso por desfiladeros imponentes y por túneles en la roca viva. Una vez en este circo natural, el paisaje adquiere una serenidad augusta. El aire se aquieta y afina, la luz se serena bajo un cielo de extraordinaria pureza, y en el silencio total del ambiente sólo se escuchan acaso y distantes los sonoros tintineos de las esquilas del ganado. La pradera que cubre la base de la hoya tiene la fineza muelle de un tapiz. Y en seguida empieza a espesarse el bosque enorme en que las hayas, los robles y los pinos crecen apretadamente a cientos de millares con un grosor y altura verdaderamente gigantescos.

Pero la mayor maravilla no ha estado para mí en la grandeza de la selva, con ser tan impresionante; lo que más fuertemente me ha cautivado en esta inolvidable excursión al circo de Oza ha sido la imponderable riqueza de color de la montaña que se alza altísima por el lado del Oriente y recibe de lleno los rayos del sol al iniciarse el ocaso. Para un espíritu pictórico, el espectáculo vale por una magnífica fiesta. Allí arriba, a donde el bosque ya no alcanza, en la parte expuesta a la claridad solar, la montaña queda con la roca desnuda, y esta roca se tinte con el rojo más suave y jubiloso que puede concebirse.

Mientras tanto, interpoladas entre las planas superficies de roca rojiza, se extienden largas praderas de un verde pueril, de un ingenuo verde primaveral. Añádase a esta combinación de colores el azul profundo del cielo completamente despejado, palio de divino cristal cubriendo y amparándolo todo con su religiosa belleza.

Expediciones como ésta pueden hacerse muchas desde Jaca, y los aficionados a escalar alturas tienen de seguro en donde escoger. Los estudiantes extranjeros suelen ser animosos y emprenden con frecuencia salidas hacia diversos lados, unas veces para visitar monumentos arqueológicos de la trascendente importancia del monasterio de San Juan de la Peña, otras veces para ascender a las soledades del Pirineo y bañarse en un encantado lago de la montaña. Lo útil y lo agradable, según la prudente regla clásica, tienen aquí auténtico sentido de realidad; a lo cual puede añadirse todavía el beneficio de la salud, prodigada a raudales en esta meseta de Jaca, alta de 800 metros sobre el nivel del mar y batida por los aires puros de la cordillera.



no, no puedo reprimir una franca exclamación de asombro. El sino de España parece consistir en proceder y avanzar a saltos. Ayer mismo, la pequeña ciudad de Jaca vivía una existencia obscura en el fondo del Pirineo, sin más medios de comunicación que las tardas y destaraladas diligencias arrastradas por mulas, y con un índice de cultura y de comodidades de lo más elemental que los rincones de las apartadas provincias pueden proporcionar; actualmente, Jaca está en comunicación directa con Francia y Zaragoza, gracias al atrevido ferrocarril internacional, y un próspero porvenir se abre a sus progresivas iniciativas. Pero el salto más sorprendente es el que marca esta Residencia para Estudiantes Extranjeros que la Universidad de Zaragoza ha implantado aquí, y que a los cuatro años de su fundación puede vanagloriarse de poseer un edificio con sus dependencias anejas de una perfección que osaría resistir el paralelo con las mejores instalaciones similares del mundo.

Invitado a pronunciar una conferencia en la serie del curso académico, la amabilidad del director me brinda el placer de quedarme como huésped durante unos días, demasiado pocos, por desgracia, dado el corto plazo con que, trabajador de siempre, necesito utilizar mis ocios. Don Domingo Miral, sabio helenista y alma de esta institución, es un recio producto del valle de Hecho, esa interesante comarca del Pirineo aragonés que conserva las mejores virtudes esenciales de la raza. Su patriotismo localista le indujo al Sr. Miral a preferir la ciudad de Jaca, ya que el pueblo de Hecho no ofrecía suficientes recursos, como sede de la universidad de verano. Toda la energía y perseverancia del carácter montañés ha sido, en este caso, puesta a prueba, hasta dar por resultado la obra magnífica que hoy puede contemplarse terminada.

El milagro ha surgido de la propia tierra, con elementos económicos puramente regionales y sin que, al menos por una vez en España, haya tenido que recurrirse a la protección del Estado. La Banca de Zaragoza ofrece un préstamo de 600.000 pesetas; la diputación de Huesca, el Ayuntamiento de Jaca y la universidad de Zaragoza conceden subvenciones anuales que en junto no llegan a 25.000 pesetas. Con este dinero se ha conseguido construir amplios y cómodos pabellones, campos de deporte, una gran piscina de natación, un jardín delicioso. Y el entusiasmo de los profesores, casi todos ellos aragoneses, ha puesto lo demás. Me dice el Sr. Miral que actualmente la institución puede sufragarse los gastos y abonar los intereses de la deuda con sus propios recursos, gracias a una administración vigilante y





El aquí un gran volumen en nuestra tradición de moralidad y activismo. Don Gaspar de Jovellanos perdería en calidades si intentásemos aquilatar o valorar aisladamente el amplio caudal de sus haberes o el escorzo ideológico de su doctrina. Las elegantes razones del caballero gijonés se resolverían de esa suerte en puntos de vista característicos del siglo XVIII y en ecos de Montesquieu, Condorcet, Rousseau, Locke o Adam Smith.

Más de una interpretación semejante sería, en cierto modo, inadecuada a nuestro objeto, ya que Jovellanos no actúa sobre ideas, llevado del propósito de tornarias más nuevas o más elásticas. Su tema no es ningún problema desinteresadamente intelectual, sino aquel otro de índole práctica que le ofrecía la realidad histórica de su pueblo, asuntos de voluntad y de conducta, tareas de ingeniería política y moral. De ahí que lo que hoy nos parezca más admirable en el excelente Jovino, no sea su pensar sobre la ciencia, la religión o la vida pública, sino más bien su gran ademán, su avanzar grave y heroico al encuentro de una nación, que él pretende, casi con el solo esfuerzo de su mente, levantar en vilo.

Don Francisco de Goya pintó un maravilloso Jovellanos, bien ajustado a las ideales líneas de la época, denso de alusiones: aristocratismo, melancolía prerromántica, convencionalismo de ese papel que la mano abandona con fingido desgaire, mirada dulce de hombre bueno, pérdida allá tal vez donde se forjan las abstracciones de la razón. El Conde de Toreno, su amigo, ve en él, "la imagen de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y al exquisito gusto del nuestro... Achacábanle afición a la nobleza y sus distinciones".

Suelen los que escribieron acerca de este preclaro astur, y en modo general quienes se ocupan de nuestro siglo XVIII, considerarlo como a restauradores de una decaída grandeza a los hombres de Carlos III: España había venido a menos y ellos pretendían llevarla a más. De hecho, esa idea está expresada, por ejemplo, en Cadalso, que desearía resucitar las virtudes del tiempo de los Reyes Católicos, a fin de que sus esplendores revivieran. Pensando, sin embargo, con más rigor, se llega a ver que no es ese el problema para Jovellanos, Cabarrús y sus iguales en inquietud patriótica. No se trataba, en efecto, de infundir fuerza nueva a un pueblo, accidentalmente decaído por guerras, emigraciones o cualesquiera otras causas, del modo que a un convaleciente se le dan alimentos exquisitos. No. Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de que España realmente era, para en aquel vacío fraguar otro país, con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es. Esa pugna de las minorías contra la masa no significa, sin embargo, algo adventicio entonces y privativo del siglo, ya que la observamos a lo largo de la historia moderna desde el siglo XVI, y en el momento presente cuenta con esforzados agonistas. Mi idea es que esta hispanidad discrepante, al mostrar su constancia a través de los siglos, representa un elemento esencial de la historia, no debido a motivos de accidente o capricho. La historia de España es la de un ser que en su flanco abierto portara el dardo de un perenne descontento. Jovellanos es una manifestación suprema de lo que pudiera denominarse el "jovellanismo" esencial de nuestra historia.

El pasado, como tal, había fracasado. "¿De qué le sirvieron a España los estudios eclesiásticos? ¿De qué la jurisprudencia?", preguntaba Jovellanos. "¿Cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigiliadas de sus sabios?". El pueblo, teocratizado por su gusto, había llegado a fines del siglo XVII, con Carlos II, a gozar sólo de una parodia de la vida. Se pensó entonces seriamente en confiar a los cabildos catedralicios la gerencia del ejército, la marina y las finanzas públicas. Vino luego la dinastía borbónica, renacen las minorías cultas al contacto del saber de Europa, y se hace posible la enérgica y alegre arremetida de las huestes de Carlos III. La expulsión de los hijos de San Ignacio marca la cúspide en ese intento de desvivir la propia historia. Poder civil, religiosidad templada por el sentido de lo humano, esfuerzo por conquistar la felicidad en este mundo mediante el uso racional de las riquezas naturales, superación de todo plebeyismo, urbanización de los campos; todo eso y algo más constituye el programa de Jovellanos. "No haya lugar, ni aldea, ni feligresía que no tenga enseñanza de las primeras letras; no haya individuo, por pobre y desvalido que sea, que no pueda recibir fácil y gratuitamente esta instrucción". Mucho falta aún para que tal deseo se convierta en una realidad plena.

Jovellanos es el menos abstracto de los regeneradores del siglo XVIII. Aspira a actuar sobre los resortes vitales, quiere movilizar las apetencias del bienestar y los estímulos placenteros. Le inquieta la ausencia de diversiones públicas, sin las cuales se amortecinan los ánimos en el lugar pequeño, morada del tedio y de la abulia. En una antología jovellanista debería figurar este pasaje, maravillosamente descriptivo, y en el que desborda una conmovida preocupación: "¿Cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las plazas y calles una perezosa inacción, un triste silencio, que no se puede advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capás, o al abrigo de alguna esquina, o sentados o yacando acá y acullá, sin objeto ni propósito determi-

JOVELLANOS



Retrato de Jovellanos por Goya

nado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si a esto se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza, falta de unión y movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a la vista de tan raro fenómeno?"

Esto se escribía en 1790, antes de que el autor recorriera el país vasco, donde halló Jovellanos lo que echaba de menos: "un pueblo entero, sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible quien los observase sin participar de su inocente alegría". "Unos hombres frecuentemente congregados a solazarse y a divertirse en común formarían siempre un pueblo unido y afectuoso; conocerán un 'interés general', y estarán más distantes de sacrificarle a su interés particular". Así acontece, en verdad, en el país vasco.

Modificar la vida social, a base de efectivos intereses, era el programa de este pulcro estadista, que conoció las más amargas tristezas, persecuciones atroces y sin causa concreta. Jovellanos no combate a nadie, no emitió idea peligrosa ni en religión ni en política. Fundó meramente el Instituto Asturiano para adiestrar a sus conciudadanos en las ciencias y artes útiles y consagró su vida a numerosas y beneficiosas actividades. ¿Cómo, pues, el gobierno de Carlos IV le mantiene largos años prisionero en Mallorca, como culpable de altísima traición? Su única culpa fué haber irritado el vago y difuso espíritu inquisitorial, provocando el rencor alquitarrado de quienes no podían soportar su mansa y correcta superioridad. El no ser Jovellanos abiertamente opuesto a la tradición religiosa, lejos de aminorar aquel resentimiento, lo acrecentaba; podía actuar dentro del recinto, y por tanto con mayor peligro de eficacia. Requiere más heroísmo ser eclesiástico esclarecido que heterodoxo revolucionario. La medida en las maneras y el intento razonador exaspera e incita hasta el crimen. A Jovellanos estuvieron a punto de envenenarlo. En un anó-

nimo al Rey se le presentaba como "uno de los corifeos de esos que llaman 'novadores', de los que por desgracia abunda en estos tiempos nuestra España, que antes era emporio del catolicismo". Se abrió una información sobre su conducta por el regente de la audiencia de Oviedo. Nada censurable había en su vida. Sin familia, entregado a las más nobles tareas en beneficio de su patria, era difícil hallar resquicio para la rencorosa lanzada. Allí surgieron, de todas maneras, las personas timoratas, que según el señor regente lamentaban "que en las escuelas del Instituto no se procurase instruir en las máximas cristianas a los jóvenes que concurrían a ellas, doliéndose de que éstos al paso que se hallan adelantados en las ciencias, se hallen atrasados en la de la religión".

He ahí la madre del cordero. Al inaugurarse el Real Instituto Asturiano, decía su fundador a los jóvenes gijonés: "Mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la religión y de la justicia, recibe en las escuelas generales los principios del dogma y de la moral pública y privada, venid vosotros a estudiar la naturaleza; poned los ojos en este gran libro que la providencia abrió ante los hombres... ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa más noble ni más preciosa que la sabiduría? Pues ved aquí que Carlos IV (esto es una obligada e insincera galantería) quiere domiciliarla entre vosotros. Ya tendréis que abandonar vuestra patria para alcanzarla".

Se trataba, pues, de inaugurar un régimen de cultura profana, independiente de la rutina teológica y con pareja dignidad. Tan alto ensayo, dentro de la sociedad de fines del siglo XVIII, suponía inaudito atrevimiento. Aquel uso excesivo de la inteligencia exasperaría a la postre a sus enemigos, quienes conseguirían enviar a Jovellanos, primero a la Cartuja de Valdemuza, en Mallorca, donde de orden superior habría de "aprender el catecismo", perversa ironía que descubre la procedencia del hilo rencoroso, ya que nadie ignoraba que don Gaspar poseía una cultura teológica bastante amplia. No contentos aun sus encubiertos perseguidores, le trasladan — según es sabido — al castillo de Bellver, donde sufre prisión muy severa durante seis años, tiempo en que escribe, entre otras cosas, esa admirable "Memoria sobre educación pública", el primer tratado sistemático de enseñanza aparecido en español.

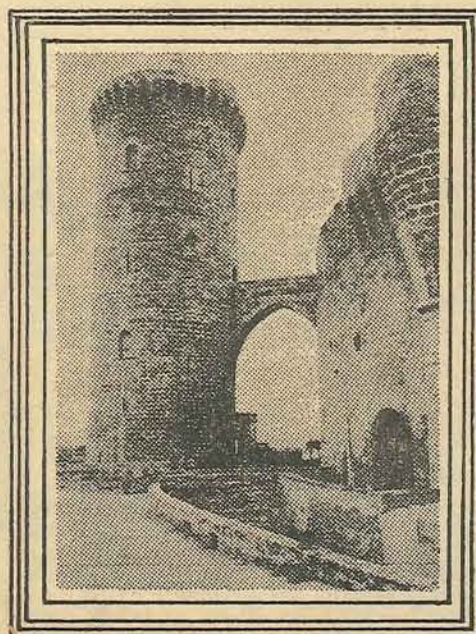
Sólo quiero destacar un aspecto entre los numerosos y atractivos que contiene esta Memoria. Jovellanos no es un revolucionario, y, según dije, lo creo el menos utopista de los escritores del momento. Quiere renovar, pero no olvida las condiciones objetivas en que la renovación deberá producirse. Las universidades eran a la sazón cosa vieja y marchita: latines pedrestres, monsergas jurídicas o teológicas, nada en suma. Jovellanos quiere que se enseñen las ciencias físico-matemáticas y naturales, que no tenían curso en las universidades de la época. Cualquier abstracto intelectualista, en su caso, habría reformado las universidades e incluido en ellas tales y cuales disciplinas, según han solido hacer los poderes públicos en el siglo XIX, y todavía en nuestros tiempos, gracias a lo cual poseemos gran cantidad de docencias ficticias, espectralmente cultivadas por un pseudoprofesor. Jovellanos, en cambio, se nos revela muy penetrado de sentido real y veraz: "Sin alterar los estatutos, los métodos y el espíritu de este grupo, no es posible combinar con ellos el sistema y los objetos de la nueva enseñanza". Por consiguiente "no puede reformarse sin trastornar, o más bien sin destruir un cuerpo 'tan respetable'". (¿Notó alguien estos rasgos irónicos o cautelosos en Jovellanos, inspirados en una exigencia de veracidad y al mismo tiempo de hábil defensa? Sería bueno agruparlos para descubrir otra faceta en aquel complejo carácter). "La sociedad — añade — no debe tratar de destruir, sino de edificar". Y en vista de ello, este avisado educador propone dejar en su sitio a la "respetable" universidad y establecer en otra parte "una institución de enseñanza libre", cuyo "objeto será abrir la entrada a todas las ciencias... ¿Y quién sabe si la perfección de los estudios de universidad penderá algún día de los de esta nueva institución?"

La razón que asistía a Jovellanos era de tanto volumen, que aun hoy día seguimos percibiendo su eficacia. Una entidad vieja o envejecida es casi siempre irreformable. Cuando en este siglo se pensó en rejuvenecer la enseñanza superior en España, un hombre parangonable en magnitud espiritual a Jovellanos, don Francisco Giner de los Ríos, emprendió el mismo rumbo, creo que sin pensar en las ideas del gran asturiano, y sólo por severa exigencia de la realidad. ¿Qué valor tienen los planes de enseñanza? Generalmente muy escaso. Crear en cambio centros vivos, con tales y determinadas personas, de cuya eficiencia se está seguro, y sin las trabas de ninguna encadenante tradición, eso sí puede rendir frutos visibles. La "Junta para ampliación de estudios" de Madrid, había podido ser en su primer germen una idea jovellanista. Lejos de la universidad y sin los obstáculos de toda suerte que hacen tan poco interesante la labor de aquélla, la Junta ha producido centenares de investigaciones científicas, y los hombres formados en tan severos métodos comienzan, en efecto, a ejercer perceptible influjo dentro de la Universidad — examen, rutina y burocracia.

De este modo la lectura de Jovellanos nos trae a problemas bastante próximos, en éste y en muchos otros casos. Su visión honda de España — la vida agraria, la educación, la actitud crítica respecto del pasado, su concepto tan original de la enseñanza secundaria en la que las humanidades modernas a base de francés o inglés pueden reemplazar a la cultura clásica, la idea feminista basada en lo que la mujer significa como animación y estímulo para las actividades del hombre, todo esto y mucho más justificaría que Jovellanos fuese leído y no ignorado modernamente. Mas entre nosotros suelen esfumarse "sicut umbra" muchos esfuerzos disparados un día hacia la meta de lo eficaz y durable.

AMERICO CASTRO

(Para LA NACION)
MADRID, octubre de 1930



Castillo de Bellver (Mallorca)
donde pasó seis años preso
Jovellanos

Revistas argentinas

www.elpara.com.ar

ABUELO TOMAS

La vida real y los sueños son páginas de un mismo libro; la costumbre llama vida real a la lectura ordenada y ensueño a lo que hojean la indigencia y el ocio.—JAMES JOYCE.—
ULYSSES.

ABUELO TOMAS se asocia en mis recuerdos a cierto despertar consciente. Antes de él hay un limbo de vagos fantasmas, una sucesión de imágenes que repentinamente se ciñen de realidad, para ofrendar sensaciones opacas, borrosas, de algo sideral, como de una anterior existencia teosófica.

Abuelo Tomás está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartado, que hacia marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior, donde dominaba un gran naranjo, que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia fruta. Allí estaba la pieza vieja y sombria cual la bodega de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los chicos de la mansión. Como un viejo pirata, cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, Abuelo declinaba en ese historiado mueble, último barco en que acuñó su fantasía sajona.

En el mobiliario vecino se apilaban las revistas, las ropas, las cachimbos, las menudencias infinitas que secundaron su seneñud rabiosa y entristecida.

Siempre flotó por la casa la sombra tenaz de Abuelo. Le dió un color especial a todas las cosas. Se fué infiltrando por los caracteres de los dos tíos: rojo y negro como corsario, el tío Frank; rojo y blanco, con descolorada e inexpresiva cara de limón, el tío Fred.

La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana.

De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento.

Algo, empero, los unía: la religión puritana.

Para mí, educado en el catolicismo suntuoso y ritual, por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso, que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dió vuelcos al corazón, ni jamás tuvo virtudes de surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas.

Abuelo Tomás se extinguía sin soltar el timón del mando. Dormitando suavemente sobre las quimeras, siempre recordaba la pompa marina de sus días moceriles. Por eso cuando nos miraba desde la tumba de sus ojos, duros y claros ojos de acero, se nos figuraba el "Señor Capitán" y nos corría por las venas una humilde su misión de grumetes.

Su voz era voz de mando, de amo. Accionaba siempre con su pipa, cuya humosa bruma nos hacía pensar en la lejana Inglaterra.

terra de la familia, en las colinas verdes, levemente onduladas, de Bristol, en una gran casa, con losas en los corredores y arcadas de ensueño, con duendes y fantasmas y todo un silencioso cortejo evocador. Digámoslo quedamente, para que Abuelo Tomás no vuelva. Nunca le tuvimos simpatía, mientras vivió. Desde las cuencas torvas de su mirar salía algo que nos era antipático.

Sus mismas cejas espinosas y erguidas como dos pequeñas escobillas, nos hacían temblar. Santa Claus redivivo, eso era el Abuelo. Y por grande que fuese la estimación al santo de los juguetes y de las medias colmadas, algo de espanto nos ponía en el corazón.

Sin embargo, no todo era hostil en el anciano obstinado, que se sumía cada vez más en sus fumarolas de tabaco rubio y descortezaba palos para entretenerse. En varias ocasiones nos obsequió navíos que carpinteraba por su propia mano, dura en el mando o tora y dúctil en cepillar y pulir las maderas, en sus ocios de seneñud.

Nos llamaba con voces agrias, en que después vi exageraciones de un hombre que deseaba poner disciplina en una casa de neurasténicos. Yo nunca pude soportar el inglés, pero Abuelo Tomás me lo gritaba por todas partes, vaciando materialmente las exclamaciones sajonas por mi tierna cabeza de ocho años. El diluvio vino cuando me regaló una hermosa Biblia protestante, una de esas Biblias lustrosas, con olor a cola, que dan los pastores y donde el fanatismo mutiló páginas, suprimió notas y castró un libro santo. Yo la guardé como algo raro. Me servía para deletrear el A B C del idioma británico, pero tenía un no sé qué de funerario que colocaba algo recelante en la vuelta acelerada de sus hojas con filamentos dorados.

Tía Mercedes me la halló un día en el cajón de los juguetes,

al lado de una espada, cuya empuñadura de bronce tenía esculpida la figura marcial del Kaiser, y de unas papayas confitadas que se fugaron de la despensa.

Todo el catolicismo hervoroso de tía Mercedes se desencadenó sobre ese libro armatoste, cuyos folios fueron más tarde rosas de fuego en el fogón de la cocina.

—¿No te dije siempre que no recibirías nada de ese hereje? ¿No te he dicho toda la vida que cae la excomunión sobre el que lee esos libretos indecentes?

Y tía Mercedes, como heraldo flamigero del Señor de los Ejércitos, procedió a ejecutar la rápida quemazón del infolio, tras el auto de fe que me privó, por tres días, de dulces y recaudos extraordinarios.

Cuando retornaba a la casa sombría del abuelo, después de las largas vacaciones nortinas, encontraba más obstinado el cerco de aislamiento del antiguo marino. En el primer patio, la abuela se deshacía como una candela aromática. Tenía cada vez un tono más pulcro, algo de santa que realzaba la palidez cerosa de su rostro de virgen sajona. Su puritanismo era más ponderado; por sus venas corrían efluvios más occidentales. Abuelo Tomás, en cambio, era más nórdico; pareció salir de un fiord o caverna de las islas escandinavas. Sus orejas grandes, su pelaje bizarro, las propias canciones con dejos piráticos que cantaba; sus manos de vencedor; sus ojos im-

penetrables y con fijeza de obstinado; toda la recia armadura que soportaba sus últimos años, decían de otra cosa, distinta, sin realces de cordialidad. La sombra del abuelo quedó para siempre grabada en mí. No se fué con su desaparición material.

Quedó flotando en la casa vetusta; se paseó por los patios húmedos; se sentaba y desdoblaba en el sillón destartado. Me pareció sentir muchas veces que me tocaba con el contacto impalpable, pero cierto, de una fuerza de ultratumba. Tal vez fué lo que me dió un carácter especial: sombrío, hurraño, desconfiado y taciturno.

Si; fué la sombra del abuelo la que me metió vejez en los huesos y a los diez años me hacía meditar como un cura y ponerme unos trajes negros de sepulturero. Todavía la siento flotar. Se pasea, se mueve de una parte a otra, hace espirales.

A veces, en las noches, parece burlarse de mí. Se trepa al viejo naranjo, le sacude las hojas y cuando está de humor se mete con los venerables infolios de Walter Scott, Dickens y George Elliot. Los deja abiertos al azar, sacude las pipas, sonoras como ataúdes nuevos; y hasta tiene humorismos extraños: se cuela por todas partes, como un mensaje de ultratumba.

Abuelo Tomás acabó por morir un día. Se fué sin darle aviso a nadie, como acelerando su voluntad obstinada. Lo hallaron tumbado, a la vera de su trono predilecto, junto a una mesa con una cachimba vacía y un novelón a medio leer. Los indicios de la muerte no se extremaron en su rostro duro de lobo de mar. Apenas las arrugas se hicieron más agudas, como surcos de una siembra última. Los pelos hispídos se acentuaron; parecían ahora unos alfileres que sobresalían de las cejas espesísimas.

RICARDO A. LATCHAM

Lo vistieron de negro, poniéndolo en la capilla ardiente. Así lo contemplé por vez postrera. Ese su rostro bronceado estaba ahora madurecido de silencio. Era el definitivo y sin apelación. Sus manos duras descansaban con suavidad. El timón invisible de sus rumbos yacía quebrado para siempre.

Por vez primera sentí afecto hacia este viejo rudo y raro que nos metía el miedo por el cuerpo.

Adentro rezaba un pastor largo y espigado como un espárrago. Salían unos acordes singulares, protestantes, que me echaban pavor en el ánimo.

The Lord be with you, and with [the spirit]
The Lord be with you, and with [the spirit]

Y así continuaba esta cavernosa letanía sepulcral.

Un terror inusitado, extraño, me empujó, acongojándome, hacia el patio luminoso, abierto a la vida y por cuyo jardín danzaba la alegría.

Mientras sacaban el negro féretro derramé las últimas lágrimas por el abuelo. Las primeras fueron de terror. La letanía continuaba sacra y monótona. El ataúd se perdía más allá de la gran puerta, seguido de un cortejo enlutado y solemne.

En el patio se coló una torreja gozoza de sol por entre las ramas del gran naranjo. Adentro, en el salón, se hacía más sutil la finura espectral de la abuela sollozante. Abuelo Tomás se había marchado para siempre por la gran puerta que rara vez cruzó en sus últimos años; pero su sombra recia nos siguió acompañando por mucho tiempo.

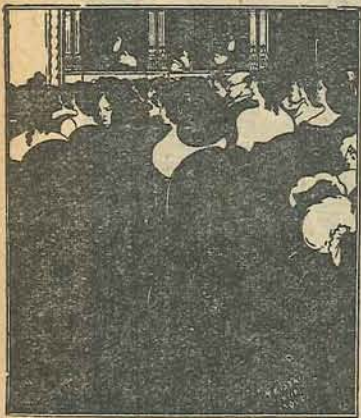
ILUSTRACION
DE
JUAN CARLOS
HUERGO



AUBREY BEARDSLEY, MAESTRO ILUSTRADOR



La capa negra, para "Salomé"



Los wagnerianos, para "El libro amarillo". Tomo III



Viñeta para "La Muerte de Arthur"



Mozos de café, para "El libro amarillo". Tomo II



Dibujo final, para "Salomé"



N joven de perfil extraño, inquietante: larga nariz aguilena, frente estrecha sobre la cual caía el cabello abundante casi hasta tocar la línea impaciente de las cejas, y una boca nerviosa, vibrante: así era Aubrey Beardsley, que murió a la edad de 26 años, pero fué consagrado en vida como el maestro ilustrador de los tiempos modernos.

En nuestra época de incertidumbre, de esfuerzos que con harta frecuencia son apenas superficialmente sinceros y de aspiraciones hacia una belleza puramente cerebral; en esta época en que los que rodean a los jóvenes artistas les enseñan a despreciar la obra de los que los precedieron o a considerarla, en el mejor de los casos, como una demostración de habilidad manual o como un tanteo orientado por la adoración de dioses totalmente falsos, los dibujos de Aubrey Beardsley, tan maduros, tan completamente poéticos y, sobre todo, tan enteramente fieles a sí mismos, adquieren más importancia aun que cuando fueron revelados por primera vez en las revistas de arte y las publicaciones ilustradas del 90.

Porque este artista, que ha influido más que cualquier otro en toda la esfera de la ilustración moderna en blanco y negro, y que impuso su voluntad en uno de los medios más difíciles, fué acaso la personalidad más curiosa del extraño círculo de escritores artistas e intelectuales que sacrificaron algo tarde en aras de Baudelaire y de Gautier y dirigieron el movimiento inglés del "fin de siècle". De todos los hombres que hablaron y escribieron en términos de apasionada admiración sobre el espíritu de "Las Flores del Mal" es Aubrey Beardsley, y él sólo, aquel cuyo nombre tiene aún el poder de excitar nuestra imaginación mientras su obra brilla con la clara y cálida llamarada que es prerrogativa del genio. El mismo Oscar Wilde, criatura teatral que gozó de su hora de popularidad en el escenario de la vida de Londres, para abandonarlo de pronto, completamente de acuerdo con su fantástica personalidad, no ha podido resistir la acción del tiempo que ha apagado el falso brillo de su obra, pues, en efecto, las generaciones futuras sólo recordarán a su famosa "Salomé" por haber ésta inspirado algunos de los dibujos más profundamente significativos de Beardsley. Por otra parte, George Moore, cuyo libro "Confessions of a Young Man" fué considerado como el heraldo de aquella era conocida bajo el nombre de "período de Beardsley" es hoy apenas algo más que un nombre, sinónimo de un estilo tan deslumbrante de perfección, que la emoción no puede tener cabida en el mismo, de modo que se encuentra totalmente apartado del mundo, y lo desdén.

Sin embargo, estos dos hombres alcanzaron durante su vida—y decimos así porque si bien George Moore vive aún, su arte y su espíritu pertenecen enteramente al fin del siglo XIX, y la vida que lleva en su amargo retiro hace de él más bien un muerto que un ser viviente—una fama y una notoriedad que nunca logró el delgado joven durante los breves y desenfrenados años de su existencia. Empero, este joven interpretó con profunda comprensión el espíritu de "Las Flores del Mal", de las cuales dijo George Moore anteriormente: "Hermosas flores, hermosas en su sublime marchitez. ¡Qué gran hazaña es la vuestra!, y si el infierno fuese una realidad ¡cuántas almas encontraríamos coronadas con sus emponzoñados pimpollos! La aldeana doncella busca a su Fausto; los hijos del siglo XIX te buscan a ti, oh Baudelaire, y

cuando han probado tu mortífera delicia, toda esperanza de arrepentimiento es vana". Tal era la inconsciente tendencia de aquella época, que Beardsley ilustró con gracia maliciosa. Hoy es más considerado aun, pues se le honra como maestro artesano, cuya sutil e insinuante influencia se observa aún en estos tiempos en que la "belleza de la rosa" a que aspira Jean Cocteau es mirada como una cosa de poca importancia por los jóvenes salvajes que se apiñan en Chelsea, en los talleres de Munich y en las academias de Montparnasse.

Romántica de aspecto, de nombre excesivamente romántico, la personalidad y la obra de Aubrey Beardsley tiene algo de los comienzos del siglo XV o de los últimos años del XIV. En los meses más fríos de invierno, el artista no se protegía contra el helado viento nocturno y decía: "¡Oh, no! Nunca me pongo abrigo. Siempre estoy ardiendo." Este joven ardiente hubiera podido pasear del brazo con François de Willon por alguna obscura y apartada callejuela, escuchando al poeta que con voz de beodo preguntaba a la noche clara dónde estaban las nieves de antaño. Con Abelardo, el gentil amante, Beardsley hubiera podido discutir de amor ultraterreno en una pieza helada y desnuda, y, entre tanto, el dibujante hubiera observado con ávidos y atentos ojos cada movimiento fugaz, línea tras línea, cada sombra que borraba otra sombra, reflejando su belleza sobre las paredes blanqueadas.

Sin embargo, a decir verdad, el fondo sobre el cual se destaca Beardsley es de lo más común: nació en Brighton en 1872. Primero entró a trabajar en la oficina de un arquitecto, en 1888, y al año siguiente pasó a ocupar un puesto en una compañía de seguros. En 1891, por gentil instigación de Sir Edward Burne-Jones que, con Rosetti y Morris dirigía la famosa escuela prerrafaelista, el joven Beardsley abandonó su alto banco de empleadillo y la obscuridad de la vida de la City para dedicarse a las maravillas del arte. Desde entonces hasta su muerte, acaecida siete años más tarde, el artista fué objeto de violentas y desatinadas críticas por parte del público grueso, llamando, en cambio, la atención de los escritores y artistas que reconocieron en su obra un talento notable por su fuerza de sentimiento, por la originalidad de su concepción y por la perfección del dibujo, tan difícil de conseguir, pero que se manifiesta en el menor croquis de Beardsley, como parte integrante de su obra.

La infancia y la adolescencia de Beardsley fueron, indudablemente, desorbitadas, porque el artista salió de la triste clase media, que de vez en cuando da al mundo personalidades tan fantásticamente aristocráticas y exclusivas como la suya—advenedizos espirituales que nacen, en realidad, bajo una estrella fatal e impulsora. Empero, su vida de artista estuvo lejos de ser perezosa. Su breve carrera se reflejó en aquella época del 90 que se especializó en la maldad muy refinada, en una forma de pecar casi cerebral, a los acordes de una música exótica y en medio del perfume de pálidas flores que languidecían en copas de oro y de plata—una atmós-

fera muy distinta de nuestra vulgaridad a base de "jazz" y de "gin", que es mala porque está completamente desprovista de alma, de elegancia y de "esprit". En la época de Beardsley los poetas se ponían saco de pana y llevaban el pelo largo y se extasiaban ante la belleza de un simple lirio en un florero de cristal, o se estremecían de placer ante la intensidad de sus rojas—y generalmente imaginarias—pasiones, que celebraban en versos pomposos. La conversación, en aquellos días lejanos, estaba salpicada de epigramas; la paradoja reinaba en el más sencillo cambio de palabras, en los círculos donde actuaban los "lions" literarios, y la vida, aunque acaso superficial, tenía una gracia, una elegancia de que estamos tan privados nosotros en el siglo XX. En medio de esta agitación mental y en esta excitación, Aubrey Beardsley descubrió la atmósfera más apropiada para su obra en las páginas de la revista "Yellow Book", hoy tan célebre y rarísima.

En "Yellow Book", y más tarde en su rival, "The Savoy", se expresaba espontáneamente la esencia misma de esas extravagancias, de esas frases ampulosas y grandilocuentes y de esas lóbregas sugerencias que caracterizaron al "fin de siècle" inglés. Ciertamente que no alcanzó larga vida "Yellow Book", pero durante su breve carrera se singularizó por sus principales colaboradores, entre los cuales figuraban el temible Oscar Wilde, Ernest Dowson, Arthur Symonds, George Moore y Aubrey Beardsley, cuyos dibujos, publicados en dicha revista, son buscados ansiosamente por los coleccionistas.

¿En qué consiste exactamente el genio de Aubrey Beardsley, ese genio que floreció tan completamente en seis breves años, con la prisa y la vehemencia impuestas por la conciencia de una temprana muerte, pues el corazón y los pulmones condenados murmuraron siempre su trágico mensaje al espíritu vasto y ágil del dibujante? No es difícil contestar a esta pregunta, porque el genio es algo sencillo en comparación con el mero talento, cuyas manifestaciones son tan complejas y difíciles de interpretar que sorprenden al que las estudia, por sus innumerables contradicciones. Pero el genio de Beardsley no residía solamente en su arte, en su capacidad—insuperada en la historia del blanco y negro—de dibujar negro sobre negro y blanco sobre blanco, sino en su completo desligamiento, en la calidad claramente inemotiva de su intelecto, que le permitió contestar un día a un amigo que le preguntaba si nunca veía visiones:

—No. No me permito verlas, excepto sobre el papel.

Y todo su arte, toda su grandeza, se encuentran expresadas en esa breve y tranquila frase, con su nota inexpressada de arrogancia.

Más de una vez, Beardsley ha sido descripto como el cronista satírico de una época sin convicciones, como el artista que descubrió belleza en las profundidades de la infamia y la fealdad. Arthur Symonds, un sobreviviente del pequeño grupo de hombres que dieron su significado al "período de Beardsley", escribe respecto del arte de Aubrey, en un brillante ensayo sobre sus obras:

"A veces alcanza a la belleza pura, a la visión sin igual: en los mejores dibujos de "Salomé" y más tarde, aquí y allá. Desde luego, se trata de una belleza diabólica, pero que no se daña a sí misma. Siempre se manifiesta la conciencia del pecado, pero es el pecado transfigurado por la belleza: el pecado revelado por la belleza: el pecado consciente de sí mismo, de su incapacidad de escapar a sí mismo, y que muestra en su horror la ley que la viola. Su mundo es un mundo de fantasmas en quienes el deseo de perfeccionar las sensaciones mentales, el deseo de infinito, ha rebasado los límites humanos y los ha emponzoñado, tan débiles, tan temblorosos, tan deseosos de emprender vuelo, en su desesperada y agobiadora inmovilidad. Tienen la sensibilidad del espíritu y esa sensibilidad corporal que gasta sus venas y los aprisiona en una actitud de lujuriosa meditación. Son demasiado pensativos para ser nunca realmente sencillos o estar realmente sometidos a la carne o al espíritu. No poseen nada de lo que es "sano" o simplemente "animal" en su caída hacia el arrepentimiento. Ninguna pasión avasalladora los arrastra fuera de sí; no capitulan ante el franco asalto del enemigo de las almas. Es el alma, en ellos, la que peca, tristemente, sin repugnancia, inevitablemente. Su cuerpo es débil y ansia la licencia. Han abandonado la carga común de la humanidad y han cargado con esa soledad que da la quietud a los santos y la inquietud a los que han pecado con el intelecto. Están un poco más abajo que los ángeles y flotan entre éstos y los ángeles caídos, sin tomar su parte de las cosas del mundo. Se trata, pues, de una especie de corrupción espiritual abstracta, revelada en una forma muy bella: el pecado transfigurado por la belleza. Se trata además, sin ir más lejos, de un arte intensamente espiritual, de un arte en que el mal se purifica por su propia intensidad y por la belleza que lo transfigura".

Tal es el secreto del carácter extraño que aparece en todos los dibujos de Aubrey Beardsley, de la obsesante atmósfera "de otro mundo" que se percibe, en su forma más conmovedora y misteriosa en los dibujos para la "Salomé" de Wilde. Nada podía ser más magnífico o más trágico, como interpretación del mal del alma, al que se refiere Symonds—que el primer dibujo de la "toilette" de Salomé, el terrible "Juan con Salomé" y la figurita inerte, lamentable en su total abandono, que un Pierrot y un Sátiro introducen en un ataúd que no es otra cosa que una polvera—último dibujo del libro.

En las ilustraciones de "The Rape of the Lock" hay menos tragedia aparente, pero bajo las curvas entrelazadas e intrincadas del dibujo aparece todo el cinismo del siglo XVIII, mientras en la deliciosa "Muerte de Pierrot" el artista ha interpretado la esencia misma de la historia de la romántica y melancólica criatura. Algunos dibujos, como "Myrrha", "Flosshilda", "Lysistrata" y la "Mujer Ateniense" tienen también para nosotros algo del carácter extraño que se encuentra en las primeras poesías de Edith Sitwell.

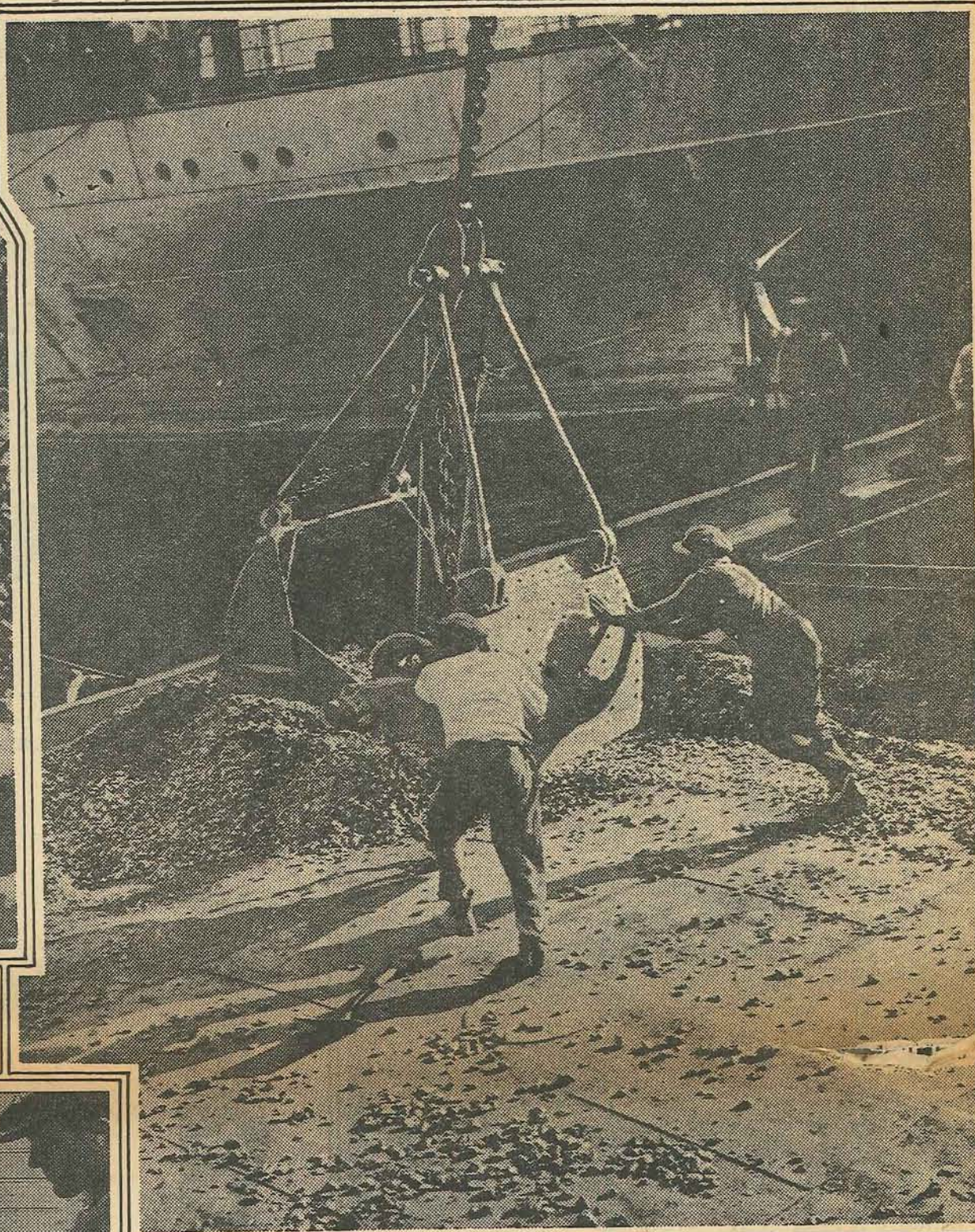
Conociendo la obra de Beardsley no extraña la forma en que murió, en la cúspide de su brillante carrera. Beardsley, en efecto, murió convertido a la religión católica romana, en la paz de los últimos sacramentos, con un rosario entre los dedos. Porque sólo la Iglesia pudo comprender enteramente el alma turbada y torturada, perseguida por el temor del artista que dibujó con tanta introspección el terrible drama de San Juan y Salomé y una obra tan delicadamente maliciosa como "Baron's Prayer".

HERMINE HALLAM-HIPWELL

Instantáneas



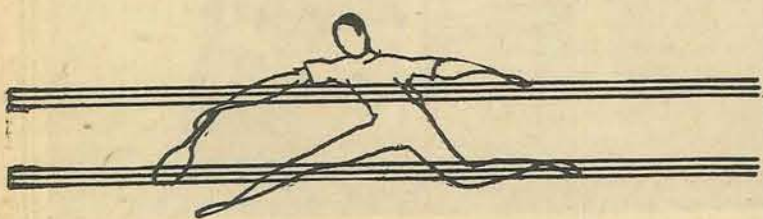
La afición por las flores y las plantas tiene en la primavera un poderoso estímulo



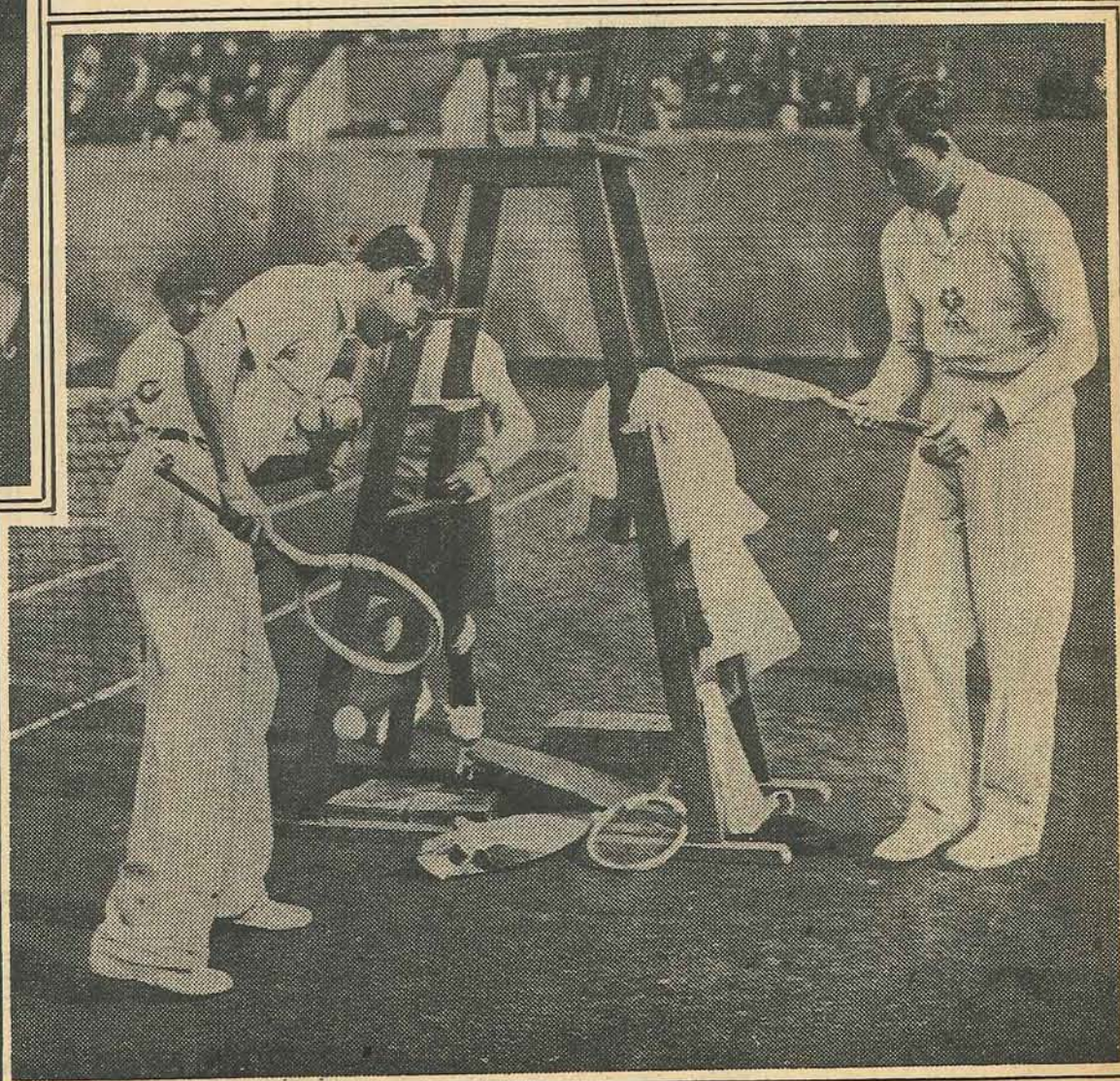
EN EL PUERTO



"Cortar" bien el hielo es una tarea que la proximidad del verano acentúa



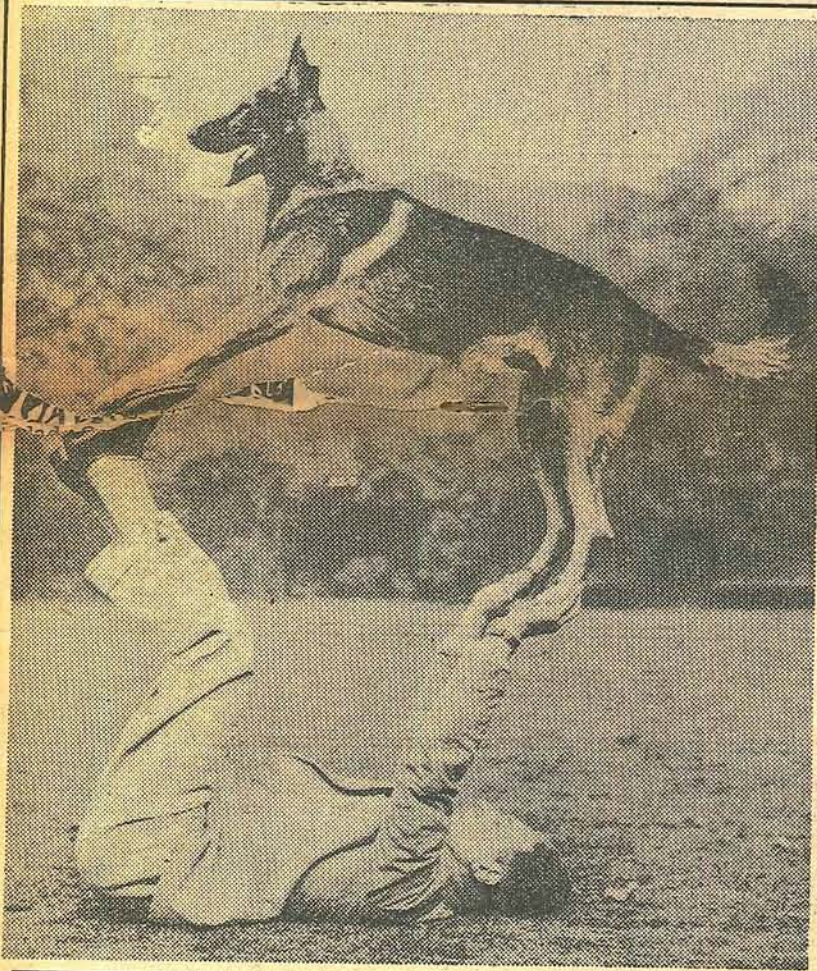
ANTES DEL ENCUENTRO.



Campeón de Salto



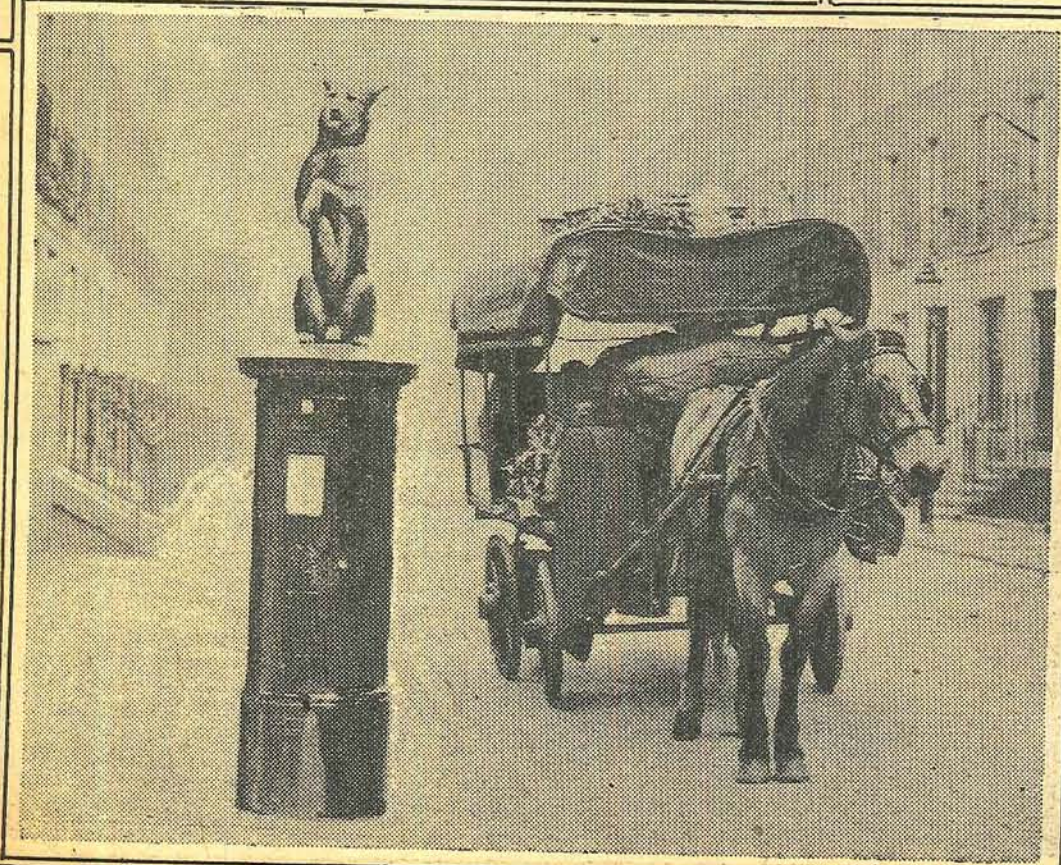
"Mikeve", perro alsaciano de tres años, propiedad de Michael Snapper, de Chelsea, considerado el campeón de salto mundial. Efectuando un salto en largo de 7 metros 31 centímetros



Una exhibición acrobática de la habilidad de "Mikeve"



Salto en alto, ejecutado ampliamente, de 2 metros 90 centímetros



Mientras su dueño efectúa una diligencia, "Mikeve" lo espera obedientemente sobre un buzón

ACTUALIDAD TEATRAL



Lola Rivarola, soprano dramática argentina, de la compañía lírica del San Martín

El capitán Wall y sus codrillos, número de varieté que se presentará próximamente en el Casino



Adelina de Guzmán, "vedette" de la "troupe" Les Harturs

Dos escenas de "Abrió su pico el zorzal", sainete de Julio A. Pordelane, estrenado en el Cómic. Las interpretan Iris Marga, Carmen Jiménez, Viviana Díaz de Mendoza, A. De Angelis, Elías Alippi, Carlos Perelli, José Otal y A. Banino



LAS CANAS

hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el **COLORANTE ALSINA**, pues su preparación eminentemente científica hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando, así, al cabello la sensación del color natural.

CAJA \$ 7.- Interior \$ 7.50

Para evitar falsificaciones exija la caja cerrada.

Aplicaciones y venta: MAIPU 843 - U. T. 31 Ref. 0374





Loretta Young,
estrella de la
First National,
con un vestido
con telas que imi-
tan la piel del
perro favorito



"Todo lo que brilla es chic", es la opinión de Clara Bow en su papel de estrella de la película "Su noche de bodas"

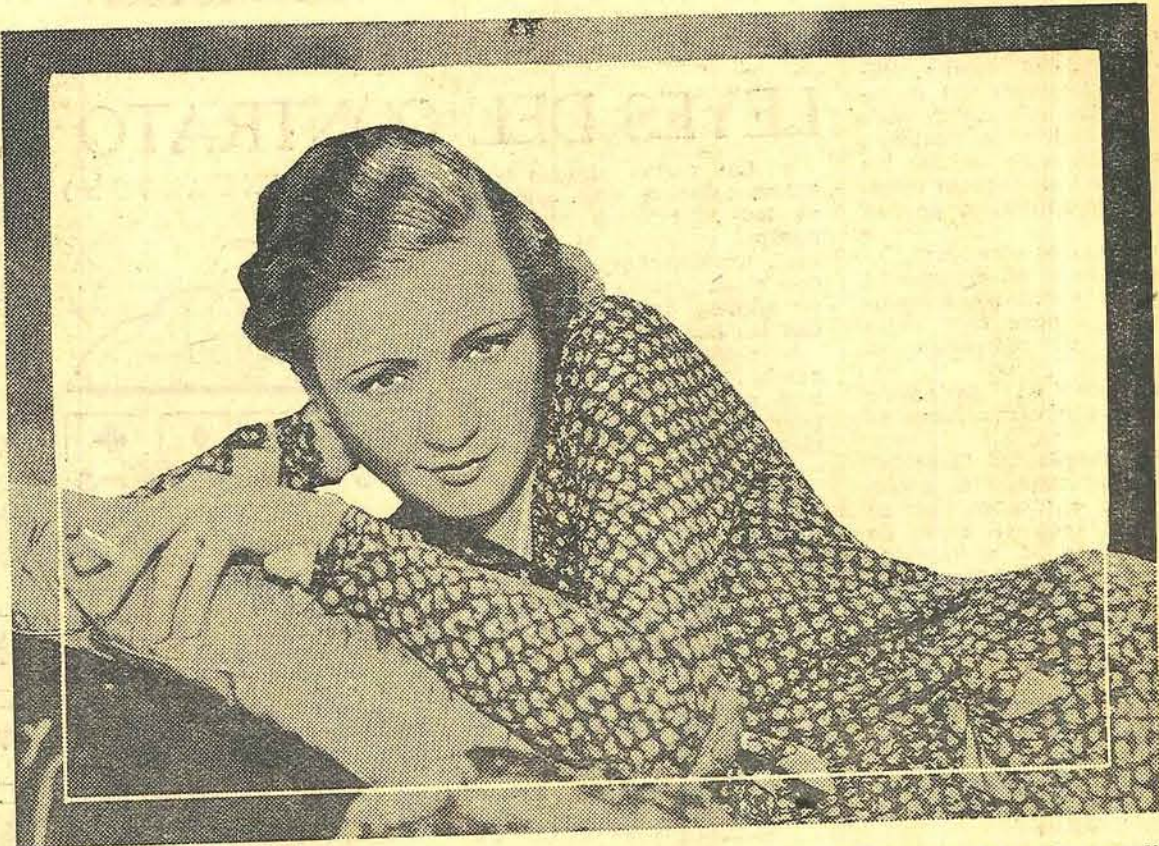


Clara Bow luce este otro traje de interior, de raso encarnado, encajes y armiño

FIGURAS DE LA PANTALLA



Las fantasías brillantes llaman actualmente la atención. Fay Wray ha ideado este curioso vestido de encaje negro



UNA VISITA A ELSTREE

POR CONCHA MÉNDEZ CUESTA

Joan Barry, de destacada actuación en "Atlantic" película de la British International, dirigida por E. A. Dupont en Elstree

ENTRE las cosas verdaderamente difíciles de conseguir se encuentra ésta de visitar un gran estudio cinematográfico.

La visita a un monarca, a un ministro, a un personaje cualquiera viene a resultar camino de menos obstáculos.

El acceso a uno de estos fantásticos hangares de la cinematografía es, franqueadas las varias dificultades, como una batalla ganada.

A ganar esta batalla me había dispuesto unos días antes, en calidad de representante de un periódico del que era, en Londres, reciente corresponsal. Ya conseguidas mis credenciales, con pase de libre circulación, me dirigí—nos dirigimos, porque en la excursión, o incursión, me acompañaban otras dos personas—hacia el pequeño pueblo de Elstree. Es allí, en ese pequeño pueblo, a media hora de distancia de la capital de las Islas Británicas, donde se encuentran los estudios más grandes de Europa.

ELSTREE

Si la Naturaleza hubiese necesitado de la ayuda de escenógrafos para la concepción y creación de los paisajes, es seguro que para crear el decorado de este pequeño rincón del planeta habría elegido uno que tuviese alma y ojos de niebla.

Esa luz sin luz de los paisajes del norte europeo predispone a no sé qué extraño romanticismo. Hasta lo más íntimo de nuestro "yo" se nos inunda de su luz, de su melancólica dulzura, y una agradable laxitud nos invade a lo largo del viaje. Así, camino de Elstree en aquella deliciosa mañana trasapada de neblina.

Tras media hora de rodar entre aquel maravilloso panorama, el coche se ha detenido ante los estudios que deseábamos visitar. Frente a nosotros, las enormes naves de la British International Pictures. En grandes letras negras sobre el blanco de los muros, el letrero que los anuncia. La entrada, una amplia verja custodiada por un severo guardián. Entregamos los documentos de presentación. Se nos obliga a una larga espera mientras se consulta al secretario que está en los estudios si tiene órdenes de nuestra entrada. Mientras que allí esperamos ha ocurrido un pequeño incidente: al tiempo de ser abierta la verja para dar entrada a un lujoso carruaje, un hombre pobremente

Mona Goya en la película de Elinor Glyn "El precio de las cosas"

vestido aprovecha la oportunidad de traspasar la entrada. El guardián que custodia lo ha detenido. Pero el hombre se niega a salir.

—¡No saldré de aquí sin ver al director!...—grita mientras se defiende de los empujones del portero.

Por fin, el hombre es echado a la calle. Y desde afuera insiste:

—¡Aunque me echen cien veces, yo he de hablar al director!...

Hace ya varias semanas que este individuo ronda los estudios. A pesar de la pobreza de su traje, se advierte en su aspecto un cierto sello de distinción. ¿No será este pordiosero de ademanes y gesto distinguido una de las víctimas de los desastres que andan convulsionando al mundo?

Por fin, un secretario, el secretario de la sección de publicaciones, ha salido a nuestro encuentro. Pasamos del jardín a los hangares. De un lado ha quedado el vasto restaurante y los laboratorios. Del otro, una larga fila de coches particulares, pertenecientes todos a gentes que allí trabajan. A la entrada de la nave central de los estudios hemos de hacer una nueva espera. En ese momento se ruedan escenas de un film sonoro y el silencio debe ser absoluto. Ni una voz... ni una pisada... ni el crujir de una puerta... Este silencio tiene una cierta emoción; emoción de templo de una religión nueva que ensayara sus sagrados oficios. Por fin el silencio cesa y una extraordinaria agitación irrumpe en todo el estudio.

Pasamos, franqueando puertas y puertas, al lugar donde están instaladas las oficinas de dirección, administración, propaganda, etc. De allí nos conducen al pabellón inmediato, en donde se filman unas escenas mudas. Hemos atravesado un verdadero laberinto. Decoraciones, maquetas, cables tendidos, maderaje. A nuestro paso, una calle entera, casi un barrio en su tamaño natural, por donde circulan automóviles y transeúntes, como en las calles verdaderas. La calle se ha iluminado en su noche trágica, se ha animado en su supuesto cotidiano vivir, y espera el suceso. ¿Qué va a ocurrir en esa calle? Hay en aquel ambiente y en aquel momento una indudable atmósfera de misterio. Como general en jefe, el director, o cineasta, domina el movimiento con la potente voz de

su megáfono, ayudado por la legión de sus ayudantes.

—¿Qué va a suceder ahora?—pregunta alguien a nuestro acompañante.

No ha habido tiempo de responder, porque a una orden del alto mando, el suceso ha estallado. Se disparan unos tiros, la calle se convulsiona. Cae una víctima, a quien se persigue; es un extraño personaje que acaba de aparecer—parecía como si la calle y la noche esperasen su aparición—. Y esta víctima tras otras víctimas complicadas por la casualidad, por esa casualidad de pasar por un determinado lugar en el momento de ocurrir un suceso. Durante la refriega, hemos visto gesticular sombras de seres de bien distintas razas, esa variada fauna común a toda ciudad cosmopolita. En un arbitrario desfile de imágenes, el rostro perverso del oriental, el de animal asustadizo del negro, el de la mujer blanca complicada en el conflicto, el del indio de dolorosa melancolía... No sé si por obra y gracia del arte—siempre superior a toda realidad—hemos podido ver en la expresión de todos esos rostros el odio secular de sus distintas razas.

De presenciar esta escena salimos sin conocer, en realidad, la causa de lo que ha motivado lo allí ocurrido, como habríamos hecho en una calle cualquiera, de coincidir nuestra presencia con un análogo episodio. Y atravesando otra serie de obstáculos, pasamos a un lujoso y concurrido salón. La orquesta toca y la gente baila, flirtea y finge que se divierte, como en un salón auténtico. Para amenizar la fiesta, una danzarina de "ballet" es presentada en el salón. La cámara ha sido colocada bajo la escalinata por donde ha de descender; la danzarina—tules y gasas—ha aparecido en su gran plano como una fantástica flor. El secreto de todo director de film está en buscar en estos pequeños y grandes detalles la originalidad que transfigure

la realidad en arte. Como la literatura, el cinema tiene sus imágenes y sus metáforas, imágenes y metáforas plásticas, como tiene de la pintura la síntesis de su composición. En la estructura de una composición pictórica se apoya el color, en la de una composición cinematográfica, el movimiento. El cineasta ha de buscar la armonía del movimiento como el pintor busca la armonía del color, dentro, naturalmente, de su propia personalidad.

Más allá de esta escena que acabo de describir se filma una escena dramática. Ocurre el drama en el estudio de un pintor. Llegamos en el preciso momento en que la muchacha mancillada castiga al seductor incrustándole un arma blanca, que la fatalidad del destino acaba de poner al alcance de su mano. Esta escena, de gran realismo, es resuelta en grandes planos que ayudan a velar la crudeza de la acción. Ante la cámara, unos ojos desorbitados, los ojos de la muchacha enloquecida por la traición, y su mano crispada empujando el arma vengadora. La laxitud de su mano y la serenidad de su mirada nos dicen a continuación que el drama está consumado. Para tales efectos en la pantalla, no ha sido preciso un grito de angustia, ni la sonora emisión de una queja, todo lo ha resuelto sencillamente el gesto. Y es que no existe palabra alguna que tenga—para el cinema, se entiende—la fuerza de expresión de uno de estos primeros planos, en que la crispación de un músculo, o la serenidad de una mirada nos hagan llegar a la emoción más íntima.

Presenciada esta nueva escena, que nos ha dejado el ánimo un tanto impresionado, nos dirigimos al lugar donde se desarrolla un episodio amoroso. El film es de ambiente árabe. Se respira un romanticismo medieval, visto a través de cierta sensiblería. Aquí la música es de violines. Naturalmente, no podían haber encontrado música más afín...

La luz de los soles instalados en aquel falso firmamento y emitida desde diversos ángulos, nos ha ido ofreciendo, escena tras escena, el espectáculo más pintoresco y variado. Juegos de luz, juegos de sombras, combinados con el juego variado de la acción. En suma: la arbitrariedad de los sueños, vivida unos momentos en una realidad insospechada.

Dejamos los interiores para trasladarnos al lugar donde se desarrollan escenas al exterior. Es una vasta explanada con las

posibilidades del más amplio escenario que la vista pueda abarcar. Opera allí la cámara giratoria. Para maniobrar, director, ayudante y cámara se instalan en la plataforma delantera de una especie de pequeña máquina de tren, circulante por una estrecha vía tendida a lo largo de lo que ha de ser la escena al aire libre. La voz emitida desde un potente megáfono ha entrado en acción. Las masas se movilizan como un ejército bien disciplinado, cada cual ocupa su lugar correspondiente, y el rodaje comienza en perfecta organización. Para el desarrollo de estas escenas exteriores, en la enorme explanada se construyen monumentos arquitectónicos, plazas públicas con sus edificios, calles, parques, bosques, lagos, etc. A la vista teníamos aquel día, reconstruido en su tamaño natural, y con todo detalle, nada menos que Piccadilly Circus, esa gran plaza en donde la credulidad del inglés ha colocado un luminoso letrero que dice: "The centre of the World" (El centro del mundo), no siendo, en realidad, sino el centro de Londres, o, más exacto aun, lo más céntrico de Londres. Esta colosal reproducción de la gran plaza ha sido hecha para la realiza-

COMO SE EVITAN LOS INCONVENIENTES DE LA DEPILACION

La depilación, si no es efectuada por manos habilísimas y por procedimientos muy perfectos y costosos, es, desde todo punto de vista, un fracaso. Es una operación penosa y sus resultados son generalmente contraproducentes. Puede considerarse como una poda del vello y, por consiguiente, éste vuelve a crecer más grueso y con más fuerza que nunca. Toda mujer que haya hecho esta experiencia nos dará sinceramente la razón. No queremos decir con esto que el vello de los brazos, rostro, etc., haya que descularlo como cosa que no tiene remedio. Este gran enemigo de la belleza femenina puede disminuirse hasta que se haga invisible con el extracto de manzanilla verum, que es una loción vegetal completamente inofensiva y que en pocos días llega a decolorarlo completamente. Esta manzanilla se emplea con admirable resultado para aclarar el cabello obscuro hasta el rubio dorado, y tiene sobre el vello una acción más intensa al par que inofensiva, dado que su grosor y consistencia es muy inferior a la del cabello. Se aplica con toda facilidad una o dos veces por día y su efecto es sencillamente soberbio. Se puede obtener en cualquier farmacia.

LEYES DEL CONTRATO AMERICANO

(CONTINUACION)



A-3	9-4	Q-8
	3	2

g) Las cartas tiradas boca arriba sobre la mesa por uno de los adversarios adquieren siempre carácter de "expuestas", exceptuando el caso en que el declarante anuncie ser un número determinado o todas las bazas.

h) Cuando una carta es nombrada con viso de indicación por el compañero de su poseedor, queda también en carácter de expuesta.

Penalidad para las cartas expuestas

33. a) No existe pena alguna por carta expuesta, para

5-2
K
Q-7-5
7-4

el declarante y el "muerto".

b) Una carta expuesta por uno de los adversarios debe quedar boca arriba sobre la mesa y el declarante puede obligar a jugar esa carta cuando lo desee, siempre que el transgresor esté en turno de realizar una salida o servir una baza, salvo que esa jugada ocasionara un "renuncio".

c) El declarante no puede prohibir al adversario una salida o jugada con la carta expuesta, y su dueño puede emplearla si encuentra la ocasión conveniente; pero mientras no haya sido jugada, el declarante puede llamarla cuando desee.

Salida fuera de turno y cartas jugadas por error

34. a) Finalizado el remate, y antes que el jugador ubicado a la izquierda del declarante realice la salida, el tercer jugador en turno puede, equivocadamente, intentar una falsa salida, exponiendo una carta. El declarante debe entonces aplicar al transgresor la pena correspondiente a la carta mostrada, o aceptarla como jugada o exigir del primer jugador (el atacante co-

NORTE
Triunfo es pique. Sur tiene la mano. Norte y Sur deben hacer siete de las ocho bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)
SUR

8-6	J 9	A-8	J-
	3		



recto) una salida en un palo determinado.

El "muerto" puede llamar la atención sobre la falta, pero queda prohibido toda consulta entre el "muerto" y el declarante, en lo que concierne a la penalidad a aplicarse.

Si el "muerto" ha mostrado algunas de sus cartas, antes de que se determine la penalidad al transgresor, la carta expuesta quedará como tal, pero

no podrá exigirse una salida en determinado palo.

Si uno de los adversarios, en el transcurso del carteo de una mano, jugara fuera de turno, el declarante puede exigir que se juegue un palo determinado tan pronto como corresponda iniciar una salida a los adversarios, o puede también considerar la carta mal jugada, como "mostrada".

b) Si ambos adversarios juegan simultáneamente una salida, la carta de aquel a quien corresponde actuar se considera bien jugada, pero la perteneciente al transgresor que-

K-4
10-7-4
6
5-3-

da en carácter de carta "mostrada".

c) Si es el declarante quien juega fuera de turno, ya sea de su mano como de la del "muerto", la jugada queda consentida, a menos que uno de los adversarios señale el error antes de jugar él o su compañero. Cuando la advertencia es hecha a tiempo, el declarante debe jugar de donde corresponda y si en ese lado tiene carta del palo jugado erróneamente desde el opuesto, debe jugar ese mismo palo.

d) Si cualquier jugador (incluyendo el "muerto") juega fuera de turno y el que lo sigue hace su jugada, todo queda normalizado y el golpe es regular. Esta regla debe aplicarse a los dos bandos.

e) Si uno de los adversarios, al jugar una carta firme en relación a las del Declarante y "muerto", deja caer una o varias igualmente firmes, simultánea o consecutivamente, sin esperar a que juegue su compañero, el declarante puede exigir al compañero del transgresor que mate la carta de éste, ya sea en la primera o subsiguientes bazas. Las cartas jugadas indebidamente deben

quedar sobre la mesa, con carácter de "expuestas".

f) Después de una jugada del declarante o del "muerto", si uno de los adversarios juega antes que su compañero en turno, el declarante puede exigir del que hace pareja con el transgresor una carta mayor o menor del palo jugado, o a tomar o perder la baza.

Si el adversario obligado no posee cartas del palo jugado, el declarante puede pedir, a su antojo, la carta mayor de un palo determinado. Pero si el jugador así penado no poseyera tampoco cartas de este último palo solicitado, la pena queda cancelada.

g) Si el declarante juega de su mano o de la del "muerto" y luego de la otra, antes de que el adversario a quien debidamente corresponda lo hiciera, cualquiera de sus contrarios puede igualmente jugar fuera de turno sin penalidad alguna.

h) Si un jugador (que no sea el "muerto") deja de jugar en una baza y lo hace en la subsiguiente, el declarante o cualquiera de los adversarios (pues el caso puede producirse) puede pedir un nuevo reparto de cartas, en cuanto se advierta el error.

Si nadie hace esa reclamación, la carta excedente, al finalizar la mano, se considera como jugada en la baza incompleta, pero no puede considerarse esta falta como "renuncio".

j) No bien exista la duda de que alguna de las bazas dobladas contiene más de cuatro cartas, cualquier jugador puede revisarlas y contarlas, con la cara boca abajo. Si se encuentra una baza con el excedente de una carta, y algún jugador con una de menos, cualquiera de los adversarios del transgresor puede examinar la baza en cuestión, eligiendo la carta excedente, para reintegrarla al jugador en falta, pero nunca se modificará la propiedad de la baza.

El jugador con una carta de menos será responsable por los "renuncios" que su falta haya ocasionado, como si la carta ausente hubiere estado siempre en sus manos.

Si el bando en el cual es hallada la baza aumentada ha dejado de agrupar las bazas debidamente separadas, cualquiera de sus adversarios puede elegir una carta entre todas las bazas confusamente agrupadas y reintegrarla al jugador que tiene una carta de menos.

ción de un film desarrollado en su mayor parte en el barrio chino londinense, el suburbio más peligroso de la gran capital, ese misterioso barrio de fácil entrada y difícil salida, en el que desaparecieron muchos curiosos audaces, o buscadores de anodinas aventuras.

La protagonista de este film es una china auténtica, Anna May Worm. El director, Dupont, uno de los innovadores de la cinematografía alemana. Con la chinita he conversado unos momentos; parece como si la hubiesen prestado la voz. Antes de conversar con ella, sus ojos oblicuos no han cesado de mirarme curiosa e insistentemente. Yo sentí como si su mirada quisiera penetrar a través de mi espíritu para hacer un sondeo de distancias...

Para la más cómoda presentación de los principales "estrellas", hemos sido invitados a almorzar en el restaurante de los grandes estudios. Allí acuden los artistas con la indumentaria del personaje que en el film representan. Hay hasta policías de broma. Resulta como la comida de un carnaval. Este momento de descanso es aprovechado por los artistas para dar rienda suelta a sus expansiones. Se charla, se ríe, se divierten. Un actor cómico, que viste de pijama, es el que más y mejor entretiene a la concurrencia. Acompañados de algunas personalidades, nos he-

mos instalado en una mesa cerca de un gran ventanal; la luz de un sol débil que penetra a través de la cristalería, pone un patético tinte de lividez en los rostros maquillados. Y no sé si de esa misma lividez se contagian: la charla, la risa y la alegría de aquel momento... A la salida del restaurante, Anny Ondra, improvisa unas escenas de "estrella" mimada, que no resiste la indiferencia, ni el olvido, siquiera momentáneo, de los seres circundantes. Antes, a la puerta del estudio, hizo ya su primera exhibición. Llegó en su auto verde y plata, su melena rubia al viento, y después de unos cuantos virajes, abandonó el volante y descendió apurosamente, haciendo no sé qué monadas con su perrito para llamar la atención de sus admiradores. De este modo se entrena para representar luego su papel de niña mimada en los films.

Entre los artistas que nos acompañan está Carl Brisson, escandinavo. Y un joven egipcio de extravagante aspecto. Nos habla de su neurastenia, producida por el clima de Londres y de su sueño de marchar a California, a Hollywood.

—Un país de sol, donde haya palmeras, y gentes alegres!...—nos dice, con honda nostalgia.

Y nos contagiamos de su sueño y en un punto lejano

vislumbramos América; ¡América!...

Carl Brisson, además de actor cinematográfico, es cantante de ópera, y el idolo de las londinenses, hasta el punto de que, en cada representación, la policía ha de intervenir custodiándole contra el asedio de las enamoradas. Son las mismas que, cuando el actor sale de viaje, acuden a la estación a ofrecerle flores y a rendirle el tributo de su admiración. En el chalet que en Elstree posee este idolo, hemos sido invitados a tomar el té. Tiene la confortable residencia un gran sello de personalidad. Mientras que nos ofrecen el té, se nos brinda, galantemente, un pequeño concierto de música española, que es a veces coreada con un gracioso—¡olé!—del escandinavo, que no conoce España sino a través de unas escenas cinematográficas, al parecer, rodadas poco antes de nuestra visita, en aquellos estudios que acabamos de conocer. Entre otras curiosidades, nos muestra Brisson un archivo con más de cincuenta mil cartas de amor recibidas de distintos países. Pertenecen a enamoradas de diversas nacionalidades. A estas cartas responde su secretario particular, enviando las gracias y una fotografía. El héroe nos relata múltiples y fantásticas anécdotas de su vida, las cuenta en un sencillo tono de gran inge-

nuidad; porque el héroe es un ser sencillo e ingenuo, dotado, eso sí, de un físico excepcional que le ha servido hasta el presente para recibir nada menos que cincuenta mil declaraciones amorosas.

A los formidables estudios de la British International Pictures han sido llevados con ventajosos contratos: cineastas, cameramen, actores de primera calidad. Se disponen de fabulosos capitales para la filmación de superproducciones capaces de competir con el mercado mundial. Pero con todo esto, yo me atrevería a asegurar que la producción inglesa no ha de realizar la obra que se propone. Para asegurar esto, basta con conocer el espíritu inglés y su capacidad de creación artística. Contra todo lo que se quiera decir, la supremacía del cinema está, y estará por mucho tiempo, en manos de los norteamericanos. Ellos dieron con la clave, y ellos tienen el secreto de este Séptimo Arte que ha venido a revolucionar el mundo de la sensibilidad.

Hemos dejado el pueblecillo de Elstree para volver a Londres. Y una vez en Londres, nos hemos dirigido al "auténtico" Piccadilly Circus. Corre un viento frío, verde, azul, violeta; un frío cortante, de doble filo. Por entre el tempestuoso claror de las múltiples lumina-

rias que dan un sabor de estrella viva a la gran plaza, las gentes—sajones, judíos, indios, negros, eslavos, japoneses—van y vienen y se entrecruzan en un ritmo cinematográfico.

Van y vienen y se entrecruzan. Y todos van serios. Y nadie mira a nadie. En el gran plano de sus caras, ni una articulación. El dandy de la chistera negra y la bufanda blanca; la señora del brillante abrigo de tisú; el indio del turbante; el sportman en traje de golf; el hombre del anuncio; la muchacha color de ámbar. Todos marchan serios y nadie se detiene a mirar a nadie. Parece como si la voz de un megáfono fatal les moviese en sus distintas direcciones... Ante mis ojos, este interminable film impenetrable de misterio; porque cada personaje aparece y desaparece como la silenciosa caja de música de su propio existir, entre el gran escenario de luz y de sombra. Son formas precisas y, a la par, fantasmas indefinidos, sombras que se funden en la sombra de su luz.

Desde mi vida, he querido penetrar en esta multitud de vidas anónimas. Pero, el ángel de los letreros luminosos ha descordado la cortina de la noche y ha salido a mi encuentro. En su mano derecha, el más luminoso de los letreros que venía a decir: "Se prohíbe el paso".

CARTAS DE ITALIA

LA
"CONDESA"
ROMANTICA

A condesa Lara", seudónimo byroniano de una escritora, de quien no se sabe hasta ahora si nació en Cannes o Florencia, fué en las postrimerías del ochocientos la última "femme de lettres" romántica. La literatura apasionada de George Sand, que reivindicaba en 1830 para la mujer las mismas libertades morales que el hombre y el derecho al amor hasta la efusión de sangre y el delito, debía hallar eco en aquella señorita rubia del 1890 que a sus cuarenta años vió surgir en su plenitud la afirmación literaria de Gabriel d'Annunzio. Parece que, lectora por temperamento, y sobre todo enferma de literatura, en continua combustión romántica, la joven poetisa que ya en el colegio fantaseaba con aventuras románticas, buscó toda su vida un gran drama, y lo encontró en medio de la calle, en el suceso de crónica que iba a despedazarle la existencia con las rebeldías de un joven amante.

A esta "condesa Lara", a quien las nuevas generaciones olvidaban o ignoraban del todo, ahora que está de gran moda la "novela vivida" de la gente famosa, Maria Borgese ha dedicado muy oportunamente un grueso volumen de crónica y de biografía, de donde se alza viva y entera la singular figura de la condesa, enérgicamente trazada en sus rasgos esenciales por un estudio psicológico que busca y penetra en lo hondo; pero aun más que trazada con agudeza y precisión, "sentida" con amor, con simpatía por la más delicada y viva sensibilidad de mujer. Para que el relato sea vivo en este género de biografías, el narrador ha de amar el personaje cuya vida y hazañas cuenta. Sólo así, por obra de la simpatía, el pasado se anima y vive; sólo así la sangre revivificada y removida por la pasión vuelve a hacer hombres vivos de los lejanos fantasmas, de los vagos nombres del pasado, ya sin preciso contorno humano. Y aun cuando condena los muchos errores de la escritora romántica, desbórdase en cada página la simpatía de Maria Borgese por la "condesa Lara"; pues, ciertamente, sin amar el martirio sonriente, el calvario mundano y elegante de la "condesa" no se hubiera ocupado Maria Borgese en resucitarla del olvido que hace más de treinta años envolvía su vida breve y su obra caduca.

Caduca pero no desdeñable. Escritora de crónicas y artículos, con fácil pluma de improvisadora, en cien periódicos, la "condesa Lara" no dejó, sin embargo, rastros suyos como periodista, pues sabido es que los periódicos, como los tenores, mueren y desaparecen con el do de pecho y el aplauso de la última romanza y del último artículo. Ni digna de mayor memoria aparece a distancia la "condesa Lara" como narradora de algunas novelas románticas o de algunas historietas fáciles y amenas; en cambio, la poetisa mereció en vida relieve y merece recuerdo, muerta. En su canto desordenado, en su continuo afán lírico, que busca sin hallarlas palabras grandes para expresar su ansiosa hambre de vida, en su tranquilo y romántico deseo de morir, en su tumultuoso agolpamiento de versos, de rimas, de ritmos, de imágenes, de interjecciones, de locuciones entre locuciones, de puntos de exclamación, de puntos suspensivos, de paréntesis, hay un fuego, un tormento, un vigor desordenado que es señal de inspiración poética, como cuando de la llanura se sube al monte, el encuentro de hojas, de troncos, de ramas caídas es indicio cierto de que la selva está a dos pasos. Esto ocurrió con la "condesa Lara". Vistumbió una selva de poesía sin entrar en ella; pero ya es

mucho haber adivinado aquellos verdes y profundos misterios, ya es reflejo, intuición poética, estado lírico el haber respirado con el alma los bálsamos de aquellas puras y altas atmósferas.

Evelina Cattermole, llamada más tarde "condesa Lara", no habría tenido nada de italiana, aunque fué escritora de Italia. Hija de padre escocés y de madre rusa, habría nacido en Cannes en 1858. Otros de sus biógrafos, avejentándola en siete años, hacen nacer a la poetisa italiana en Italia, en Florencia, en 1851. Hasta hoy no se ha sabido cuál de estas ciudades fué su cuna, acaso porque tanto en Toscana como en Provenza nadie se ha ocupado en serio en rebuscar a fondo los viejos archivos municipales. Verdad es que los autores de la tesis favorable al nacimiento en Florencia alegan en su favor la fecha de publicación del primer libro de versos de Evelina Cattermole. Para ellos la Lara, nacida en Florencia, contaba diez y seis años al tiempo de publicarse su primer volumen, precocidad inverosímil. En cambio, según los partidarios de la tesis de Cannes y de la fecha de 1858, la poetisa habría publicado su primera obra a los nueve años, constituyendo un fenómeno de precocidad. En realidad, todo hace creer que la "condesa" al envejecer, procuró rejuvenecerse en nueve años y que, para evitar que sus admiradores italianos revisasen los registros municipales, inventó el nacimiento en Cannes; tanto más cuanto que en aquel tiempo, esta ciudad, hoy de moda entre los multimillonarios norteamericanos, era ilustre y elegante en el mundo de los tísicos románticos y de los moribundos sentimentales, y que despertando la curiosidad de Maupassant, Bourget y el aun joven Barrés, moría lentamente allí, redactando el diario de su agonía, Nuestra Señora del "Spleen", Maria Baskirseff.

En Florencia, en la casa ilustre de Pasquale Stanislao Mancini, debía hallar Evelina Cattermole por joven marido a un hermoso oficial de bersaglieri, Eugenio Mancini, hijo del gran abogado de este nombre. Corrían días grandes. El amor entre los futuros esposos nació precisamente en momentos de consumarse la unidad de Italia. Antes de partir con sus bersaglieri a la toma de Roma en septiembre de 1870, el teniente Mancini al despedirse de los suyos, les arrancó la promesa en la emoción del momento, de que si regresaba sano, salvo y con honra, tendría como recompensa el consentimiento paterno y materno para su combatida unión con la poetisa. Y los dioses, indulgentes, lo quisieron. Veinte de septiembre en Porta Pia: Roma fué de los italianos y Evelina del bersaglieri. Y aquí empieza la novela. Durante tres años la poetisa escribe a su ilustre suegro: "Eugenio es un ángel de bondad y me hace la mujer más feliz de la tierra". Pero ocurre que, ascendido a capitán, el ángel se marcha con sus bersaglieri a Milán. Adiós... La poetisa caen en pleno "desca-

bellamiento" romántico. Recibían esta calificación los milaneses románticos tipo Emilio Praga, Tarchetti y Farina porque sus ideas y sentimientos eran tan desarreglados como sus cabellos. Descabellados a tal punto que el moribundo poeta Tarchetti andaba errante por Milán, ahogándose de tos y con los bolsillos llenos de ratoncillos blancos que se paseaban de arriba abajo por su magra persona. Y entre estos locos, que no hablan más que de amor y muerte, Evelina Mancini Cat-



Evelina Cattermole Mancini
(1875)

termole abre un salón concurrendísimo en el que se dan cita bellas señoras pálidas y fatales, jóvenes milaneses, literatos famélicos que no hacen sino beber y fumar, políticos y oficiales mozos. Hermosos días del periodismo milanés, cuando, por ejemplo, el periodista inventor de la crónica, Francesco Giarelli, redactaba solo todo un diario, "Il Monitore del Droghiere", y las diez liras por artículo que debían pagarse se le abonaban en especies: café, azúcar, velas, lustrada de zapatos, fideos, arroz, salsa de tomates, maná del cielo para la familia Giarelli, marido, mujer y un rapazuelo. Y el tono del tiempo era arrogante. Felice Cameroni, precursor del verismo en pleno romanticismo, escribía así de su persona: "Soy el más feo, el más incompetente y el más burro entre los perdidos. Para que me amase alguna mujer necesitaría tener por lo menos cincuenta mil liras de renta. Para que me soporte un hombre, se precisa por lo menos seis meses de intimidad. No creo ni una jota en Dios. Espero poquísimo de la sociedad. Prefiero Meyerbeer a Verdi, Courbet a Rafael, el Coloso a San Pedro, un apartamento parisino en la calle Rivoli a una villa en So-

rento. Y soportaré con menos sufrimiento un debate parlamentario sobre el presupuesto que un baile o una conversación con una hermosa dama".

Tal era el tiempo y tales las costumbres. Y la futura "condesa Lara" se complace en ellos. Cuando aparece en su palco de La Scala todos los anteojos la enfocan. Y un cronista de la época refiere: "Cuando Evelina Cattermole llega al salón de la condesa Maffei, con su traje de rojo tul transparente, las charlas cesan, todos la admiran". Y en casa de Evelina se juega a los naipes, se canta, se fuma, se bebe, se dicen versos, se loa el "individualismo pasional", se execra la moral burguesa. Y he aquí el epílogo. Evelina se enamora en breve de un asiduo a su salón: un veneciano hermosísimo, rubio, elegante. ¿Poeta? No. Empleado en el Banco de Nápoles, pero igualmente romántico.

Porque el romanticismo está en el aire y todos respiran su fuego. Y el drama es rápido. Sorprendidos los amantes, Evelina es arrojada del hogar por su marido, quien mata en duelo al amante. Así termina la época milanese. Así comienza el largo calvario romano.

Ganarse la vida en el periodismo y en la literatura: tal era el primer problema que se le presentaba a Evelina, separada de su marido. Así la libre poetisa se hace escritora profesional. Así encuentra en las

redacciones a dos poetas, sicilianos ambos, que el uno tras el otro, la adoran ardientemente: amores volcánicos como el Etna. Mas el primero acaba mal. Así escribe a su amada el gran poeta siciliano Mario Rapisardi, violento émulo de Carducci: "Si me hubieses dicho: ¡empiezo mi milésimo amor y estoy a disposición de fulano de tal!, te despreciaría menos. ¡Adiós!". Y más tarde, el otro poeta, enamorado a su vez, y a su vez celoso e infeliz, intenta suicidarse por ella. Pero no lo hace. Se arrepiente. Escucha a los amigos. Se emancipa de ella. Huye de Roma. La abandona. La olvida. Se salva.

Ella es quien se pierde. Es rapidísima, en los años dolorosos que siguen a los cuarenta, la decadencia del prestigio literario, la cadena de amantes de segunda fila, la esclavitud de la mujer aherrojada al amante joven, las deudas contraídas para dar dinero o mantener en la vida trágica y vil una apariencia de amor y la ruina de toda ilusión, literaria, humana, gloria, pasión, felicidad y el fin atroz de la juventud con el tefido de los cabellos y del alma y el hundimiento en el horror, incontenible, sin poderse aferrar a nada, hasta la noche en que el último amante, un joven pintor descamisado, en una arranque de ira criminal, le asestará tres o cuatro puñaladas en el vientre, matándola en una lenta agonía, consolada por la presencia de sus pocos amigos literarios; una agonía durante la cual la romántica "condesa Lara", muriendo de romanticismo, tendrá una postrer generosidad romántica, perdonando en su último suspiro a su asesino. Y sus palabras supremas son éstas, que expresan su cansancio de tan-

tos afanes: "Dios, dame paz"... Los restos de aquella que fué bellísima, célebre y locamente adorada yacen en la fosa común. Ni uno de los hombres que la amaron y le sobrevivieron purificó de tanto horror su memoria. Verdad es que la "condesa Lara" murió en su ocaso, destruyendo antes, día a día, su leyenda. Quienes la idolatraron en sus ilusiones románticas, viéronla en la realidad pintarse el cabello, cubrirse las arrugas con polvos y cremas, usar sombreros y trajes fuera de moda y raídos, escribir sin el menor destello de talento, desaliñadamente, para los periódicos de moda, ir a la frutería o al restaurante a comprarse la cena. Así acabó el ídolo magnífico en la realidad desolada. Y la fosa común que habría parecido ofensa horrenda para el ídolo, no fué remate absurdo de tanta ruina...

Sea como fuere, en la fosa común aquellos huesos revisten hoy una carne individual, cobran una espiritualidad. Gracias al libro nacido de la generosa y conmovida piedad de una mujer, no sólo revive a su evocación la "condesa Lara", sino que en las blancas páginas del hermoso libro halla sepultura definitiva la última escritora romántica. Y, por modo feliz, parangonando a George Sand y a la "condesa Lara", a pesar de la diversa jerarquía de ambas escritoras, Maria Borgese contrasta dos épocas y dos destinos. En sus fiebres románticas, George Sand halla eco profundo en su tiempo. Hombres, cosas, objeto de sus ardores y de sus ímpetus se le asemejan, corren parejas con ella. La "condesa Lara", pasada su primera juventud, caída a consecuencia de su primer drama de Milán a Roma y del romanticismo al verismo, choca con todas sus fuerzas contra un tiempo asustado, cansado, tranquilamente burgués, que el positivismo ha tornado más atento a intereses materiales que a espiritualidades lánguidas y vagas.

Así, la condesa byroniana, de corazón romántico y apasionado no encuentra voz que le responda. Siempre está más acá o más allá de su ambiente, en sus dichos y en sus hechos, y por lo tanto siempre fuera de la mediocre realidad. Nacida para el desorden, la poetisa va a dar en medio del orden; hecha para la fiebre, la enamorada no ve en su derredor sino gente sana; hecha para arder toda su vida en un destino desesperado, la apasionada consume miseramente su vida día a día, en una melancolía sin esplendor. Había cantado de su persona: "Era una mujer fantástica, vestida de negro, que adoró las flores, los dulces cantos y las sonrisas vírgenes de la infancia". Y agregaba, en su último grito, en su dolor último: "Lloró mucho... Y nadie la lloró". Sí. Con mucha nobleza, evocando una obra, una figura y dos tiempos, Maria Borgese ha llorado en su hermoso libro por todas las mujeres capaces de revivir aún con su corazón a la pobre "condesa Lara", romántica nacida demasiado tarde, cuando del mundo realista se habían ido ya todos los románticos: a aquella pobre "condesa Lara", a quien mató su pobre corazón.

ESCORIACIONES
ESCALDADURAS
QUEMADURAS
ECZEMAS
CRANOS

PICADURAS
de Insectos
y toda clase
de afecciones
de la piel.

PASTA VASENOL

LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)

ROMA, octubre de 1930.

¿POR QUE SE VUELVE A LA FILOSOFIA? LAS CIENCIAS EN REBELDIA



Ha sido vergonzoso que después de tanta teoría del conocimiento fabricada por los filósofos tuvieran que encargarse los físicos mismos de dar la última precisión al carácter de su conocimiento y revelarnos que, lejos de representar la ejemplaridad y prototipo del conocer, es en rigor una especie inferior de teoría, distante del objeto que intenta penetrar.

Resulta, pues, que estas ciencias — sobre todo la física — avanzan haciendo de lo que era su limitación el principio creador de sus conceptos. Por tanto, para mejorar, no intentan utópicamente saltar fuera de su sombra, superar su fatal y nativo término, sino, al revés, aceptan éste alegremente, y apoyándose en él, instalándose sin nostalgias dentro de él, consiguen llegar a la propia plenitud. La actitud opuesta a ésta era la dominante en el último siglo: entonces cada cual aspiraba a ser ilimitado, a ser lo que eran los demás y él no era. Es el siglo en que una música — la de Wagner — no se contenta con ser música, sino sustituto de la filosofía y hasta de la religión; es el siglo en que la física quiere ser metafísica y la filosofía quiere ser física, y la poesía, pintura y melodía, y la política no se contenta con serlo, sino que aspira a ser credo religioso y, lo que es más desafortunado, a hacer felices a los hombres.

¿No hay en la nueva actitud de las ciencias, que prefieren recluirse cada cual en su recinto y órbita, como el indicio de una nueva sensibilidad humana que ensaya resolver el problema de la vida por un método inverso, aceptando cada ser y cada oficio su propio destino, hincándose en él, y en lugar de extraviarse ilusoriamente, llenar bien y sólidamente hasta los bordes su auténtico e intransferible perfil? Quede aquí de paso apuntado esto, que otro día tropezaremos frente a frente.

Ello es que esta reciente "capitis diminutio" de la física como teoría ha actuado sobre el estado espiritual de los filósofos, liberándolos para su vocación. Superada la idolatría del experimento, recluso el conocimiento físico en su modesta órbita, queda la vía franca para otros modos de conocer y viva la sensibilidad para los problemas verdaderamente filosóficos.

Ahora creemos que fué una superstición la que nos mantuvo rendidos ante la llamada "verdad científica"; se entiende la clase de verdad propia de la física y disciplinas congéneres.

Pero otro hecho muy importante ha contribuido a la liberación.

Recuérdese que el anteriormente descripto podía formularse así: cada ciencia acepta su limitación y hace de ella su método positivo. El hecho que ahora voy rápidamente a diseñar es un paso más adelante en el mismo sentido: cada ciencia se hace independiente de las demás, es decir, no acepta su jurisdicción.

También aquí nos ofrece la nueva física el ejemplo más claro y conocido. Para Galileo, la misión de la física consistía en descubrir las leyes especiales que rigen sobre los cuerpos, "además de las leyes generales geométricas". De que estas últimas imperaban en los fenómenos corpóreos no se le ocurrió dudar ni un momento. Por ello, no se ocupó en disponer experiencias que demostrasen la docilidad de la naturaleza a los teoremas euclidianos. Aceptaba de antemano, como cosa por sí misma evidente e ineludible, la jurisdicción superior de la geometría sobre la física — o diciendo lo mismo en otra forma, — creía que las leyes geométricas eran leyes físicas "ex abundancia" o en grado eminente. Para mí el punto de más enérgica genialidad en la labor de Einstein está en la decisión con que se liberta de este tradicional prejuicio: cuando observaba que los fenómenos no se comportan según la ley de Euclides y se encuentra con el conflicto entre la jurisdicción geométrica y la exclusivamente física, no vacila en declarar ésta soberana. Comparando su solución con la de Lorentz, se advierten dos tipos mentales opuestos. Para explicar el experimento de Michelson, Lorentz resuelve, siguiendo la tradición, que la física se adapte a la geometría. El cuerpo tiene que contraerse para que el espacio geométrico siga intacto y vigente. Einstein, al revés, decide que la geometría y el espacio se adapten a la física y al fenómeno corpóreo.

Actitudes paralelas hallamos en las otras ciencias con frecuencia tal que me sorprende también no haber visto en ninguna parte advertido este carácter tan general y acusado en el pensamiento reciente.

La reflexología de Pavlov y la teoría del sentido umínico de Hering son dos ensayos, clásicos a estas

IV horas, de construir una fisiología independiente de la física y de la psicología. En ellos se toma el fenómeno biológico como tal en lo que tiene de ajeno a la condición común de hecho físico o psicológico y se le trata por métodos de investigación exclusivos a la fisiología.

Pero donde más agudamente, casi escandalosamente aparece este nuevo temperamento científico, es en la matemática. Su supeditación a la lógica había llegado en las últimas generaciones hasta hacerse casi identidad. Pero he aquí que el holandés Bromver descubre que el axioma lógico llamado del "tercero excluso" no vale para las entidades matemáticas y que es preciso hacer una matemática "sin lógica", fiel sólo a sí misma, indócil a axiomas forasteros.

No puede sorprendernos — una vez que hemos atisbado esta tendencia del nuevo pensamiento — la aparición reciente de una teología que se rebela contra la jurisdicción filosófica. Porque hasta la fecha fué la teología un afán de adaptar la verdad revelada a la razón filosófica, un intento de hacer para ésta admisible la sinrazón del misterio. Mas la nueva "teología dialéctica" rompe radicalmente con tan añejo uso y declara al saber de Dios, independiente y "totalmente" soberano. Invierte así la actitud del teólogo, cuya faena específica consistía en tomar desde el hombre y sus normas científicas la verdad revelada, por tanto, hablar sobre Dios desde el hombre. Esto daba una teología antropocéntrica. Pero Barth y sus colegas vuelven del revés el trámite y elaboran una teología teocéntrica. El hombre, por definición, no puede saber nada sobre Dios partiendo de sí mismo y de su intra-humana mente. Es mero receptor del saber que Dios tiene de sí mismo y que envía en porciunculas al hombre mediante la revelación. El teólogo no tiene otro menester que purificar su oreja donde Dios le insufla su propia verdad, verdad divina inconmensurable con toda verdad humana y, por lo mismo, independiente. En esta forma se desentiende la teología de la jurisdicción filosófica. La modificación es tanto más notable cuanto que se ha producido en medio del protestantismo donde la humanización de la teología, su entrega a la filosofía, había avanzado mucho más que en el campo católico.

Domina hoy, pues, las ciencias una propensión diametralmente opuesta a la de hace treinta o cuarenta años. Entonces una u otra ciencia intentaba imperar sobre las demás, extender sobre ellas su método doméstico, y las demás toleraban humildemente esta invasión. Ahora cada ciencia no sólo acepta su nativa mancuerna, sino que repele toda pretensión de ser legislada por otra.

(Nótese fenómenos paralelos en el arte y en la política actuales).

Estos son los caracteres más importantes del estilo intelectual que en estos últimos años se manifiesta. Yo creo que ellos pueden llevar a una gran época de la inteligencia humana. Con sólo una salvedad. No es posible que las ciencias se queden en esa posición de intratable independencia. Sin perder la que ahora han conquistado, es menester que logren articularse unas en otras — lo cual no es supeditarse. Y esto, precisamente, esto sólo pueden hacerlo si toman de nuevo tierra firme en la filosofía. Síntoma claro de que caminan hacia esta nueva sistematización es la frecuencia creciente con que el científico particular se siente forzado a callar — por la urgencia misma de sus problemas — en aguas filosóficas.

Pero mi asunto ahora no me deja desviarme a consideraciones sobre el porvenir de la ciencia, y lo que he insinuado sobre su presente vino sólo para mostrar las condiciones intelectuales atmosféricas que han predispuerto el retorno a una filosofía mayor corrigiendo el encogimiento de los últimos cien años. El filósofo encuentra en la combinación del aire público nuevo coraje para hacerse también independiente y fiel a la limitación de su destino.

Pero hay otro motivo más fuerte que los apuntados para que sea posible un renacimiento filosófico. La tendencia a aceptar cada ciencia su propia limitación y a proclamarse independiente son sólo condiciones negativas, bastantes para quitar los estorbos que durante un siglo han paralizado la vocación filosófica, pero no nutren ni menos provocan enérgicamente a ésta.

¿Por qué vuelve, pues, el hombre a la filosofía? ¿Por qué vuelve a ser normal la vocación hacia ella? Evidentemente se vuelve a una cosa por la misma razón esencial que llevó a ella la primera vez. Si no, es que el retorno carece de sinceridad, es una falsa vuelta, un fingir que se vuelve.

Esto nos obliga a plantearnos la cuestión de por qué al hombre se le ocurre en absoluto hacer filosofía.

LOS BLANCOS AMIGOS DE LOS NEGROS...

(Continuación de la pág. 6)

en la curva. Nuestra civilización representa un cociente de operaciones de clara estirpe semita. El lenguaje es como un parapeto de la intención. Si se dice la verdad es, precisamente, para que se crea que la verdad es otra.

Todos conocemos la historia del Samuel a quien engañaba su hijo. Samuel le decía:

—Me juraste que ibas a Varsovia y tengo la seguridad de que has estado en Varsovia y no en Lodz como yo tenía que suponer. ¿Por qué me engañas, hijo mío, por qué me engañas?

—Padre — contestaba el hijo — te juro que he estado en Lodz.

El negro no comprende. Un corazón virginal. Se echa a dormir y duerme en los siglos porque no entiende. Toda la literatura de los exploradores del continente de ébano, se asienta en la virginidad de los negros ante la prostitución del pensamiento de los blancos. Es una cosa repugnante.

Un explorador llega a la aldea de un reyezuelo. La choza del reyezuelo tiene una puerta de caoba y bronce, resto de un barco hundido en la costa. En la puerta, estas letras: W. C.

—Un blanco que llegó aquí hace años — le dice el reyezuelo — me regaló esta puerta, que perteneció al salón del trono de un gran rey de los vuestros.

El explorador sufre un ataque de risa. Y el negro decide dormir durante unos cuantos siglos más porque no entiende.

LOS QUE LES QUIEREN.

Se llama Paul Robezón; tiene 32 años y dos metros diez de altura. Y es negro.

El mejor cómico norteamericano, sencillamente. Con lo que quiere decirse que no tardará mucho en ser el mejor cómico "in the world".

Los yanquis "adoran" a Paul Robezón. Es hora ya de que se diga que los yanquis no sienten hacia la raza pigmentada en tono mayor, ese odio terrible que les atribuyen los coleccionistas de lugares comunes, especialmente necios en el encasillado geográfico. El americano, es verdad, ha linchado negros. Pero ha linchado blancos también. Ha linchado, en una palabra. Como se ha linchado en todo el mundo.

De Pedro Crespo a Lynch, por ejemplo, no hay apenas diferencia. Lynch defendía la misma justicia personal, pero standardizada. Lynch quería "zalameas" en serie.

Este Paul Robezón, negro y todo, es un universitario. Abogado, defendía los derechos de una dilatada clientela de chocolate. Hasta que sintió la llamada del teatro y su "Emperador John", estremeció y emocionó a las gentes. Luego, ofreció el primer "Oteló" de verdad que se ha visto en el mundo. De una manera admirable. Un negro auténtico, con celos negros, Robezón ha hecho posible el ostracismo de todos los deshollinadores venecianos que controlan el amor de Desdémona.

Son los norteamericanos los únicos que elevan al negro y hasta los únicos que le comprenden. Y hasta los únicos que le quieren.

Ahí están las canciones de plantación dando vuelta al mundo sobre ruedas de ebonita. Ahí está "Halleluia", el "film" hecho por comedores de sandías, negro todo el celuloide como un negativo.

Y ahora este Robezón — negro hasta en el apellido: un Robertson de niños — que asombra al mundo con su alma integral, pura y blanca como un coco.



Hoy son mis sueños desvelada pena,
los que antes fueron rumoroso río.
Mirando al mundo me torné sombrío
como quien piensa ante un reloj de arena.

Sombra nocturna para el alma es buena
y amo el agudo beso del rocío;
lavada en llanto mi canción de estío
busco la soledad de la azucena.

Quise seguir del árbol la enseñanza,
vestir de hábito blanco mi esperanza,
ver mis horas con ramas florecidas.

Pero el otoño está en mi pensamiento
y observo, distraído, sobre el viento
el rumbo de las hojas desprendidas.

Gonzalez Carballo

JOSE ORTEGA Y GASSET

EL MISTERIOSO CRIMEN DEL ESCARABAJO

FILO VANCE EN CAMPAÑA

CAPITULO II

VANCE colgó el auricular y se arrellanó de nuevo en la butaca.

—El juez de Instrucción llegará en seguida—anunció—y tendremos probablemente tiempo de realizar unas cuantas observaciones antes de que se presente la policía.

Miró perezosamente a Scarlett y añadió:

—Pues sí... Como usted dice bien, conozco a Bliss y estoy al tanto de las investigaciones científicas de todos ustedes. El asunto ofrece posibilidades realmente fascinadoras. Puede resultar interesantísimo... (Por el tono de su voz comprendí que Vance estaba especulando ya con la contingencia de un nuevo problema criminal intrincado). De modo que la puerta principal se encontraba entornada, y que no respondió nadie cuando llamó usted en la del doctor Bliss, ¿eh?

Scarlett asintió con la cabeza. Se veía que sentíase perplejo ante la indiferencia con que Vance comentaba su relato emocionado.

—¿Y los sirvientes?—continuó mi amigo—. ¿Cree usted que no podían oír su llamado?

—Difícilmente. Suelen estar en el otro extremo de la casa. La única persona que hubiese podido oírme era el doctor Bliss desde su despacho.

—Le habría resultado a usted fácil, sin embargo, tocar el timbre de la puerta principal o llamar a alguien desde el vestíbulo...—sugirió Vance.

Scarlett se movió nerviosamente en la butaca.

—Es cierto—confesó—. Pero, francamente... Dese usted cuenta de la situación terrible en que me hallaba, amigo mío...

—Sí, sí, comprendo... Su inquietud era lógica. Graves indicios acusadores "prima facie". Posición sospechosa, en efecto, muy sospechosa... Lo cual no quiere decir que usted tuviese motivo alguno para desear que el excelente señor Kyle fuera quitado de en medio, ¿verdad?

Scarlett se puso livido.

—¡Oh, Dios mío, no! Le debíamos todo. Sin su ayuda financiera no existirían las excavaciones de Bliss ni el museo.

Vance asintió.

—Bliss me habló de ello cuando nos vimos en Egipto. Creo que la propiedad que ocupa el museo pertenecía también a Kyle, ¿no?

—Sí; las dos casas. Son dos. Bliss, su familia y el joven Salveter—el sobrino de Kyle—viven en una, y la otra está destinada a museo. Han sido abiertas puertas de comunicación entre ambas y tapiada la principal que corresponde al edificio del museo, de modo que se trata prácticamente de una sola.

—¿Y adónde vivía Kyle?

—En la casa inmediata al museo. Era dueño de seis o siete inmuebles de la misma calle.

Vance se levantó y empezó a caminar, pensativo, hacia la ventana.

—¿Sabe usted cómo fué a interesarse Kyle por la egiptología? Le entró de repente la afición. Su chifladura eran los hospitales y esos retratos nauseabundos de la escuela de Gainsborough. Recuerdo que tomé parte en la puja del "Blue Boy". Afortunadamente para él, se lo quitaron de las manos.

—Salveter convenció a su tío de que apoyara económicamente los trabajos de Bliss. El muchacho era alumno de la cátedra de egiptología de éste en Harvard. Cuando se licenció, su tío sufragó los gastos de la expedición a Egipto para que Salveter se distrajera en algo. Le quería mucho y estaba orgulloso de su inteligencia.

—¿Y Salveter ha acompañado a Bliss desde entonces?

—Sí. Vivían, incluso, juntos. Salveter no se separó de su maestro desde la excursión de hace tres años a Egipto. Bliss le nombró segundo conservador del Museo. Merecía realmente la distinción. Es un muchacho de condiciones brillantísimas, versado en egiptología como el que más.

Vance se volvió hacia la mesa y tocó el timbre.

—Pues sí...—afirmó con su eterna displicencia—. Como digo, el asunto parece lleno de posibilidades interesantes... Y, de paso, ¿qué otras personas constituyen la familia de Bliss?

POR

S. S. VAN DINE

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

po enigmático. Cristiano copto. Parece que acompañó al viejo Albercrombie—el padre de Meryt—en sus diversas exploraciones, y que a la muerte de aquél se convirtió en una especie de tutor de la muchacha. Asistió a la última expedición Bliss en calidad de algo raro, así como representante del Gobierno egipcio. En el museo nos ayuda indistinta-

Y sirva primero el amontillado.

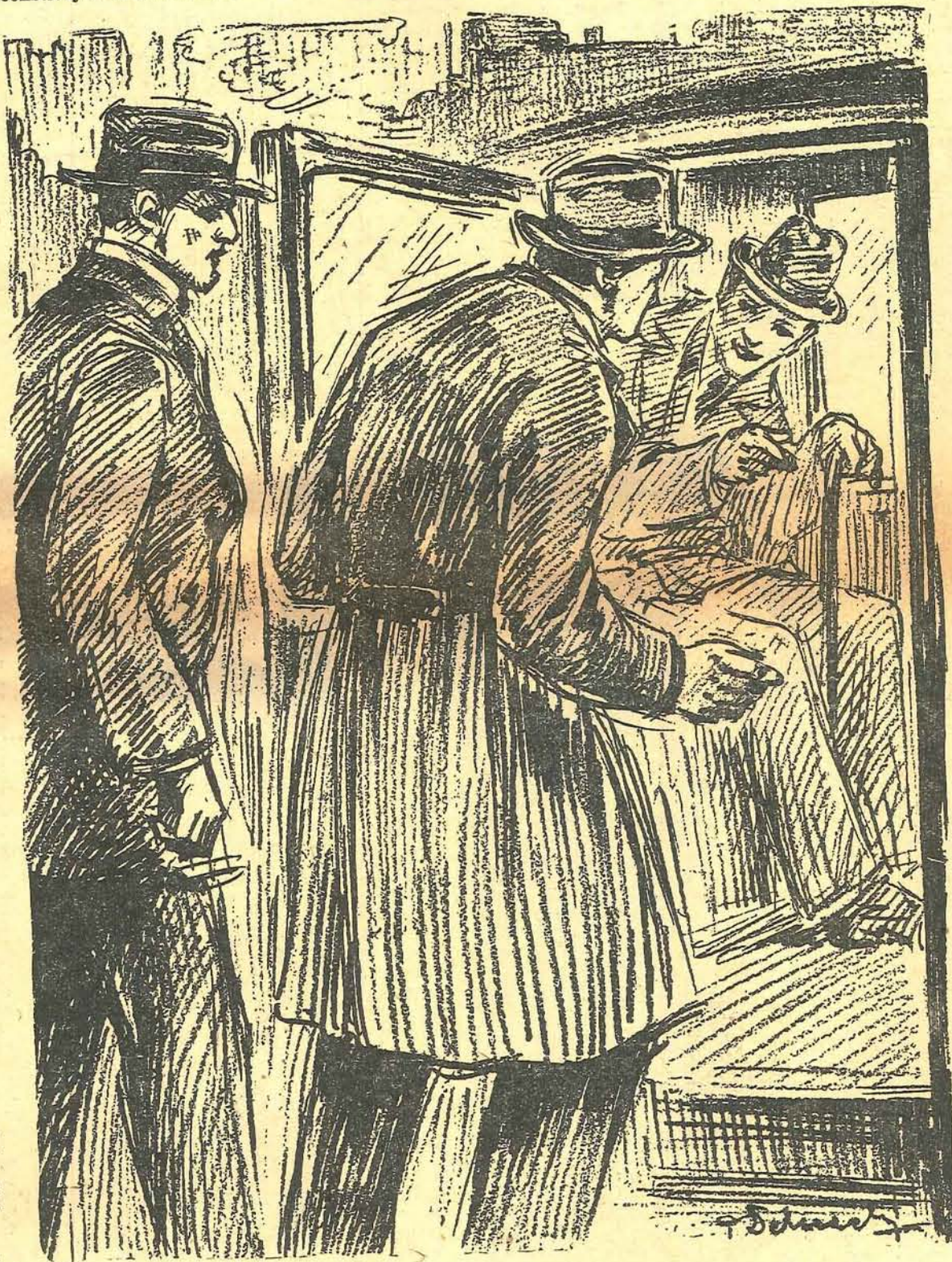
—Muy bien, señor.

Currie acogió la noticia del crimen como si los asesinatos fueran para él minucias de la crónica diaria, y salió de la biblioteca.

—¿No se le ocurre a usted, Scarlett—preguntó Vance—alguna razón posible de la muerte violenta de Kyle?

Scarlett vaciló casi imperceptiblemente.

—No, por cierto—respondió alzándose de hombros—. Kyle era una buena persona, generoso y afable. Tal vez un poco engreído y vanidoso, pero simpático a carta cabal. Desconozco, sin embargo, su vida



ca. Tiró el cigarrillo y encendió una vieja pipa terriblemente apesosa.

No había hecho Vance más que reunirse con nosotros cuando se oyó el ronquido de una bocina de automóvil. Markham nos aguardaba abajo.

Al tiempo que nos disponíamos a salir, Vance preguntó a Scarlett:

—¿Solía Kyle encontrarse todas las mañanas a estas horas en el museo?

—No. No iba casi nunca tan temprano. Hoy lo hizo porque Bliss le citó anoche para conversar con él acerca de los gastos de la expedición última y de la posibilidad de continuar las excavaciones el año próximo.

—¿Estaba usted enterado de la cita?—interrogó Vance como sin dar importancia al detalle.

—Sí. El doctor Bliss le llamó por teléfono anoche, mientras nos encontrábamos allí reunidos preparando el informe.

—Muy bien... Así, pues, otras varias personas sabían que Kyle iría al museo hoy por la mañana...

Cruzábamos ahora el vestíbulo. Scarlett se detuvo sobresaltado.

—¿No irá usted a insinuar...?—empezó.

—¿Quién escuchó la conversación telefónica?—añadió Vance descendiendo los primeros escalones.

Scarlett le siguió, presa de un estupor que no trataba de disimular.

—Pues... déjeme usted recordar... Estaban allí Salveter, y Hani, y...

—Le ruego que no titubee.

—Y la señora Bliss.

—¿Todos, entonces, menos el ayuda de cámara y la cocinera?

—Sí... Pero Vance, en que la cita era para las once, y el pobre Kyle fué asesinado antes de las diez y media.

—Pormenor que añade extraordinaria seducción al caso...—murmuró Vance.

Viernes 13 de julio; 11.30 de la mañana.

Markham acogió a Vance con una mirada llena de reproches.

—¿Quiere usted explicarme cuál es el motivo...?—preguntó acremente—. Estaba realizando una conferencia de la más alta importancia, y...

—El motivo permanece todavía en el misterio, querido amigo—le interrumpió Vance introduciéndose ágilmente en el vehículo—. En cuanto a la causa de la desagradable presencia de usted frente a mi casa, es un crimen fascinador del que acabo de tener noticia.

Markham le dirigió una aguda mirada y ordenó al conductor que se dirigiera a toda velocidad al Museo Bliss. No le costaba mucho trabajo advertir los síntomas de la agitación que dominaba a Vance. Sabía que la frivolidad aparente de mi amigo era siempre indicio de seria turbación interior.

Llevaban ambos más de quince años de amistad íntima. Vance había tomado parte en muchas de las más laboriosas actuaciones de Markham, a tal punto, que éste tenía ya por costumbre solicitar la ayuda de aquél cada vez que se presentaba un caso complicado. Habría sido muy difícil dar con dos hombres tan diametralmente opuestos en carácter y temperamento. Markham era rígido, agresivo, serio hasta la gravedad, respetuoso de las normas establecidas. Vance, por el contrario, derrochaba escepticismo y bonhomía humorista y enjuiciaba con criterio de aficionado a las artes los más trascendentes problemas sociales y de moral.

Y ocurría que justamente tal disparidad de conceptos unía a Markham y Vance estrechamente en lugar de separarlos.

(Continuad)

mente a unos y otros. Muy enterado también de cosas de egiptología.

—¿Desempeña ahora algún cargo oficial del Gobierno de su país?

—Lo ignoro, pero no me sorprendería que estuviese realizando un poquito de espionaje patriótico... No sabe uno nunca con esta gente...

—¿Y quién más hay en la casa?

—Dos sirvientes norteamericanos. Brush, el ayuda de cámara, y Dingle, la cocinera.

Apareció Currie en aquel momento.

—Oiga usted, Currie—le dijo Vance amablemente—. Ha sido asesinado un eminente caballero de la vecindad, y voy a ir a ver el cadáver. Prepáreme usted un traje gris oscuro y el Bangkok. Corbata oscura también, por supuesto... ¡Ah!

privada. Quizá tuviese enemigos...

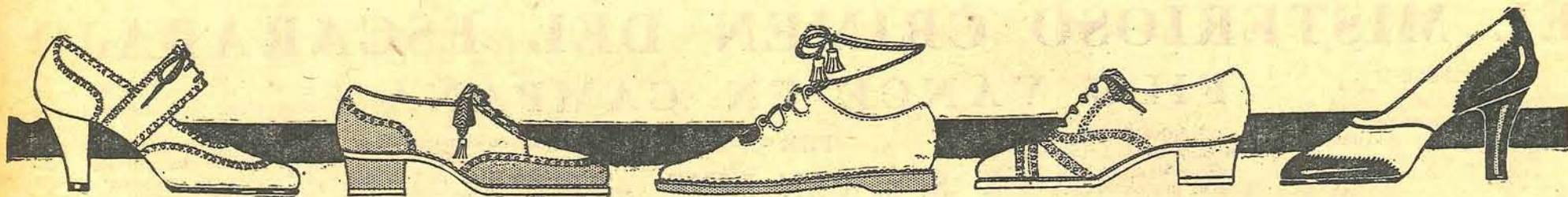
—Aunque así fuese—advirtió Vance—, no parece lógico pensar que un enemigo suyo se introdujera tras él en el museo para consumar allí, en un lugar extraño, su venganza, exponiéndose a que le sorprendiese cualquiera...

Scarlett se incorporó bruscamente.

—¿No querrá usted deducir de ello que alguien de la casa...?

—No, por Dios! ¿Cómo voy a querer deducir nada, amigo mío?

Apareció de nuevo Currie portando el servicio de amontillado. Vance llenó tres copas. Cuando hubimos bebido, se excusó y marchó a vestirse. Durante el cuarto de hora que duró su ausencia, Scarlett paseó nerviosamente por la bibliote-



Zapatos para sport de Bunting, en becerro marrón rojizo con tacos forrados

Zapatos de golf, en antilope blanco y cabritilla marrón con suela de goma, de Delman

Zapatos de tennis, estilo alpar-gata, en antilope blanco, sin costuras, con gruesa suela de goma

Zapatos de Martin, en cabritilla de Rusia tostada

Zapatos en antilope blanco y cabritilla marrón con bordes dentellados

NOVEDADES EN GUANTES Y CARTERAS

LOS guantes con grandes puños mosqueteros son la novedad de la estación próxima y nos sorprendemos a veces al ver un puño pequeño que creemos del tapado o traje, que sale al quitarse el guante, pues éstos se llegan hasta adornar con piel. Se usan haciendo juego con el color del traje. Para la noche se llevan guantes largos en piel de Suecia y antilope en color negro o pastel, según el tono del vestido.

La cabritilla blanca siempre mantiene su importancia para las reuniones de gala, pero las novedades imprimen una nota más juvenil. Se ven también guantes en encaje, mitones y mangas que llegan hasta la mitad de la mano, que terminan generalmente con encaje de crin, entre los hombros y el codo.

Para los colores de los guantes, lo mismo que en los trajes, es de suma importancia estudiar el colorido de la propia piel.

Carteras

Se observan muchas ideas nuevas en las carteras modernas, que ahora desempeñan un papel tan importante para la elegancia del "ensemble".

Las carteras de sport y de mañana se seguirán usando en concordancia con el traje. En la misma tela resulta ya muy monótono. En carteras para vestir, hay hoy gran riqueza de elección: en antilope, marquise y cristal adornando las de terciopelo y carteras en satén, y en terciopelo y piel mezcladas. La cartera de piel es muy chic, especialmente porque no se puede vulgarizar, y este invierno es de no dudar que toda elegante le dará un puesto de honor en su "toilette".

Chez Callot, las carteras de piel acompañan cada tapado, con la piel "assortie", porque se piensa que esta moda existe solamente para aquellas que posean un presupuesto holgado, pues de otro modo resultaría monótono ver siempre la misma cartera para la que sólo pueda tener una o dos. Ya que una cartera de piel es de por sí más visible y vistosa que una sencilla en antilope o cuero común.

La nota más saliente de la moda en las carteras es sin duda el cristal como cierre, monogramas, barras y otros adornos.

Joyas

No se estudia suficientemente la manera de usar las joyas. Para un cuello corto se debe llevar el collar de cuentas de tres hileras graduadas o las piedras de cuarzo macizas, y piedras de fantasía delicadamente talladas, que se enhebran en un cordón de seda negro.

Para los trajes de noche están muy en boga los collares con grandes borlas, que se usan bajando por la espalda o a un costado, y los patrocinan un gran número de casas, que declaran que aun se llevarán por mucho tiempo. Se ven también varios tipos de collares en "chenille" salpicada de strass.

Las pulseras están un tanto olvidadas, pero en cambio los aros vuelven para hacer juego con los collares. Aros que hagan juego con el traje, por ejemplo: Madeleine tiene con un traje blanco y coral, aros de coral para usar con ésta. Y Jenny exhibe con un traje de tarde rosa y negro unos aros en macizos diseños de pesado ónice negro.

La ELEGANCIA FEMENINA



Tapado-redingote de Lanvin, en lana fina con lunares blancos sobre fondo marrón, negro o verde obscuro.—Tapado de Vionnet creado para Mme. Martínez de Hoz, en pana negra sobre un traje en crêpe marocain blanco. Lo completaba un sombrero blanco de Reboux

LA ECONOMIA FACTOR DE ELEGANCIA

Por MADAME JENNY

CUANDO se está obligada a economizar con un presupuesto muy justo, aconsejo elegir dos o tres colores y alrededor de éstos combinar su guardarropa para la estación, teniendo en cuenta siempre, los que estén a la moda. Si se eligen demasiados, se expone uno a encontrarse con un traje verde y un saco rojo o un traje azul con accesorios verdes que no la van en absoluto.

Eligiendo dos o tres colores que pueden combinarse con la ayuda de accesorios que entonen con el conjunto, se evitarán muchas indecisiones y se adquirirá fama de elegante. Esto, no debe significar monotonía en la toilette. Siempre se tienen colores preferidos. Hay elegantes que no usan sino blanco y negro, con variaciones de algún toque de color; este año será rosa, el próximo coral, etcétera; pero la base siempre es la misma. Así, también se economizará en sombreros, porque teniendo el traje de mañana en tweed negro y blanco, un traje tres piezas en crêpe marocain negro con blusas bleu o verde, y el traje de tarde en crêpe georgette negro con rosa, un pequeño sombrero en paja negra servirá para los dos primeros, y un sombrero grande completará el conjunto de tarde.

Con estas dos "ensembles" más en los colores de moda, ya se puede tener la seguridad de estar siempre en "toilette" para todas las ocasiones; pues una verdadera elegante tiene todos los trajes de acuerdo al momento, y es solamente con el discernimiento, más que con el dinero, que se combina el guardarropa chic y de buen gusto, que se debe tener ya, al iniciarse la estación. Porque otro defecto grande, en el que se incurre con frecuencia, es ese "laissez trainer" que retrasa el cambio de indumentaria de una estación a otra, de modo que año tras año el tiempo nos toma de sorpresa; y hay quienes necesitan el acicate de un paseo o de una fiesta en perspectiva para aviarse.

La toilette de una elegante es un estudio tan serio como la preparación de los exámenes, ya que los examinadores serán en número ilimitado y sus juicios severos. Siendo así, se dedicará una semana o dos a los modistos de trajes, sombreros, zapatos, etcétera, sin olvidar guantes, carteras y todos los accesorios, que en estos tiempos tienen tanta importancia, como el traje mismo.

Si se tiene en cuenta esto, se evitarán muchas contrariedades, al par que se adquirirá una justa reputación de elegancia, cuyo sinónimo es: sencillez y armonía.

LOS TAPADOS

NUNCA como ahora, el tapado ha ocupado un lugar tan preferente en la moda.

Aconsejo que antes de pensar en el traje, se elija el tapado de la estación; luego, de acuerdo con éste, se compondrá todo lo demás.

En la primavera, que es tan variable, debemos estar prevenidas para cualquier cambio de tiempo. Aun en los días de pleno verano, hay tardes frescas, y entonces, un tapado en crêpe de Chine, es siempre práctico y agradable.

Las más jóvenes prefieren el sencillo saco liso, que haga juego con el traje "imprimé". Este saco, tiene en vez de cuello una franja que ata detrás, en la espalda. Este estilo de saco es el indicado para la primavera y verano.

LOS MUEBLES RUSTICOS FRANCESES



HACE ya algunos años hubo en Francia un pequeño movimiento a favor del arte rústico regional, iniciado por un núcleo de personas pudientes y de buen gusto. Se trataba de adornar las casas de campo o balnearias, un poco agobiadas por la aparatosidad que impartían los estilos clásicos, de modo que fuesen más simples y más adecuadas para las vacaciones estivales.

Así comenzó la búsqueda de los muebles rústicos, que fueron puestos en boga por artistas eminentes y conocidos anticuarios, y lograron luego apasionar al público. De este modo se hizo revivir el precioso arte rural, clasificándolo según sus épocas y las diferentes regiones que forman el suelo de Francia.

Es precisamente en los interiores de las casas de campo o suburbanas donde la robusta fisonomía de estos muebles adquieren toda su esbeltez, comunicando a éstos esa nota de armonía y reposo que se nace de las cosas bien dispuestas, siempre que se obre con buen gusto y discernimiento.

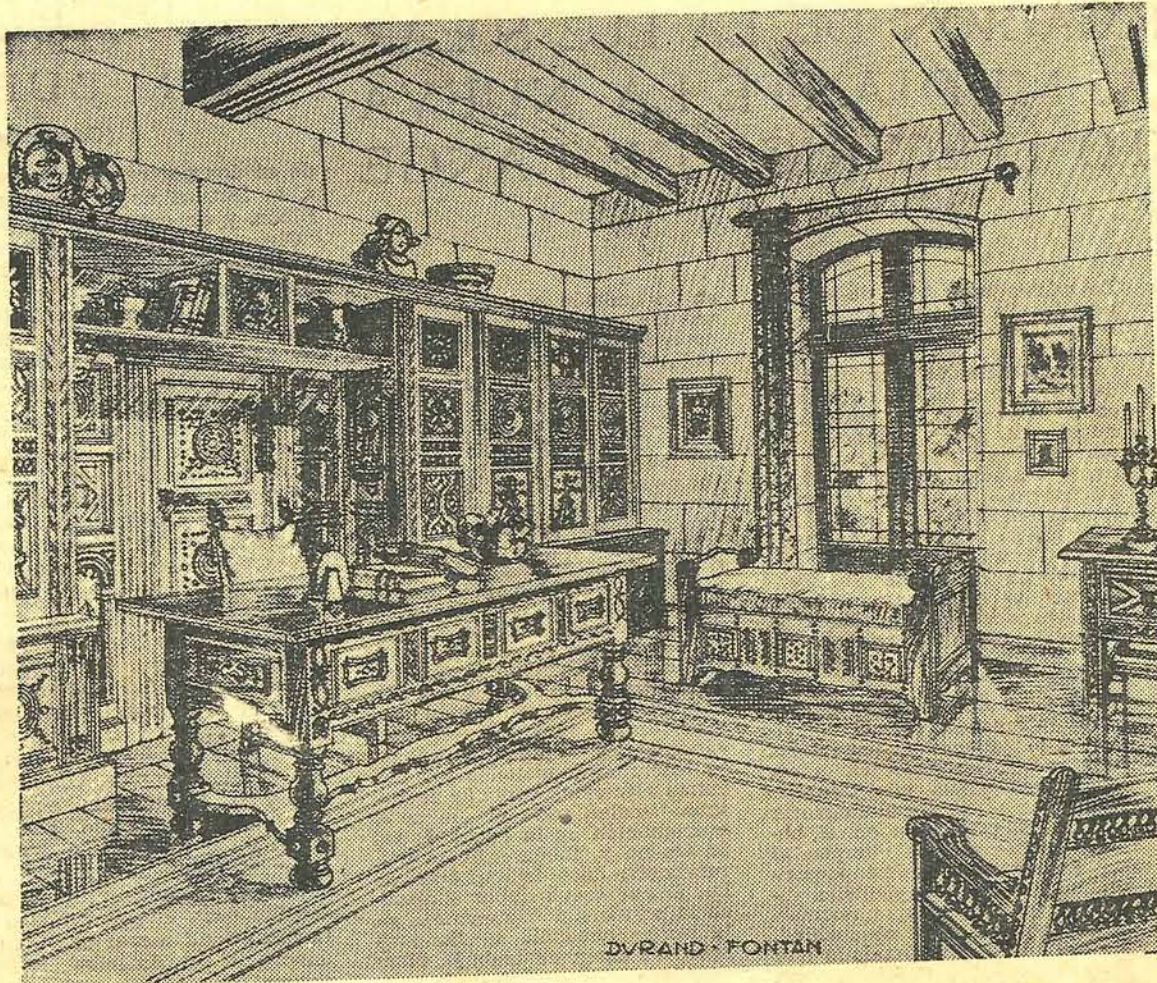
Es común encontrar en estos muebles, provenientes de una misma región, algunos que presentan mayor justeza en las proporciones o mayor riqueza en el decorado, con respecto a otros de factura más rústica y sencillez de formas, pero ello tiene su explicación, pues estos muebles eran concebidos y establecidos según el grado de experiencia de los artesanos locales y en relación a la necesidad o exigencias de las personas de la comarca.

El mueble rústico es netamente tradicionalista. Construidos con recias maderas y hechos para determinado uso, no son de un arte suntuoso, pero son grandemente expresivos y llevan impresa la particularidad de cada región. Varían de una provincia a otra por las interpretaciones que justifican las costumbres, gustos y tendencias, raciales, así como sus condiciones artísticas y sociales.

Si bien pueden constituirse hermosos conjuntos disponiendo de muebles de diversas procedencias, es aconsejable preferir los de una región o bien introducir otros de una región cercana, pues existe divergencia entre unas y otras. Observando, podemos comprobar justamente que toda la gracia y fineza del arte normando tiene su punto diametralmente opuesto en la rudeza y pesadez de los muebles gascones; que el profundo sentimiento religioso y místico que encierran los muebles bretones, se oponen a los ligeros y alegres del arte provenzal; que los muebles regionales de la Saboya no conciben con el arte rústico alsaciano, que conservó siempre las estructuras y caracteres del Renacimiento.

EL ARTE REGIONAL NORMANDO

Los muebles de esta procedencia pueden dividirse prácticamente en dos categorías: los construidos en las ciudades—bellas piezas admirablemente terminadas y de armoniosas líneas—y los hechos en las campañas, de aspecto menos artístico y terminación más deficiente.



DURAND - FONTAN

A pesar que ambos se establecieron mediante copias de los buenos ejemplares de la época procedentes de París o centros importantes, los muebles de las ciudades procedían siempre de algún taller donde el patrón era secundado por uno o dos obreros a la vez, y que se había asegurado el concurso de los mejores ebanistas escultores locales, amén de que los hacían por pedido de personas adineradas quienes por lo general poseían un buen grado de educación artística, en tanto que el mueble rural era ante todo práctico y útil; el artesano local, habituado a toda clase de labor manual, carecía del concepto y la habilidad del obrero ciudadano.

El mueble normando se caracteriza por ser, entre los de las demás regiones francesas, el mejor proporcionado y el más lujosamente tallado, a la vez que responde a los estilos imperantes de cada época. Si bien en el decorado se siguen los dictados impuestos por la moda, la estructura no varía en mucho, y como por tradición los padres transmitían a

RINCON DE UN HALL, RECONSTITUIDO CON PIEZAS DEL ARTE REGIONAL BRETON. LA BIBLIOTECA ESTA COMPUESTA CON PUERTAS PROCEDENTES DE UNA CAMA CERRADA, TÍPICAS DE LA REGION. PREDOMINAN EN EL DECORADO LOS MOTIVOS ARCAICOS

COMEDOR COMPUESTO CON MUEBLES RUSTICOS NORMANDOS. ES DE NOTAR LA ARMONIA DE PROPORCIONES Y RIQUEZA DEL DECORADO, QUE GUARDA SIMILITUD CON LOS BELLOS EJEMPLOS DE LA EPOCA DE LA REGENCIA

hijos y nietos las formas usuales, ellos permanecieron inmutables durante larguísimo años. Precisamente a la unión de estos dos elementos se debe la originalidad y sabor a terruño que imparte este arte popular.

Siendo el roble el árbol dominante en Normandía, la mayor parte de sus muebles fueron construidos con dicha madera o también con roble de grano más fino y menos duro y que se presta mejor para la talla. También se usó el pino para muebles de menor importancia, y asimismo el nogal, aun cuando la utilización de este último fué en poca escala, pues siendo un árbol frutal, se lo cuidaba con esmero y era un renglón de ganancia para su dueño.

Notable importancia tienen los bronceos que adornan estos muebles y raro es aquel que no posea llaves, cerraduras, bisagras, manijas o tiradores que no sean de este metal.

EL ARTE REGIONAL DE BRETAÑA

El mueble rústico bretón tiene una expresión de rudimen-

to, bien distinto a los de las demás regiones, pues éste era construido casi sin excepción por los campesinos y para su exclusivo uso; el mueble rico y lujoso que poseían las familias burguesas de las demás provincias no existía en Bretaña; los gentileshombres de Armórica no eran más ricos que los paisanos de sus tierras y establecieron su mobiliario con los mismos elementos de aquéllos.

Además, el hecho de estar Bretaña rodeada por el mar de un lado y por la región serrana y boscosa por el de tierra, mantuvo la zona fuera de toda influencia extranjera, lo cual unido al carácter sobrio del bretón permitió que se desarrollase un arte autónomo, lleno de romántico sabor.

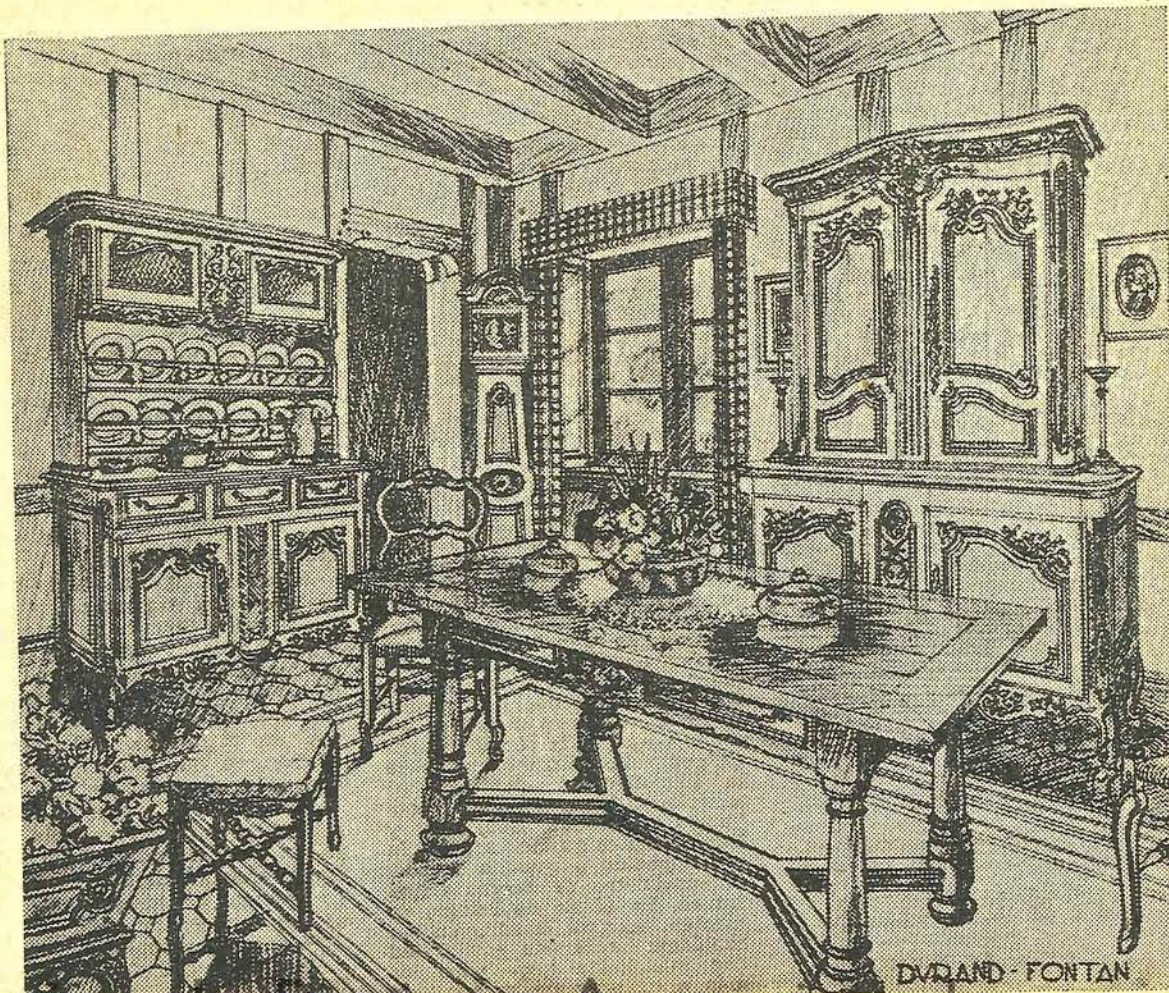
El mueble bretón difiere notablemente según su procedencia, tanto en su estructura como en su ornato. El de la Alta Bretaña, en el que se refleja la influencia del arte normando, región limítrofe, está bien terminado, a pesar de su carácter rústico, y denota cierta armonía de conjunto y buena composición en el tallado, aunque entremezclando estilos de diversas épocas. El de la Baja Bretaña, esencialmente rústico y de factura primitiva, tiene cornisas rectas, patas cuadradas y se halla fuertemente esculpido con dibujos geométricos arcaicos tomados de los antiquísimos monumentos celtas. Los muebles de esta región son, sin duda, los más expresivos del alma bretona, a pesar de su grotesca concepción. Los motivos de los druidas constituían el elemento decorativo fundamental de estos muebles: los círculos, rombos y cuadrados tratados en planos de alto y bajo relieve, así como los ornamentos florales y la fauna terrestre y marítima del lugar constituyeron la predilección de esos artesanos. El uso en grande escala del torneado en las puertas de camas, armarios, aparadores y sillas y el adorno con clavos de bronce o hierro dispuestos en filas simples o dobles o formando dibujo geométrico es también muy característico en este arte.

Distintamente a otras provincias, el artesano del mueble en Bretaña no poseía taller alguno; provisto de unos pocos útiles, se trasladaba de una a otra granja, desde donde se les llamaba y donde se les daba comida y albergue, y ejecutaban los muebles que se les encargaban mediante un arreglo fiduciario.

A esta modalidad se debe el hecho de que el mobiliario celta no obedezca a ninguna escuela ni responda ampliamente a un estilo, sino más bien al carácter y habilidad de quien lo confeccionaba y a las exigencias de sus dueños.

La madera más usada era el roble del país y en menor escala el olmo. También se empleó en buena medida el castaño, debido a su propiedad de ser la más resistente a la acción del tiempo y prestarse mejor para la talla, por ser de veteado más fino.

El hierro era empleado por lo común para los herrajes, y en mejores muebles se usó en menor escala el bronce. Constituían los complementos de estos adornos, bocallaves de simple latón y cerraduras y bisagras de idéntica materia.



DURAND - FONTAN

LA TRANSFORMACION DE LA LUZ SOLAR EN ENERGIA, MEDIANTE LA NUEVA CELULA FOTO ELECTRICA DE LANGE



PARA nuestro mundo que se está industrializando a paso gigantesco, la obtención de calor y fuerza en los siglos venideros constituye un problema de previsión trascendental. La ciencia aplicada a la técnica, hasta ahora no ha descubierto posibilidad alguna a fin de estudiar todas las fuentes de energía aprovechables en el porvenir y se quiere lograr fuerza aun recurriendo a la diferencia térmica entre el agua de la superficie y el de la profundidad de los mares del trópico. Claude y Boucherot se prometen de tal diferencia de 24° C, una presión de vapor de apenas 3/100 de atmósfera, que bastaría, sin embargo, para que una turbina de construcción adecuada rindiese fuerza industrial económica.

Otro proyecto que ha llamado la atención es el de Barjot, quien estima como aprovechable, en cambio, la diferencia entre el intenso frío polar y el agua marina cubierta por los témpanos árticos. Aquí cabe recordar que la física no conoce la antítesis del frío y del calor, dentro del concepto corriente. Hay calor o carencia del mismo; y esa carencia es falta completa sólo cuando la temperatura de un cuerpo ha descendido a cero absoluto, es decir, a 273 "grados bajo cero". En las máquinas que por combustión producen energía se aprovechan las diferencias de calor gracias a un intermediario; no importa que éste sea el vapor de agua, el mercurio o el de bután, pero el principio es siempre el mismo. Producir calor o fuerza con las diferencias de una temperatura más baja que la del punto de congelación del agua nada tiene de particular; aunque el proceso no sea igual responde, no obstante, al mismo principio que se sigue al calentar con fuego de leña una caldera, accionar con el vapor resultante una máquina dinamoeléctrica y servirse de la corriente obtenida para el calentamiento de un horno eléctrico, donde se desarrolle un calor de 4000°. Comparada con esta última temperatura, la del horno es harto exigua. Pero ello demuestra que el empleo de temperaturas altas o bajas sólo tiene importancia relativa, siempre que por concentración den la suma de calor final o necesaria. De ahí que el procedimiento de Barjot responda también a ese principio, y el hecho de que busque el "calor" de las aguas árticas nada tiene de ilógico. Teniendo presente siempre que el frío no existe físicamente y que el océano ha acumulado energía solar bajo la forma de calor, tratase de hallar el agente o intermediario que haga factible el proyecto. Claro está que la turbina productora de fuerza no será alimentada con vapor de agua sino de bután, cuyo punto de ebullición está a 10° bajo cero. Hay que conservar ese hidrógeno carburado en estado líquido a una temperatura de 22° bajo cero asimismo, y mezclado con el agua a 0° C se evapora inmediatamente.

Se desprende así que el agua ártica, protegida por la capa de hielo contra el frío intenso del polo, sirve perfectamente como "combustible". El Dr. Barjot calcula que de esta manera podrá construir una enorme fábrica eléctrica a un costo de 70 pesos por cada kilovatio de rendimiento nominal. Ello representaría la décima parte de la inversión relativa que exige una caída de agua alpina, si se quiere traducir su fuerza en energía eléctrica.

Ahora bien; no es nuestro propósito explayarnos acerca de los detalles del plausible e interesantísimo proyecto de Barjot, fundado en sólida teoría científica, salvo por cuanto que está llamado a cobrar relieve en una época en que el mundo comienza a temer el agotamiento del carbón y del petróleo para un futuro quizá no lejano.

Lo mismo cabe decir de los planes de Claude y Boucherot. El mar, eterno acumulador térmico solar, tal vez ofrezca la salvación dentro de algunas décadas, pero por ahora los complicados sistemas de aprovechamiento del calor marino a que quiere recurrir el ingenio humano destacan la necesidad cada vez más imperiosa de utilizar la energía directa del sol. Ello no se logró todavía, pero he aquí que el Dr. B. Lange, de Berlín, ha hecho un descubrimiento que es un jalón más en el escarpado camino hacia la conquista de la electricidad solar, es decir, su aprovechamiento.

Por poco que el lector se hubiese interesado por la televisión y los elementos necesarios para realizarla, conocerá la célula fotoeléctrica, que también se emplea en la cinematografía sonora. Ella se basa en el hecho de que ciertos cuerpos al ser expuestos a la luz, presentan una resistencia eléctrica diferente a aquella que normalmente poseen en la oscuridad. En ocasión de ser instalada una línea telegráfica submarina en 1873, el ingeniero Willoughby Smith empleó el selenio como resistencia en cierto aparato de medición, y comprobó, sorprendido, que las medidas variaban de acuerdo con la mayor o menor exposición del dispositivo a la luz. Años después, el físico Hallwachs demostró que una placa metálica polarizada negativamente perdía su carga bajo la acción de los rayos ultravioleta y adquiría en seguida otra positiva. Hoy día sabemos que la electricidad negativa se desprende de la materia en forma de electrones y que ese fenómeno lo provoca asimismo la luz. En teoría, toda célula fotoeléctrica debiera ser un medio de traducir la radiación luminosa del sol en corriente eléctrica. Los procedimientos conocidos para aprovechar la electricidad consisten en extraerla de la materia, ya sea por fricción como en el clásico experimento del ámbar, ya por la vía química en la pila de Bunsen, ya por el proceso mecánico de mover metales en un campo electromagnético, como ocurre en la máquina de dinamo. La única fuente de energía que hasta ahora se nos ha negado en la práctica es la luz, pues si bien la célula fotoeléctrica constituye un medio, el efecto útil de la reacción de los metales bajo los rayos luminosos es mínimo. La fuerza que se obtiene equivale a un leve impulso y no es éste un rendimiento que pueda traducirse en trabajo. Para darnos cuenta de la escasa energía que desarrolla la célula, recordemos su funcionamiento. Ella está formada por dos electrodos metálicos situados dentro de una ampolla de vidrio, donde se ha hecho el vacío o que contiene ciertos gases que faciliten la descarga eléctrica. El electrodo que reacciona bajo la luz cubre, por metalización, el globo interior de la ampolla; es una capa conectada con el polo negativo de una fuente de tensión eléctrica.

El segundo electrodo tiene la forma de filamento y se conecta con el polo positivo de dicha fuente. Al herir la luz el metaloide que forma al primer electrodo, se desprenden los electrones y se produce la corriente. Por cada unidad de luz que el metal absorbe emite un electrón, pero según la ley fotoeléctrica de Einstein, el efecto útil de ese electrón disminuye en relación al trabajo que debe realizar al desprenderse. En las células conocidas en la actualidad, la energía que se pierde

en la emisión o descarga electrónica es muy grande y, en consecuencia, el rendimiento útil muy reducido.

La casualidad ha sido un factor que a menudo facilitó los grandes descubrimientos científicos. Eso, desde luego, cuando los investigadores supieron analizar y valorar correctamente los fenómenos que se presentaban en la experimentación. Pues bien, el Dr. Lange dió con una célula fotoeléctrica de efecto útil considerablemente mayor que el obtenible en las conocidas al presente. Ocupado, no hace mucho, en el estudio de la fuerza térmica y la capacidad conductora unipolar de los minerales, observó de pronto una considerable perturbación galvanométrica a pesar de hallarse interrumpidos todos los circuitos eléctricos con que trabajaba. Dedicó todo el día a la averiguación de la causa de tal fenómeno y, finalmente, el galvanómetro dejó de registrar. El Dr. Lange creyó haber eliminado la perturbación y entró ya la noche encendió la lámpara sobre su mesa de trabajo. Nuevamente la oscilación de la aguja galvanométrica abarcó toda la escala y el investigador comprobó que la luz era la causa del fenómeno, es decir, que los cuerpos que le servían para sus experimentos acerca del efecto térmico daban otro, el fotoeléctrico.

¿En qué consiste, pues, la nueva célula de Lange? Empecemos por señalar que sus electrodos están formados por dos láminas de cobre entre las cuales hay una capa sutilísima de cobre oxidado. Es especialmente sensible a la banda ultrarroja del espectro, distinguiéndose en eso de las células cuyo electrodo emisor es el potasio, que a su vez reacciona en mayor grado bajo la radiación ultravioleta.

Pero lo notable, lo que a justo título llama la atención, es que esa célula viene a ser realmente un transformador de luz solar en energía eléctrica. La delgadísima capa de cobre oxidado reduce en mucho la resistencia interna y ello da por resultado un aprovechamiento de energía tan grande que, comparado con el de las células de potasio, la proporción es de 1 a 11. Agréguese a ese rendimiento superior la ventaja de que se prescinde de la ampolla de vidrio al vacío y del electrodo de filamento; no hay más que láminas de cobre y la capa oxidada entre ellas. Por ahora se calcula que cubriendo una extensión de un metro cuadrado con tales láminas, ellas darán hasta un vatio de corriente, obtenida por transformación de la luz en energía eléctrica. El paso próximo es la elevación de ese vatio a 110 ó 220, lo que se espera sea factible con el empleo de capas intermedias adecuadas.

A los procedimientos para obtener electricidad con los medios químicos y magnéticos vendrá a sumarse, pues, el más directo y económico, que hallará en el sol una fuente dinámica inagotable. Lo que hoy sólo es posible mediante el costoso consumo de carbón y petróleo, el empleo de caídas de agua, la potencia del viento y la temperatura a cero grados del agua polar en relación al frío ártico, mañana quizá se realice prescindiendo de los subproductos, por así decir, de la luz y del calor solares, en sí idénticos después de todo. Es como si la humanidad se aprontase a plantar bombas en el seno mismo del astro rey, toda vez que los últimos decenios nos han probado de sobra con cuán grande rapidez adelanta la técnica movida por el impulso incansable de la investigación científica. Al mencionar los complicados proyectos de Claude, Boucherot y Barjot hemos querido señalar la preocupación a que da motivo el suministro de fuerza en el futuro. La célula de Lange, en cambio, encauza la solución del problema hacia una posibilidad con que hasta hace poco los más optimistas no se atrevían a contar.

LA "CHRISTIAN SCIENCE" EN BUENOS AIRES

(Continuación de la pág. 11)

de en dos partes: una dedicada a la lectura de pasajes de la Biblia y de extractos del libro "Ciencia y Salud", y otra consagrada a escuchar el testimonio de los conversos.

Empero, la parte verdaderamente interesante del asunto es la metafísica que informa esta creencia. Una revelación de esta clase transporta el ánimo con un entusiasmo que bien se transparenta en los "practitioners" o médicos en Ciencia Cristiana. La importancia de esta nueva profesión lo evidencia la existencia de un enorme rascacielos neoyorquino que alberga a 117 de estos médicos de nuevo cuño.

Esta escuela filosófica, antes bien que religión propiamente dicha, forma hoy una organización poderosísima, como toda empresa cimentada por mentalidad norteamericana; cuenta con diarios propios, con librerías y con formidables departamentos de publicidad, que, de acuerdo al comentario reciente de Herbert Thurston S. J., sacerdote irlandés, muy pronto acallan toda crítica adversa a la integridad moral de la fundadora o la doctrina en sí misma.

Ultimamente han aparecido tres gruesos volúmenes sobre la personalidad extraordinaria de la nueva profetisa. Si ella encuentra entusiastas y convencidos panegiristas, también abundan los críticos adversos, demoleedores de una obra que tildan de materialista por los métodos puestos en práctica.

En el último número del "Studies" (marzo de 1930), segunda revista editada en Dublin por Padres de la Compañía de Jesús, han sido ampliamente analizados. Ello prueba el interés que ya despiertan en el mundo religioso estas manifestaciones espirituales, mezcla de budismo, teosofía, magnetismo personal, mentalismo e idealismo a lo Berkley con aditamentos evangélicos.

Es para la Ciencia Cristiana el cuerpo del hombre, la cabal manifestación de su mentalidad. Dedúcese de ello que cuando la mente está ahita de la omnipresencia y de la omnipotencia de Dios, todos los males corpóreos desaparecen como por ensalmo. A toda mejora mental correspondería una correlativa mejora corporal. Además, le asiste a esta comunidad el convencimiento de que han de cumplirse las profecías de Isaías y de San Juan: "Llegará la época en la cual la humanidad estará tan espiritualmente que el dolor, el mal y la muerte habrán perdido ya su aguijón."

El "cristiano científico", si se me permite el neologismo, aduce, debe vivir en todo momento en una atmósfera de dicha y salud, para poder recibir siempre las impresiones de lo bueno y de lo verdadero.

Esta doctrina participa de algunas de las ideas de Platón, sobre todo aquellas que definen al amor como el deseo de anhelar siempre el bien para uno y, asimismo, cual el nombre de nuestro deseo y la persecución de lo íntegro.

A menudo la fuerza de una idea está en exagerarla, y así el Christian Science se entrega a un idealismo a toda prueba: afirma rotundamente, entre otras cosas bastante dudosas, la inexistencia del reino del mal en el mundo. Esta apreciación, en que participan evidentemente pocos mortales, sobre todo si son rusos, se debe a uno de los principios más caros a esta filosofía: debe evitarse escrupulosamente cuanto se oponga al progreso de la virtud en nosotros.

Pese a los errores en que incurren estas elucubraciones del libre examen, afirman la idea central de las Sagradas Escri-

turas: la superioridad del espíritu sobre las fuerzas físicas y como tales interesan a la psicología del fenómeno religioso.

El texto de esta fe ha dado lugar a las más onestas apreciaciones. Para algunos, substituye a la misma Biblia con ventaja; para otros, y son los más, representa una síntesis de cuanto hay de falso en la ciencia, en la filosofía y aun en el Cristianismo, rudamente desnaturalizado.

La Ciencia Cristiana vive muy al margen de las iglesias disidentes, donde no es vista con simpatía o aprecio comprensivo.

Sea de ello lo que fuere, lo que importa en todo esto es que, en verdad, las audaces afirmaciones de la Christian Science constituyeron un desafío al ocuparse de la relación existente entre la voluntad y su poder para sobreponerse a ciertas formas del debilitamiento corpóreo, así como, en términos generales, a hacerse un examen de conciencia respecto a su fe en la eficacia de la oración para curar las enfermedades.

Cristo ejerció continuamente la profesión de médico. Su saber en este punto sobrepasa toda nuestra comprensión, pues no sólo tuvo la llave de una nueva vida, sino también de las puertas de la muerte. A tal cosa sólo se atrevieron aquellos que, por amarle desmesuradamente, participaron de su poder.

Los secretos de Dios sólo los alcanzan quien paga por ellos con el constante sacrificio de su voluntad. La práctica de la santidad da poderes extraordinarios de orden curativo; el hecho puede observarse al estudiar la vida de los varones que la Iglesia ha canonizado. La mayoría de los milagros se refieren a curaciones, ora se trate de San Antonio de Padua, ora de Santa Teresita de Lisieux, de angélica memoria. No ha menester remontarnos, para probarlo, a los tiempos apostólicos.

El nuevo instituto metafísico, motivo de este estudio, es sencillísimo por dentro y por fuera. Ornamentación alguna distrae de una encendida vida interior, como cabe al que afirma sólo lo que proyecta su espíritu, sin apercibirse de la realidad circundante.

Salí a la calle: brilla el sol a través de la umbrasa arboleda de la plaza San Martín; la urbe grisácea se atisba desde el pequeño parque—próxima víctima propiciatoria de la demagogia edilicia—, como un sitio bello, elegante y amable. Volvemos gustosos a nuestra mentalidad latina: clara, terminante, ordenada.

Y por contraste a la concepción voluntariosa, un tanto peregrina y acaso desconcertante para esta ciudad, que adora el azar, el más falaz de los dioses falaces, póngome a pensar que la vida debe constituir para nosotros una obra de arte. Somos, cada uno de nosotros, sus arquitectos conscientes, y hemos de mejorarla con la paciencia de la hormiga y el espíritu artístico de la abeja. Ni maldecirla ni alabarla con exceso: ella nos fué dada como un don, cual un bloque de mármol al escultor para darle fisonomía a través del vivir. Cada uno será compensado en la medida de lo acabado o lo bello de la obra.

Una voz hermosa, un temperamento de poeta, un talento de escritor, una disposición para la mecánica, una pasión por lo infinito, por la caridad o por el conocimiento, cualquier vocación que contenga elementos de idealidad sincera y pura, significa una redención para nosotros mismos y un medio de escalar el reino de Dios.

JULIO
HELLER

(Para LA NACION)
BERLIN, octubre de 1930.

TIPOS Y SIMBOLOS LA MUJER YUGOESLAVA

POR EL CONDE
LUIS DE
VOINOVICH

(Para LA NACION)

III

un ejército entusiasta — el príncipe reinante de Serbia, Alejandro Karageorgevitch, el abuelo del rey actual, se habían asociado a él — cuando decía, el Ban Yellatchitch pasó el río Drave — que antes de esta guerra separaba a Croacia de Hungría, la Europa entera comprendió que se trataba del primer acto de duelo histórico entre eslavos y alemanes, pues los magyares, impulsados por su estúpido e intolerante fana-

Es sabido que Yellatchitch obtuvo una brillante victoria sobre los ejércitos del dictador húngaro. Deshizo al ejército húngaro cerca de Viena, liberó la capital austríaca y provocó la intervención armada de la Rusia de Nicolás I, que, descendiendo de los Cárpatos, aplastó la insurrección húngara. Pero la corte de Viena escandalizó una vez más al mundo con su ingratitud. Mereció de Yellatchitch los anatemas que le lanzó, en 1683, el heroico rey de Polonia, Juan Sobieski, cuando, después de haber liberado a Viena de los turcos, el emperador Leopoldo relegó a segunda fila a su huésped en el Tedéum celebrado en la Catedral de San Esteban.

Esta corte ingrata emprendió una campaña de intrigas contra el Ban de Croacia. Su encantadora mujer, Sofía, se quejaba amargamente de ello a un caballero francés, M. de Gramont, quien la consoló escribiendo en su álbum estas palabras: "No hay día más completamente perdido que aquel en que uno no ha reído". La crónica no cuenta nada más, pero el delirio de la nación por Yellatchitch siguió reinando en todas las clases de la sociedad croata. Referiré un ejemplo entre mil.

Durante las jiras oficiales que el Ban hacía en el país (el Ban era un verdadero virrey como los virreyes de la India Inglesa), jóvenes armadas montaban la guardia delante de las casas en que Yellatchitch se hospedaba. Hacían retirarse a todas las personas sospechosas y esas personas eran numerosas, rodeando al Ban una nube de espías.

Detalle picante: una dueña, la Sra. de Bubanovitch, vigilaba desde un coche cerrado a ese extraño cuerpo de guardia que relevaba sus centinelas, a paso de parada, cada dos horas. Desde su pesada carroza la digna matrona protegía la virginal inocencia de aquellas jóvenes.

La mujer croata ha merecido, pues, bien de la patria en el siglo pasado. Ha desempeñado un papel de cierta importancia en la política del país. Esa es, por otra parte, la ocupación preferida por la mujer. Recordaré a este propósito una feliz ocurrencia de Talleyrand, hablando con Thiers, que citó Gambetta y se recuerda en una obra reciente. Thiers le decía a Talleyrand: "Pero, príncipe, siempre me habláis de mujeres; me agrada mucho más hablar de política!" "Pero las mujeres — replicaba Talleyrand —, eso es toda la política!"

¿Cuántos tipos del eterno femenino en el vasto país que se extiende del Danubio al Adriático! El tipo de la mujer bosniaca, triunfalmente emancipada después de la larga noche otomana, que marcha a paso acelerado hacia la conquista de la Belleza moderna, en esa Bosnia en que se encuentran perfiles de una pureza sorprendente, mujeres rubias de ojos de azur, a punto de que uno se creería transportado a Escandinavia; el tipo dálmeta, mez-

cla prestigiosa de las sangres que alternativamente han dominado en las orillas del Adriático, donde se encuentra aún la gracia ilírica mezclada con la gracia bizantina y latina sobre el ancho y rico fondo eslavo; la eslovena, de tipo acuñado en una medalla antigua, lánguida, sentimental, pero al mismo tiempo trabajadora y práctica; la ragusana; pero aquí tendría que remontar la historia milenaria de la pequeña y gloriosa república yugoeslava del Adriático, a su carrera prestigiosa, a su patriado casi romano y de ideas eslavas, duro, disciplinado, ávido de saber, humanista hasta los tuétanos, comerciante, religioso y a veces disoluto, pero reaccionando siempre bajo el grave peso de las responsabilidades, educado por innumerables generaciones de madres en las virtudes austeras que recuerdan los famosos versos de Dante sobre la mujer florentina, antes de la corrupción, que también fustigó el divino poeta. Y mencionemos aún a las mujeres sabias de Ragusa, que fué llamada con mucha razón la Atenas eslavá, la más célebre de las cuales, Flora Zuzzeri, al fin del siglo XIV poseía un salón de poetas y de artistas — una especie de hotel de Rambouillet — y fué amiga del Tasso.

Y, por último, hemos llegado al presente. ¡Ah, el presente! ¡Ha sido atravesado y partido en dos por una de las más grandes crisis que recuerda el mundo! Tuvimos la guerra atroz, y más particularmente atroz para Serbia, que estuvo casi seis años bajo las armas, a datar de la gloriosa guerra emprendida para expulsar definitivamente al turco de la península de los Balcanes.

En los días apocalípticos de la gran guerra, la mujer serbia reemplazó con todas sus fuerzas, con toda su alma, al combatiente por el altar y el hogar. Lo reemplazó íntegramente en la usina, en el campo, en la casa, a la vez que un fuerte contingente femenino cuidaba a los heridos en los hospitales y en las ambulancias. Pero la mujer serbia fué aún algo más que eso. Fieles a las tradiciones consignadas en los cantos anónimos que he analizado anteriormente, tuvo la originalidad de improvisarse soldado, de ser heroína de un tipo especial, de haber defendido con las armas en la mano a sus hijos y su propia vida. Fué torturada, fué suspendida de los árboles con la cabeza para abajo, fué torturada para que dijera los sitios de reunión de las bandas insurgentes de franco tiradores que en toda la extensión del territorio nacional se alzaban a retaguardia de los ejércitos enemigos. Y no habló. Provocó la admiración de los oficiales enemigos, de los oficiales austríacos sobre todo, que decían abiertamente: "En cada mujer serbia se oculta un insurgente."

Después vinieron todos los horrores de la invasión, la retirada gloriosa a Albania, el refugio en Francia, la acogida maternal que esta vieja y gloriosa patria francesa, de la que una mujer de talento ha dicho: "Paris (dijo Paris, pero debió decir toda Francia) es el único sitio del mundo en que se puede vivir, porque en él es donde mejor se puede prescindir de la felicidad." Por último, la tempestad espantosa se alejó y la matanza cesó como una terrible inundación que se retira. Pero había acumulado tales ruinas como no las había visto nunca el mundo desde la invasión de los bárbaros en Italia. Surgió la paz — esa diosa de pasos inseguros —, y las mujeres yugoeslavas se pusieron de nuevo valientemente a la obra, cada cual según sus aptitudes. Cada sector femenino de nuestro país ha tenido su tarea más o menos ingrata. Parece, entre tanto, que la mujer croata se inclina hacia la actividad intelectual y que cultiva con éxito singular la música y las artes

(Continúa en la pág. 33)

A Croacia, que no tuvo que soportar la invasión asiática, se vinculó con el mundo caballeresco y feudal, común a la cristiandad occidental. Posee una sociedad policiada. Tiene salones. En ellos se habla con harta frecuencia en alemán y algunas veces en latín; pero día vendrá en que las mujeres croatas se confundirán con las serbias a causa de los inmortales lazos del lenguaje y del amor al suelo natal. Entretanto, las mujeres de la nobleza, y en gran parte de la burguesía, educadas en los principios — por decir así — del siglo galante de costumbres fáciles, velan sus intimidades amorosas con un tul romántico pre-wertheriano.

Francia ha comenzado su marcha triunfal a través de Europa. La mujer es su mejor vanguardia y su herald.

A poca distancia de Zagreb, la Hungría ubérrima, país de lujo y aventuras, en el que la vida es tan fácil que dió origen al célebre adagio:

*Ex Hungarum non est vita
Et si est vita, non est ita;*

la Hungría, decía, marca el compás y las mujeres croatas lo siguen en sus bellos palacios de Zagreb y en sus soberbios castillos.

Pero el gran movimiento que derribó la monarquía de Carlos X, quien se refugió no lejos de Zagreb, en la buena y linda ciudad eslovena de Goritz, el advenimiento de los Orleans y de la burguesía de Luis-Felipe, echa por tierra todas las ideas adquiridas. Más que la gran Revolución, más que Napoleón con su plan genial de la Iliria, la revolución de julio, hace avanzar al primer plano el culto abandonado de la lengua. Un temible adversario del latín surge de las entrañas de la Nación y Kosovo y Zagreb coinciden en el amor del mismo ritmo ancestral.

Estamos en el ocaso del reino de la legitimidad, en 1828. Ya se celebran reuniones patrióticas — ¡suprema ironía! — en la ciudad estiriana y germánica de Graz, a la que Jerónimo Bonaparte, el rey desposeído de Westfalia, dedicó un verso-calembour precioso:

La ville des Grâces sur les rives de l'Amour

("La Mur" se llama el río que atraviesa esta bonita ciudad).

Una parte de la nobleza croata se agita. Un gran señor, el conde Juan Drascovitch, declara: "Mientras que la mujer no se enrola bajo la bandera de la Nación, la Croacia no tendrá ni literatura, ni hogar, ni industria, ni bolsa". Las mujeres se enrolaron bajo la bandera, al elocuente llamado del Conde, redactado — ¡oh, ironía! — en alemán y que determinó el incendio. Ese escrito llevaba este título: "Una palabra a las generosas hijas de Iliria". Tal llamado llevó a su colmo el entusiasmo del bello — ¡realmente bello! — sexo de Croacia. Un grupo entusiasta de mujeres croatas o ilirias o yugoeslavas, tres palabras que significaban la misma cosa, se reunió en una canción patriótica:

"¡La Croacia vive aún!"

cantada por la joven condesa Sidonia Erdövy en el baile de la Sociedad de Tiro, en 1830.

El jefe y el alma del movimiento ilírico, es decir, de la vuelta del país a sus viejas tradiciones eslavas, era Ludovico Gaj, miembro de la "gentry" croata, a quien su madre había inculcado desde la infancia ideas democráticas y la necesidad de regenerar su pueblo por intermedio de la lengua nacional.

Todo se volvió croata y nacional y todos llevaron, como en París bajo la Revolución, la cucarda tricolor. Las condesas

Erdöy Keglevitch, Sermage y otras muchas, enarbolaron la cucarda ilírica — tricolor como la francesa — y cantaron en croata trozos de óperas italianas y alemanas. Las damas usaron pequeños relojes con la inscripción "La hora sonará también para nosotros". Cuando el reloj marcaba las doce, un mecanismo oculto tocaba la "Marsellesa". Se jugaba mucho en las casas de Zagreb, sobre todo al juego, considerado aristocrático, de los "tarots". En las barajas estaban pintados dos reyes de Croacia y el príncipe Lázaro de Serbia, el glorioso vencido de Kosovo. Gaj dirigió una célebre revista: "La Estrella de la Mañana de Iliria" (Ilirska Danica).

Las mujeres fueron invitadas a colaborar en ella. El conde Draskowitch las convidó, agregando: "Estoy seguro de que más de un tierno poema se oculta en su tabernáculo silencioso". Y las mujeres colaboraron activamente, y lo que es característico en sumo grado — prueba evidente de lo antiguo de la idea unitaria serbio-croata — dos ilustres mujeres serbias, Ljubiza Obrenovitch, la

mujer de Milosch, príncipe reinante de Serbia, y su prima Ana, le mandan a Gaj sus contribuciones literarias. En las recepciones del conde Draskowitch se recitaban composiciones ilíricas. Un joven poeta, Iván Trnski, declaraba sus traducciones de las baladas de Schiller, muy populares en esa época, a causa de su romanticismo y su liberalismo republicano.

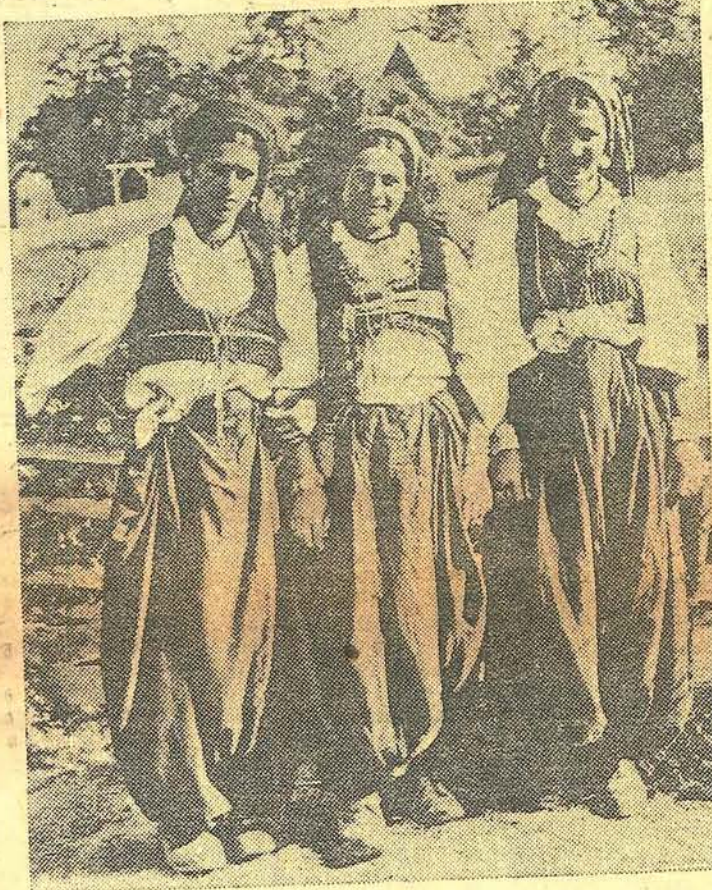
La alta burguesía adhirió con entusiasmo, y hasta se puso con Gaj a la cabeza de esa revolución pacífica. Los nombres de la señora Vanzasch, que fué apodada "la madrecita de los ilíricos", que protegió todos los talentos, alentó y consoló a los poetas y a los músicos que trabajaban por la causa del ilirismo; de Jagoda, de Francisco Berlitz y de tantos otros que son célebres en la historia del "Risorgimento" yugoeslavo.

El movimiento se volvía peligroso para la política de Metternich y para la Santa Alianza. Ya comenzaba a apuntar el peligro del paneslavismo, ese espantajo de los torpes y alarmistas funcionarios de Viena y de Budapest. (El ilustre monseñor Strossmayer decía de la política austríaca que era "estúpida y mala"). Hubo que reemplazar el nombre incriminado por el de croata, que es el regional. Pero el movimiento no se detuvo. La actitud altanera y tiránica del nuevo dictador húngaro, Luis Kossuth, precipitó los acontecimientos. Los croatas y los tonterías de Kossuth, que declaraba "no haber podido encontrar en el mapa el reino de Croacia, con una declaración de guerra, en la que se quiso ver una maniobra de la corte de Viena. Nada de eso. La corte de Viena era sólo una carátula necesaria. En realidad, el movimiento era profundamente nacional, y cuando el Ban Yellatchitch, a la cabeza de

Busovada. Mujeres yugoeslavas vestidas con el traje típico de la región

tismo nacionalista, preparaban desde hacía tiempo su alianza de 1914 con los amos de Berlín. La declaración formal de la guerra fué precedida por una escena histórica que hace palidecer la declaración de la guerra de Italia a Austria, en 1915. El Ban había dicho: "Dadnos recursos para mantener el ejército". Ahora bien, en la sesión de la Dieta croata del 14 de junio de 1848, las damas que asistían a la sesión desde las tribunas de la Cámara, se despojaron de sus alhajas, de sus anillos, de todas las cosas preciosas que llevaban puestas y arrojaron a los pies del Ban esta contribución inesperada.

Esta fué para los hombres la señal de que se quitaran las pesadas hebillas de oro — los magnates y los diputados vestían de gran gala — y en un momento la sala de sesiones quedó cubierta por espesa capa de oro, de plata y de piedras preciosas. Yellatchitch se echó a llorar y les tiró besos a las mujeres, exclamando: "¡Sois nuestros ángeles! ¡Sois la salud de la patria!". Evidentemente esta contribución de las damas y de los caballeros croatas no tenía más que el valor de un símbolo y de una proclama. Pero este ejemplo provocó actos más substanciales y Yellatchitch pudo atender a las necesidades de su ejército sin tener que recurrir a un empréstito exterior.



Busovada. Mujeres yugoeslavas vestidas con el traje típico de la región

EL CONCIERTO INTERRUMPIDO

(Continuación de la página 3)

ni el diablo... Yo soy... ¡Ah! He titubeado mucho tiempo en reclamar mi castigo, en librar mi secreto, en convencerme de mi secreto... Confesarme a un juez, a un doctor, a un sacerdote... ¿Para qué?... Ninguno de ellos puede hacer algo por mí, o contra mí... No. Es ante la faz del mundo que quiero confesarme. Tan solo una confesión pública puede salvarme antes de...

Antes de... ¿Soy verdaderamente un asesino? No, ¿no es cierto? Yo no soy un asesino, pues ningún juez me enviaría al cadalso o la prisión. No soy un asesino. No soy un asesino, pues ningún sacerdote podría rehusarme la absolución, ni ningún doctor deponer en contra mía.

Decidme: ¿habrá quien ose afirmar que Dios es asesino? Decidme vosotros todos, los que desparramados en el mundo me escucháis a esta hora... ¿Recordáis cuando de niños en el circo esperabais, durante las pruebas de volteo, a que la ecuyère se cayera del caballo, a que el volatinero fuera a dar en el aserrín de la pista, cayendo de lo alto del trapecio y horadando la red? ¿Y de la "menagerie", cuando esperabais que la serpiente, arrollada al cuello de la domadora, la estrangulase?

¿Recordáis también al camarada que baila mal, pierde el equilibrio y resbala en el piso encerado arrastrando a su compañera?... ¿Sabéis por qué ha caído esta pareja?... Habéis contribuido a su caída adelantando a imaginarla, por simple diversión... Y reís.

Así es, os lo aseguro, como obra Dios. Así y no de otro modo. No decide nada, no desea nada, no promulga decretos ejecutorios. Sueña. Sueña los mundos, los seres, las almas. Todo se refleja en él. Hay un hormigueo infinito de reflejos alrededor de la Suprema Inteligencia. Dios sueña la vida. Dios sueña la muerte. Dios sueña el mal. Y la vida y la muerte y el mal se realizan. Basta que Dios imagine las cosas para que ellas sean. No es menester que obre. Ni el gesto ni la voluntad le son necesarios. Lo que él se representa ocurre, se opera, se encarna o desaparece.

Para el hombre, también para el hombre, ¿vale tanto imaginar como desear, como obrar? Y yo, que siempre me he imaginado todo de antemano... ¿he deseado todo? ¿Soy un asesino?

Mi padre... Tenía yo trece años cuando murió... cuando yo lo maté... Lo contemplaba acostado en su lecho. Me sonreía... ¡Oh, sus encías pálidas, sus ojeras negruzcas, su tez grisácea con vetas de un rosa enfermo en las mejillas, su frente...! Pensaba en nuestras excursiones a la montaña, en los días de verano; lo reveía sudoroso, abotagado y alegre, mordiendo una rodaja de salchichón o bebiendo agua del manantial... El doctor decía a mi madre: "Resistirá"... Pero un día volví de mañana del liceo y entré a su cuarto en puntas de pie. No me sonrió. Dormitaba... Entonces cometí mi crimen... Me imaginé sus ojos dormidos, cerrados para siempre. No había visto jamás un cadáver... Lo adiviné todo, lo vi de antemano todo. Adiviné el color sebáceo de su piel luego de muerto, la nariz afilada, la barbilla más aguda, los ojos mal recubiertos por los párpados... Adiviné la mortaja, la venda que cierra la boca de los muertos... Lancé un grito ante la terrible visión. Mi padre se despertó y me sonrió... Murió esa noche... Y lo vi a la mañana siguiente tal como yo lo había visto... tal como lo había deseado...

Mi madre... Mi madre, no,

yo no la he matado... Pero tampoco la he protegido de la muerte... Tenía veinte años, estaba lejos de ella... Cuando el telegrafista llamó a la puerta, acababa yo de adormecerme al lado de una mujer de quien ignoraba hasta el nombre. Ella dormía, ya saciada. Sobre el velador había dos vasos pegajosos de vino dulce junto a los tres últimos pastelillos sobre una bandeja de cartón... Yo no maté a mi madre... Pero tal vez no lo hice más que por olvido...

Mi hermano, yo lo maté... El día en que una carta suya—era en mayo de 1917—me informó de que había ingresado en las trincheras de Craonne, allí donde yo mismo pasé el invierno de 1914-15, lo condené a muerte... No hay un recoveco de este sector, en la primera, en la segunda, en la tercera línea, donde no lo haya matado; lo he imaginado tendido bajo la fuente de Oulches, bajo la fuente de Vassogne; contra el terraplén del camino real; en Beaurienne, sobre la ruta de Maizy, en el bosque de Blanc-Sablon, en el parque de Craonelle, delante de Heurtbise, en todas partes... En todas partes lo he matado tres veces, con un obús, con una bala, con gases asfixiantes... Empleé diez días en ultimarlos, encarnizándome con él sin tregua. El décimo día recibí la carta de condolencias que me escribió su capitán. Lloré.

...Coincidencias, simples y puras coincidencias, imaginación de enfermo... Lo he pensado como vosotros y me he constreñido a nunca más soñar, sin duda porque no he amado a mi hermano, a mi padre, como amaba a mi hija...

Acababa de cumplir ella siete años... Era un jueves... Volví de paseo... "Toma tu sopa". "No tengo hambre"... No era caprichosa... Tenía 38 grados de fiebre... 38 grados para un niño no es gran cosa... Su madre la acostó... Yo salí en busca del médico, para pedirle que viniera a verla, no esa misma noche, sino el día siguiente a primera hora... "¿Es más prudente, no le parece? Con los niños nunca se sabe"... Había tenido sarampión a los veintidós meses. Pero ni tos convulsa, ni varicela, ni nada más... Yo me decía: "No tose, no se queja de la garganta... no puede ser difteria, ni escarlatina"... No es nada... Probablemente una indigestión sin importancia..." Casi reía. Trataba de reír... Sentía bullir sordamente en mí el deseo de matar... Y bruscamente fui arrastrado por una ráfaga como un globo... Fué su estertor lo que primero escuché... después vi sus manos convulsas, su nuca dolorida... Sus gritos... Ya estaba muerta... Consolé a su madre... El ataúd, el pequeño ataúd, tan pequeño, con su nombre sobre la placa... La sobrepelliz del sacerdote... Los sepulcros... La vuelta del cementerio... La primera comida frente a frente, nosotros dos solos... Una semana después... Un año después... Al fin, al fin la indiferencia, el olvido...

A cada uno de estos pensamientos, a cada uno de estos desgarramientos experimentaba el horror de consentirlos, de adaptarme a ellos, de llamarlos... Luchaba en vano contra este odioso frenesí de imaginar... Lleno de insondable despecho, de odio contra mí mismo, asistía a mi crimen, me reconocía ansioso de la muerte de mi hija, la veía llegar... ¡Ah! Todas las callejas miserables que me han contemplado pasar, criminal desnaturalizado, disputando la carne de mi carne a las fuerzas oscuras y todopoderosas de mi imaginación...

He sido vencido... Pero des-



COMO ME INICIE EN EL CINEMATOGRAFO

POR BILLIE DOVE

OS caminos que me permitieron llegar a la pantalla fueron mis actividades como actriz aficionada de teatro, mis ejercicios de cultura física y mis exhibiciones como bailarina.

Nací en la ciudad de Nueva York, donde crecí y me educué. En una de las escuelas en donde estuve se enseñaba la cultura física con verdadero fervor religioso, y llegué a destacarme en los ejercicios gimnásticos, por la sencilla razón de que los practicaba con gusto. Luego me fué fácil aprender a bailar.

Con el tiempo, alguien descubrió que yo era "fotogénica". Eso significa, en el lenguaje cinematográfico, que una persona posee rasgos faciales que se proyectan bien en la pantalla. No todos tienen esta cualidad, y a veces una cara muy hermosa no se proyecta satisfactoriamente. Parece que es ésta una cualidad que no tiene explicación posible; una persona es fotogénica o no lo es. En cuanto a mí, tuve la suerte de serlo.

Mientras seguía mis estudios secundarios tomaba parte en representaciones teatrales de aficionados.

Empecé luego a trabajar para el cine, pero transcurrieron cuatro años y medio antes de que lograra destacarme como actriz de la pantalla. Mi primer papel lo desempeñé con Constance Talmadge en "Polly of the Follies". A Luis Weber le debo gran parte de los éxitos que obtuve, los cuales facilitaron mi acceso a la categoría de "estrella". En dos de sus "films", que se titulaban "Los buscadores de

sensaciones" y "La cláusula matrimonial", se me ofrecieron las oportunidades más grandes de mi carrera. Al cabo de algún tiempo, tuve la suerte de poder desempeñar el papel de protagonista femenino, con Douglas Fairbanks, en "El pirata negro". Después, "La vuelta del lobo solitario" me ofreció una nueva ocasión para destacarme, y por último, conseguí un contrato con la First National Pictures. Al principio desempeñé papeles sin importancia para esa empresa y finalmente me vi elevada a la categoría de primera actriz, o "estrella".

La película inicial en la cual trabajé, de acuerdo con las condiciones de mi nuevo contrato, fué "Un asunto de los Follies"; luego intervine en la filmación de "La hora de la ternura", y finalmente, me encargaron el papel principal en "La novia robada". Después he trabajado en las películas tituladas "Belleza americana" y "El emporio del amor"; esta última es una producción de George Fitzmaurice, con un argumento muy interesante, y se desarrolla en Nueva Orleans. Recientemente, he desempeñado papeles de heroína en "La guardia nocturna", "Lirio amarillo", "Adoración" y en las películas parlantes tituladas "Carreras" y "Su vida privada".

¿Qué podré aconsejar a las jóvenes que, en número de varios miles, tratan de seguir la carrera de actriz de cine? ¿Debo prevenirles que desistan de su propósito?

Mi mujer está cerca de mí: la he tendido sobre el diván, entre las rosas que acaba de comprar... Ya hace dos horas que no existe... "Ha sonado mi hora"... No la confesé nunca que fui yo el asesino de nuestra niña...

Al menos, todos los que hayáis comprendido mi confesión sabréis que me he hecho justicia...

(Un tiro. Dos segundos de si-

En cierto modo, no me atrevo a hacerlo, porque no quiero desalentar a nadie y, sin embargo, cuando recuerdo todos los incidentes de mi breve carrera y pienso en los innumerables disgustos que he sufrido, en las tareas dificultosas que he tenido que desempeñar y en los complicados problemas que se me han planteado, creo que tendré razón al aconsejar a las jóvenes que no intenten hacer frente a tantas vicisitudes. No puedo negar que he sido tratada con muchas consideraciones por los productores, directores y artistas. En este sentido, no tengo queja alguna que formular. Lo único que puedo asegurar es que el trabajo es impropio y que la competencia es muy viva. Es preciso recurrir a toda su fortaleza y a todo su valor durante los largos meses, o probablemente, los años, que transcurren antes de alcanzar cierto éxito. Y, a pesar de todo, hay muchos que fracasan.

No creo que deba mis triunfos a un talento maravilloso o a cualquiera cualidad especial mía, sino solamente a un trabajo paciente e incesante y al hecho de que descubrieron en mí a una persona fotogénica.

Las compensaciones son grandes; no puedo quejarme de ellas, y me siento satisfecha. Pero también hubiera podido fracasar y verme obligada a seguir otras actividades en la vida, llena de desilusiones y sin ánimo para continuar luchando. Gran parte del éxito que suele alcanzarse se debe a los designios del destino, según creo.

De todos modos, me siento en extremo agradecida a todos los que me han ayudado a destacarme en mi carrera de actriz de cine.

lencio. Molinetes, silbatos y chiflidos.)

La voz del Speaker

—Y ahora, la señorita Helene Smith, de la Opera Cómica, va a cantar "Phidilé", letra de Leconte de Lisle, música de Duparc...

(Preludio con acompañamiento de piano.)

LA SRta. HELENE SMITH CANTA

EN LA PERSIA DE HOY

TIPOS Y SIMBOLOS
LA MUJER YUGOESLAVA

(Continuación de la pág. 31)
de adorno. En cambio, la mujer eslovena, y singularmente la mujer serbia, son sobre todo mujeres de hogar, sin que descuiden por eso el culto de la belleza y los atractivos de la moda parisienne, que en ninguna parte es mejor representada que en Belgrado.

Las asociaciones femeninas se han multiplicado en Yugoslavia desde 1919. Ellas demuestran un alto sentimiento de altruismo que honra mucho a la mujer yugoeslava. Por otra parte, se han consagrado a la religión de la belleza, bajo la forma más eficaz de la asociación, para propagar en Europa el conocimiento de un mundo aparte, porque nunca se repetirá bastante esta verdad: que aquello que Leonardo da Vinci llamaba

La belleza del mundo resulta de la diversidad y no de la uniformidad de lo bello.

Catorce asociaciones filantrópicas femeninas existen en Belgrado. La más conocida es el Círculo de las Hermanas Serbias, fundado en 1903. Se ocupó primero en socorrer a los serbios de las regiones anexas por Austria-Hungría. Durante las guerras balcánicas todas las Hermanas fueron enfermeras. Varias de ellas, sin exceptuar a la presidenta del Círculo, atendieron a los enfermos con una abnegación admirable. Durante una gran epidemia de fiebre tifoidea muchas perecieron víctimas de esa abnegación.

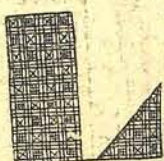
Durante la ocupación de Serbia gran número de miembros de esa asociación se refugiaron en Francia, y allí, sostenidas por los aliados franceses, continuaron su obra de caridad en favor de los refugiados y de los prisioneros serbios. Al regresar a la patria, en 1919, la asociación fundó la Casa de Inválidos, en la que durante dos años 4000 inválidos fueron hospitalizados.

La Asociación Femenina Serbia, fundada en 1875, se ocupó en crear escuelas para los huérfanos y sobre todo para las hijas de los combatientes. Más de 20.000 alumnos han sido instruidos, hasta el día de hoy, en la Asociación Femenina.

Durante la guerra las damas croatas de Zagreb fundaron un Comité, que se ha ocupado especialmente en proteger a los niños de las regiones invadidas y devastadas por la invasión. Después de agrupar a esos niños, el comité los confiaba a familias residentes en regiones que no habían sufrido los estragos de la guerra. Así fueron protegidos del hambre y del frío, durante tres años, 22.000 niños desvalidos. Todas estas organizaciones, así como otras muchas, han formado la Unión Nacional de Mujeres del Reino de Yugoslavia.

Pero en la capital de Croacia, en Zagreb, se ha fundado también una asociación ya célebre en Europa, la Asociación para Difundir el Arte Popular, que va de éxito en éxito. Sorprendió al público internacional con la Exposición de Artes decorativas de 1925. Recogió nuevos laureles en Praga, en La Haya y en Copenhague. El arte popular yugoeslavo — sobre todo los maravillosos bordados — se asocia a las manifestaciones más exquisitas de la poesía nacional yugoeslava.

La jira está concluida. Hemos dado la vuelta completa alrededor de la mujer yugoeslava. Con todos estos aspectos se constituye una poderosa síntesis. Es la propia raza, en lo que tiene a la vez de imperioso, de tierno, de imprevisto, de tenaz, de afectuoso y de dominante lo que se refleja a través de todas las edades y de todas las manifestaciones, en el elemento femenino, sin el cual una gran parte del mundo eslavo seguiría siendo para siempre un libro cerrado, una lengua exótica.



A nueva gran carretera de Persia atraviesa el corazón mismo de la cordillera de Zagros. En una extensión de 240 kilómetros, cabeza provisional del ferrocarril que algún día, según se espera, unirá a Teherán con el golfo Pérsico, hasta Khorramabad, cuartel del ejército en el Sur, está defendida, como el paso de Khyber. A intervalos de uno o dos kilómetros se levantan torres de observación construidas de adobe, cubiertas con una mezcla de cal y paja picada. Estos fuertes, de unos 7 metros de altura y 3 de diámetro, están situados sobre las rocas más altas que se encuentran a mano. Poseen troneras para los rifles de los defensores y parapetos, y su única entrada consiste en una puerta de metro y medio de altura, situada a alguna distancia del suelo, y a la cual se llega por medio de una escalera que se retira durante la noche.

Estos fortines están a la vista unos de otros y en algunos sitios no les separa más que una distancia de unos 200 metros; cada uno posee una guarnición de media docena de soldados. Sin embargo, la seguridad en esta carretera no es todavía completa, pues tres días antes de mi llegada habían sido robadas 5000 ovejas a la vista de Dizful, y dos horas después que hube pasado, un camión perteneciente a uno de los representantes diplomáticos en Teherán fué atacado por cuarenta indígenas, que se llevaron lo que quisieron y destruyeron lo demás. Debido a la naturaleza del terreno, los guardias camineros no se dieron cuenta de la aproximación de los foragidos y cuando la advirtieron, su inferioridad numérica les impidió intervenir.

CINCO AÑOS DE LUCHA

La carretera constituye una verdadera proeza en materia de ingeniería, por la cual el Gobierno es merecedor de felicitaciones, pues se extiende a través de una región considerada hasta ahora intransitable, a no ser por mulas. Se debe a la construcción de aquella a la iniciativa del Departamento de Obras Públicas, que empleó exclusivamente ingenieros persas y mano de obra local. Puede formarse una idea de la magnitud de la obra si se tiene presente que fueron necesarios siete batallones para la protección de las cuadrillas.

Durante cinco años esas tropas mantuvieron a las tribus revoltosas alejadas de la carretera, puesto que los lurs y los bakhtiaris consideran al Zuzistán como tierra propia. Los lurs, foragidos innatos, no fueron nunca vencidos por los medas o los persas, ni tampoco por Alejandro ni por Antíoco, aunque sufrieron una derrota a manos de los afganes en 1722. Mucho antes de haber incendiado Tamerlán a Khorramabad y a Burujird, en 1386, como castigo por los tributos impuestos a los peregrinos que se dirigían a la Meca, estas tribus ya habían agregado a sus ocupaciones pastoriles legítimas la del asesinato, que les resultaba más provechoso. De antigua raza elamita, fueron originalmente adoradores del fuego, y todavía hoy, cuando uno de ellos muere, se enciende una hoguera sobre su tumba; si se trata de un jefe, la tumba es adornada posteriormente con la imagen de un león, labrado toscamente en piedra. Aun en estos días, cuando un hombre penetra en el interior de una tienda nómada con una antorcha en la mano, todos los presentes se ponen de pie en homenaje al fuego.

LOS BELICOSOS LURS

Sin embargo, esta gente, no-

minalmente, ha aceptado el credo musulmán durante los últimos 800 años; todavía juran por el Corán, pero suelen tomar por ese libro cualquier otro de encuadernación roja. Su juramento, no obstante, no es siempre respetado, pues conozco el caso de que dos invitados dieron muerte a su anfitrión, luego de haber aceptado su hospitalidad y jurado eterna amistad en su propia casa.

Los khans suelen dedicarse a una matanza al por mayor cuando se trata de determinar la sucesión en una familia. En una ocasión, un jefe padre de ocho hijos fué ultimado por el mayor, después de lo cual cada hermano dió muerte a su mayor, hasta que los dos menores resolvieron repartirse lo que quedaba de la herencia.

Entre esta gente — hosca, resistente, valiente, pero carente de la mayoría de las virtudes primitivas, puesto que no son ni generosos ni fieles — el sistema feudal ha imperado durante varios miles de años. Pero el Gobierno actual ha decidido reemplazar con el nacionalismo a esa política de tribu siempre en conflicto, que también siempre logró proporcionar a cualquier agitador de la Capital el apoyo de numerosos elementos nómadas. En la persecución de esta política se busca el intercambio de tribus. Cuando yo recorría el camino de las montañas, un contingente de 10.000 lurs, acostumbrado a la vida nómada entre sus pastores veraniegos a una altura de 1500 a 3000 metros y el desierto salado, en donde en el invierno cultivan pequeñas extensiones de tierras con cereales, había sido llevado a los alrededores de Ahwaz, Isfahan y Kashvin, y allí se procuraba establecerlo, muy contra su voluntad.

LA CIUDAD DE LOS CIEGOS

Cuando una tribu se somete, el sheikh, por lo general, es llevado a Teherán en calidad de rehén, junto con los hijos de las principales familias, que son enviados a un colegio de la Capital y que más adelante descubren que son persas en vez de lurs. El método no es nuevo. Hace ya setenta años, Nadir-Shah trasladó por la fuerza a numerosos bakhtiaris hasta Khorasan, pero regresaron a sus tierras, abriéndose paso con las armas en la mano y saqueando e incendiando las aldeas que encontraban en el camino. Hoy día el desarme progresa rápidamente y muchos de los khanes más inteligentes apoyan el proyecto del Gobierno, destinado a establecer a las tribus en tierras agrícolas, aumentando así la extensión de los sembrados y facilitando la educación de los campesinos en los pueblos más próximos.

La nueva carretera comienza en Dizful, que muy bien podría llamarse la Ciudad de los Ciegos, porque debido a la carencia absoluta de obras de salubridad, la mayoría de los habi-

tantes sufre de enfermedades a los ojos. Las estrechas callejuelas, entre paredes altísimas, no son otra cosa que cloacas abiertas, y hasta que llega el toque de silencio, cuando toda la población se retira, resuenan con los golpes de los bastones de los ciegos.

Hace cincuenta años había 50 fábricas de indigo en Dizful, pero la industria ha desaparecido con la introducción de las materias colorantes a base de anilina. En esta ciudad existe ahora mucha pobreza. Veinte o más familias viven en cada una de las grandes casas sin ventanas, edificadas alrededor de un patio central, en el que crecen árboles de naranjas y granadas. El término medio del costo de la vida es de unos tres pesos por semana, y la comida corriente consiste en cebollas, pan cortado tan fino que parece papel, queso de cabra y leche cuajada, llamada "dough". Un proverbio persa dice: "Cada vaso de 'dough' contiene otro año de vida".

Día por medio habrá probablemente un "pilaff" de carne y arroz.

LOS MOLINOS DE AGUA

La ciudad de Dizful se encuentra apilada sobre las orillas del río Karun y da la impresión de que cada casa sale del techo de su vecino. En el cauce del río hay hileras de molinos de harina, cada uno provisto de su correspondiente rueda, accionada por la corriente. Los molineros trabajan día y noche, en dos turnos, y duermen y comen al lado de sus piedras de moler; en esas pequeñas prisiones de barro, rodeadas por la torrentera, llegan a ganar el equivalente de unos treinta pesos por mes.

En los bazares hay operarios expertos, que trabajan sobre planchas de níquel importadas de Alemania; este año, sin embargo, tienen un mercado limitado para sus productos, pues la compra de alfombras confeccionadas por los lurs rebeldes ha sido prohibida, y fueron estos indígenas los que hicieron de Dizful un activo centro comercial, al recibir metales trabajados, artículos de almacén y paños, a cambio de sus ganados y alfombras.

Dizful es una ciudad sumamente fanática. La mayoría de sus habitantes no sabe leer ni escribir. Su seguridad es muy reciente, pues está situada en tierras hasta hace poco objeto de incursiones regulares de parte de los persas y de los habitantes del Irak. Sus mujeres conservan algunos rasgos de belleza helénica, heredada, sin duda, de los ejércitos de Alejandro. Se observan todavía indicios de sangre elamita, y el tipo del nativo es muy diferente al persa corriente, como lo es también el vestido de las mujeres.

AUTOMOVILES EN EL CAMINO

Partí de Dizful siguiendo el



La única entrada de la aldea de Yazdi Khas, cerca de Shiraz, construida sobre roca viva. En tiempos en que se desconocían las armas de fuego, esta localidad era inexpugnable

nuevo camino. Dejé atrás la vía férrea, con su enorme puente de acero, de un kilómetro de largo, que cruza el río Karun en Ahwaz, y del cual los persas están muy orgullosos, y con mucha razón. Sobre otro puente, de arcos de todas las formas y dimensiones — los británicos colocaron el arco central durante la guerra —, pasé en automóvil rumbo al Norte, con un "chauffeur" árabe y un asistente llamado Ali, que me había prestado el príncipe Rakhshani, gobernador interino de la provincia.

Ali ostentaba un hermoso bigote negro, de unos veinte centímetros, y una levita color kaki, así es que nadie sabía si era un general o un simple sirviente. Por lo tanto, nadie nos molestó, aun cuando corría el rumor de que los precios exorbitantes que cobraban los "chauffeurs", poco dispuestos a atravesar las pendientes y los ríos que hay en los 900 kilómetros de camino entre Ahwaz y Teherán, se debían tanto a la costumbre militar de requisar todos los coches que pasaban, como al temor a los lurs, que al ser corridos por las tropas, despejan el camino como si hubiera pasado una manga de langosta.

En los 240 kilómetros de camino protegido entre Dizful y Khorramabad, sólo encontramos tres automóviles. Iban atestados de pasajeros, apesadumados en los guardabarridos y en el radiador, y llevaban tantos equipajes colgados de los costados, que se asemejaban a mueblerías. El más espectacular de estos racimos humanos en movimiento consistía en catorce individuos, encerrados en un coche de cuatro asientos, que marchaba a una velocidad considerable, a pesar de todo, porque se había difundido la noticia de que dos camiones habían sido saqueados por la tribu de Mirjawand durante la semana anterior.

LAS CARAVANAS DE MULAS

En las montañas no se encuentran aldeas. Entre los grandes peñascos surgen valles de un verde brillante. Bajo robles enanos crecen amapolas en profusión. Las tiendas de los nómadas se levantan allí donde hay agua; son sumamente sucias, porque los animales pequeños conviven con sus dueños. Los campamentos están rodeados de rebaños de ovejas y cabras. También se ven caballos de muy buena clase, que denotan poseer mucha sangre árabe, y que en la primavera son cubiertos con mantas de algodón tejidas a mano. Algunas de las mujeres de las tribus son de elevada estatura y sólo llevan un vestido suelto, abierto en el pecho, de color rojo o violeta por lo común, y un rollo de tejido negro en la cabeza.

A intervalos de quince a veinticinco kilómetros se encuentran grandes "caravanserai", o casas de hospedaje, con torres de observación en cada esquina. Las caravanas de mulas pasan allí la noche. Las distancias son contadas por "farsakhs", pero, desgraciadamente, esta medida varía según la naturaleza del terreno. Se supone que el "farsakh" es la distancia que recorre en una hora una mula cargada, es decir, de 6 1/2 a 7 kilómetros, aproximadamente, en las llanuras, o de 3 a 4 kilómetros en las montañas, pero si el guía es un optimista, el "farsakh" puede tener la longitud que se le ocurre. En una ocasión, llegamos a uno tan largo, que el conductor, exasperado, dijo: "Pudo haberse tragado a otros siete".

ROSITA FORBES

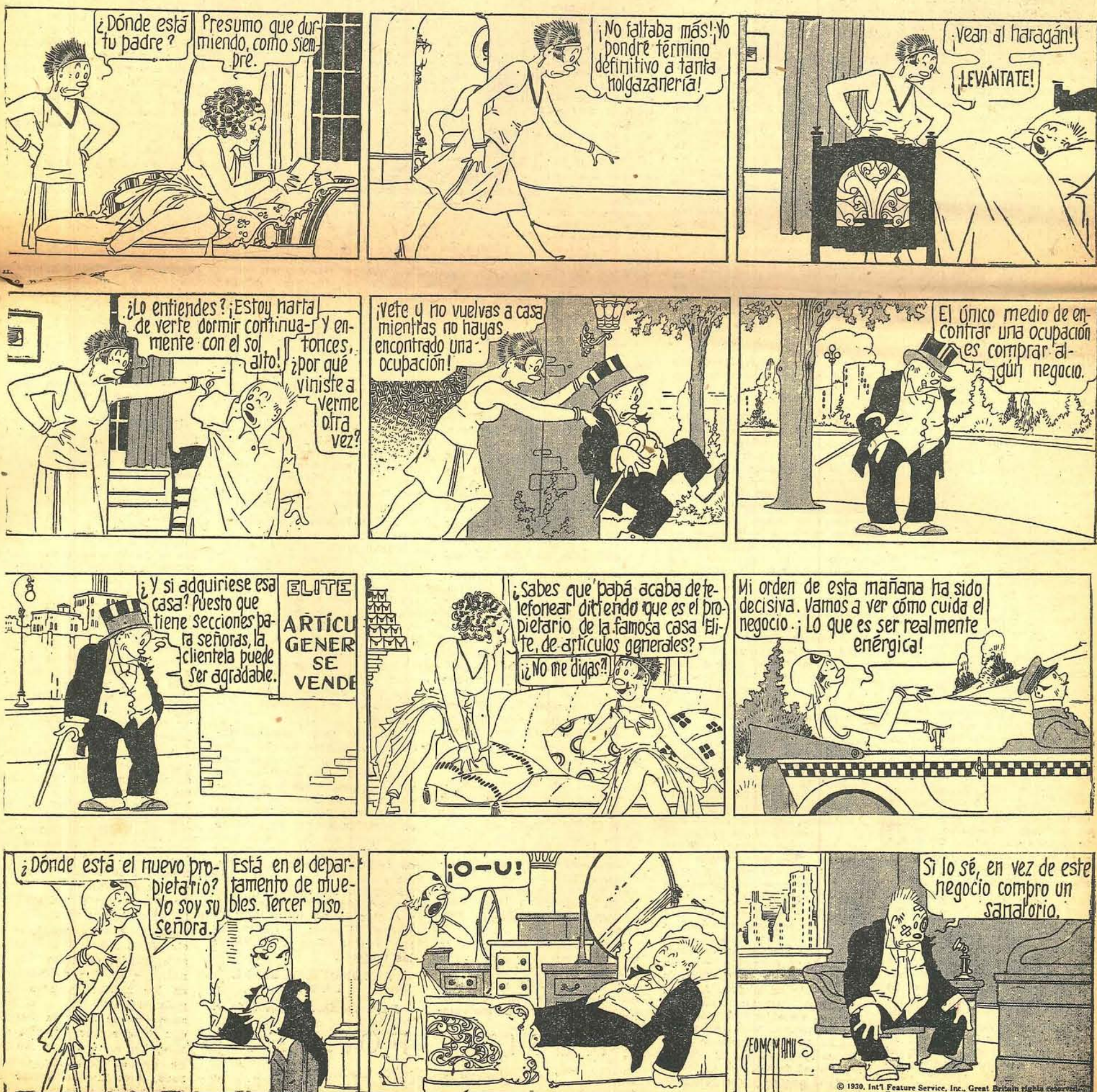
(De los servicios especiales de LA NACION)

LONDRES, octubre de 1930



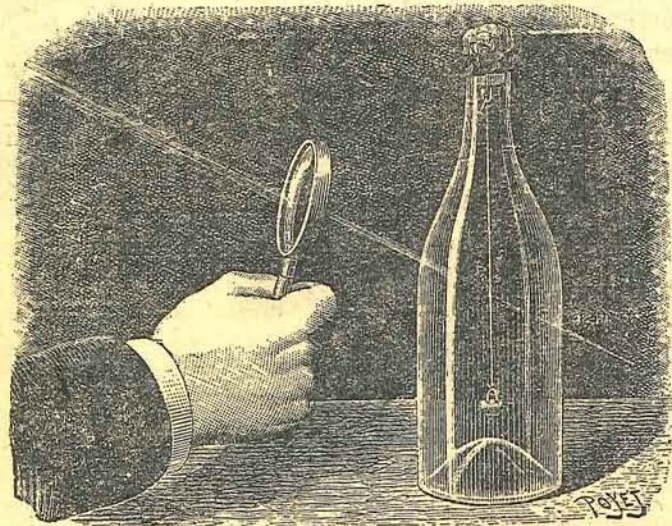
UN ERROR EVIDENTE

Dibujos de GEO McMANUS



Cómo cortar un hilo dentro de una botella

Pinche en una de las extremidades de un corcho, un alfiler torcido en forma de gancho, del cual colgará un hilo cualquiera, al que habréis atado anteriormente un botón o un peso pequeño. Tape luego una botella vacía con ese corcho preparado, de manera que el hilo quede dentro de ella, sin llegar a tocar el fondo. Para mayor seguridad,



haga lacrar el corcho en la botella y anuncie que sin abrirla Vd. cortará el hilo.

Por más que esto parezca imposible, es sumamente fácil hacerlo. Bastan sólo unos pocos minutos, que pedireis estar solo, en una pieza contigua.

Este experimento no se puede hacer de noche ni con día de lluvia, pues su ayudante es el sol, ni más ni menos. ¿Cómo puede el sol ayudarnos a hacer esta prueba? Es lo que vamos a explicar en dos palabras.

Coloque la botella cerrada donde le dé bastante sol y gracias a un vidrio de aumento, este astro se encargará de quemar el hilo dentro de la botella, no tardando en cortarlo en dos.

Para que la prueba dé buen resultado, elija una botella de vidrio bien transparente.

EL ZORRO Y EL COCODRILLO

HABIA una vez un astuto zorro que abrió una escuela para todos los pequeños animales de la selva. ¡Es de imaginar el barullo que reinaba en ella, cuando todos los discípulos repetían las lecciones en coro!

Las ramas de los árboles estaban cubiertas de aves que la decían cantando; sobre la tierra, las panteras, los leopardos y los tigres la repetían al unísono en voz más grave, mientras los elefantitos se divertían en incomodar a sus vecinos con sus trompas, y los monitos, a los que era inútil pretender obligar a permanecer tranquilos, saltaban de un árbol al otro tirando nueces y mangos.

Un enorme cocodrilo que pasaba por ahí se acercó al oír ese concierto de voces diferentes, y se dijo:

—¿De manera que todos los animales de la selva se están instruyendo? Pues yo mandaré también los míos a esta escuela.

Al día siguiente, él mismo se presentó llevando a siete pequeños cocodrilos.

—Perfectamente—dijo el astuto zorro—. Yo me encargo de educarlos e instruirlos. Lo único que pido es que se les deje ocho días sin venir a visitarlos.

No bien se hubo alejado el cocodrilo, el astuto zorro se comió a uno de sus hijitos, repitiendo esta operación durante seis días consecutivos.

El sexto día, el cocodrilo dijo a su compañera:

—Me muero de ganas de ver a nuestros hijitos. Prepara desde ahora el banquete que les ofreceremos mañana cuando regresen a casa; mientras tanto, voy a ver si el señor don Zorro me permite verlos.

El pobre padre preguntó con toda ingenuidad al profesor, si sus discípulos se habían portado bien y si aprendían lo que se les enseñaba.

Entonces el viejo zorro gritó:

a ver a Papito, vengan prontito bien educaditos Cocodrilitos

—Están lejos y no pueden oírme —explicó el astuto zorro—. Voy a buscarlos. Entró entonces a la cueva donde te-

nía guardado al último cocodrilo que faltaba por devorar, y levantándolo en el aire lo mostró desde lejos a su padre. Luego, haciendo ademán de que se agachaba en busca de otro, levantó el mismo repetidas veces, de manera que el cocodrilo se alejó convencido de que había visto a todos sus hijos.

Al día siguiente el zorro devoró al último cocodrilito y luego abandonando su escuela desapareció. Se produjo gran alboroto entre los escolares, que decretaron una gran fiesta.

Bailaron durante todo el día y por fin de retiraron cada uno por su lado. Cuando al atardecer vino el cocodrilo en busca de sus hijos, se encontró con que éstos habían desaparecido, lo mismo que sus condiscípulos y el profesor. Durante largo rato los buscó, pero tuvo por fin que convencerse de la realidad, y, adivinando lo que había pasado, exclamó furioso:

—¿Que llegue a encontrar alguna vez a ese pícaro zorro y verá lo que le pasa!

Al verlo volver solo, la madre de los cocodrilos se puso a llorar amargamente y durante muchos días ambos vigilaron la costa del río con la esperanza de vengarse, devorando al astuto zorro.

Efectivamente, un día el antiguo maestro de escuela, se acercó a la orilla avanzando con precaución. Sabía que corría un serio peligro, pero sentía mucha sed y bastante hambre y precisamente sobre la arena se calentaban al sol unos pequeños cangrejos que le parecían de lo más apetitosos. No pudiendo resistir la tentación, llegó al borde del agua, donde fué inmediatamente agarrado por el cocodrilo que lo acechaba y que clavó sus afilados dientes en una de sus patas.

Cada uno comenzó entonces a tirar para su lado, hasta que se acercaron a unos arbustos cuyas raíces estaban debajo del agua. Entonces se le ocurrió al zorro una idea; agitando una de las ramas exclamó:

El señor cocodrilo se cree muy ladino mordiendo mi pata y no se percató que sólo consigue sacudir una rama.

Creyendo realmente que se



había equivocado, el cocodrilo soltó la pata del zorro, mordiendo con todas sus fuerzas la rama que éste agitaba.

El astuto animal saltó entonces fuera del agua y se alejó lo más rápidamente posible, riendo a carcajadas.

Era la segunda vez que el zorro había burlado al cocodrilo; éste no podía consolarse y esperaba continuamente en el río que su enemigo volviera atraído por la sed. Como esto no sucedía, se le ocurrió un día hacerse el muerto para ver si el zorro, creyéndolo tal, se acercaba. Acostóse sobre su lomo con las cuatro patas para arriba y permaneció así largo rato.

El zorro, que vagaba por allí, lo vió desde lejos y creyéndolo muerto se acercó, diciendo lleno de alegría que iba a buscar a su compañera, para devorar el tan suculento manjar. Pero como era muy astuto quiso cerciorarse primero de que no había mistificación y siempre a distancia prudente dijo en alta voz:

—¿Qué pena que haya muerto un cocodrilo tan lindo! ¡Era en verdad un buen animal! Pero tal vez no esté muerto de todo y haya esperanzas de salvarlo... Si... He oído decir que cuando los cocodrilos están realmente muertos mueven las orejas y la cola. Me parece que no está muerto, pues está perfectamente inmóvil.

El pobre cocodrilo se dejó vencer por tercera vez: quiso mover sus orejas, pero como esto le resultaba imposible, sacudió la cabeza y la cola.

El zorro, loco de alegría al ver que había escapado burlando nuevamente a tan temi-

ble enemigo, se alejó precipitadamente.

Desesperado por el hambre que sentía, nuestro zorro penetró en un campo sembrado de berenjenas y comiendo precipitadamente se clavó una espina en el hocico. Como la herida sangraba bastante y empezaba a infectarse, nuestro zorro pensó en acercarse nuevamente al río a fin de lavarla, pero temiendo siempre a sus enemigos, recorrió una buena distancia pensando en llegar al agua en un punto muy lejano del que se encontraba el cocodrilo. Estaba muy ocupado lavando su herida cuando, ya fuera por el peso excesivo de lo que había comido o por un mal paso, cayó al agua en un lugar en que el río formaba un remolino. Arrastrado por la corriente nuestro amigo fué a dar... precisamente al lugar donde se encontraba el cocodrilo.

Demás está decir que éste se precipitó sobre su odiado enemigo, no quedando a los pocos minutos ni rastros del que se había atrevido a burlarse de él.

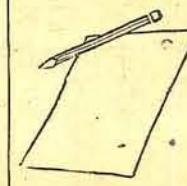
UN NIÑO VALIENTE

HE aquí la historia verídica de una acción heroica ejecutada por un niño que desapareció después de hacerla.

Un viejo frutero guardaba su carrito todas las noches en una casa situada en uno de los suburbios de Londres. Un viernes por la noche, el frutero, que era judío, llegó a la casa con su carrito lleno de fruta, listo para venderla al día siguiente. Sucedió que sin saber cómo, se volcó su lámpara de kerosene y éste se derramó entre las bananas, naranjas y manzanas. Unos trapos que colgaban dentro de una pieza no tardaron en incendiarse y el fuego se propagó con suma rapidez. Dos pilluelos que pasaban por ahí, advirtieron el incendio, y con gran presencia de ánimo corrieron al primer puesto de la calle donde, rompiendo el vidrio, dieron aviso a los bomberos. Estos no tardaron en llegar, pero uno de los niños exclamó de repente: ¡Hay un caballo en el fondo de la casa! Sin perder tiempo se precipitó dentro de ella y, a pesar del espeso humo que hacía ya la atmósfera irrespirable, llegó hasta donde se encontraba el desgraciado animal. Colocándole un trapo mojado sobre la cabe-

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

¡ESAS MISMAS PALABRAS!



I.— Entréguese a una persona una tira de papel; luego, tómese otra tira de papel para uso personal, y dígamele a esa persona: —Escriba las palabras que desee... que, aunque yo no veré lo que escribe usted, ¡escribiré a mi vez, esas mismas palabras!

II.—El amigo escribirá algo y doblará la hoja de papel. Después, pedirá ver lo que uno ha escrito.

III.— Pues bien; el amigo tendrá que admitir que uno ha hecho exactamente lo que dijo, pues en el otro papel se habrá escrito sencillamente lo siguiente: "¡Esas mismas palabras!"

za consiguió que éste lo siguiera a través de las llamas, salvándolo así de una muerte segura.

Lo más extraño del caso es que cuando las autoridades quisieron llamar al valiente niño para recompensarlo por su noble comportamiento, éste había desaparecido.

LAS OCUPACIONES DEL VIAJERO

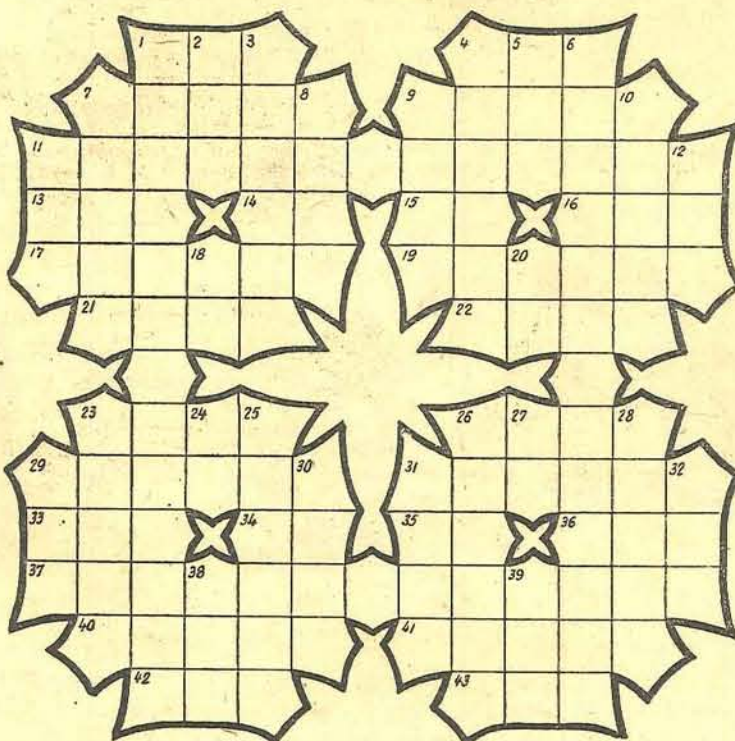
EL recién venido pregunta al director del hotel en que se aloja:

—¿A qué hora son las comidas?

El director: —El desayuno, de siete a once; el almuerzo, de once a tres; el té, de tres a siete y la comida de siete a once.

El viajero: —¿Pero entonces no hay tiempo para visitar la ciudad!

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Escritor norteamericano de poderosa imaginación, autor de "Cuentos extraordinarios".
- Hueso de la cadera.
- Sucesión rápida y alternada de dos notas de igual duración, entre las cuales media la distancia de un tono o de un semitono.
- Substancia amarillenta, de naturaleza calcárea, que se adhiere al esmalte de los dientes.
- Destinadas anticipadamente para una cosa o un fin.
- Igualdad en la superficie o altura de las cosas.
- Intersección con que repe-

- tida, se denota la risa.
- Punto en los dados.
- Atréverse.
- Especular sobre valores, negociar a crédito, o por mayor sobre mercaderías.
- Capital europea.
- Rezar.
- Criminosos, culpados.
- Ser fantástico, bajo la forma de mujer, al cual se atribuía poder mágico y el don de adivinar lo futuro.
- En sentido figurado, impedir o quitar el movimiento.
- Cilindro que sirve para devanar y mantener arrollados en él hilos, alambres o cables.
- Atraer a sí, toman para sí.
- Artículo.
- Carta de la baraja.

- Artículo.
- Pronombre demostrativo.
- En forma bien concertada y grata para los oídos, si se trata de una variedad de sonidos.
- Hacer mal de ojo.
- Serie de cosas medidas por orden en un hilo.
- Argentinismo: eres.
- Quita como cortando y raspando la superficie de una cosa, con un instrumento áspero o cortante.

Verticales

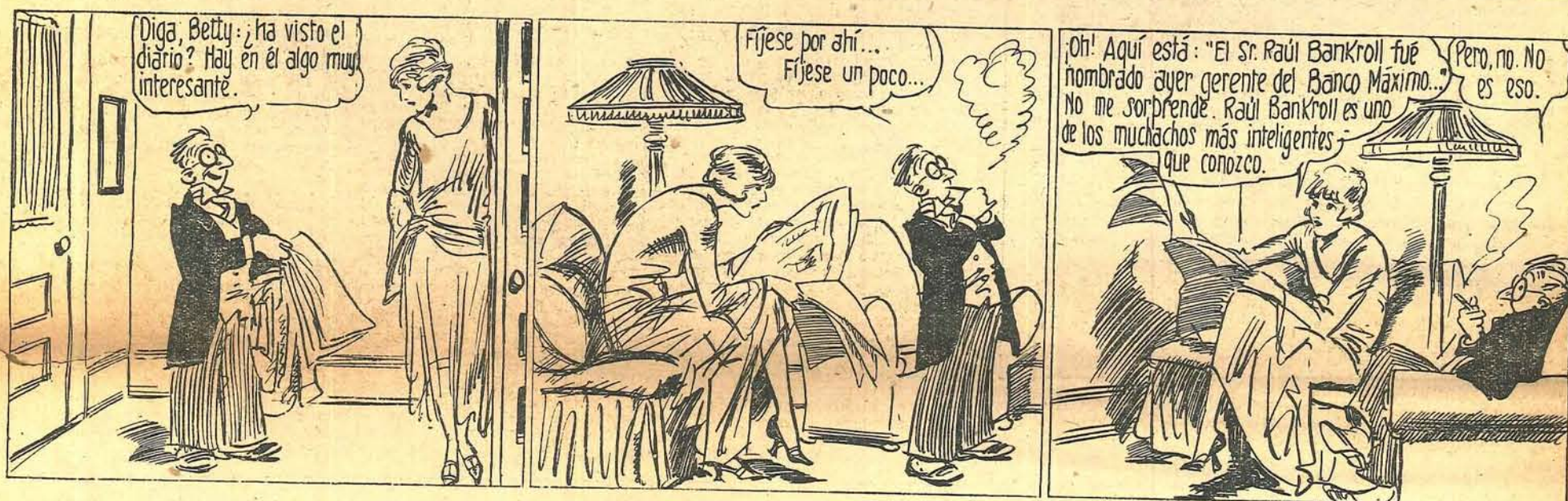
- Poníamos a cubierto anticipadamente a personas o cosas, de algún daño o peligro.
- Escuchad.
- Poner una cosa en el eje.
- Enfadar, molestar.
- Pasión del ánimo.
- Con viveza, eficacia, ansia, anhelo.
- Pedazo de tela desechado por viejo, por roto o por inútil.
- Atreverse.
- Reino de la Indochina.
- Sitio con vegetación, aislado en un desierto.
- Provecho.
- Ansia de beber.
- Iniciales de una nación sudamericana.
- Preposición que indica propiedad o pertenencia.
- Estima y respeto de la dignidad propia.
- Entregué, concedí, otorgué.
- Fruta muy aromática y apetitosa.
- Empezar a mostrar alguna cosa.
- Pronombre personal.
- Operación aritmética.
- Postilla o tumorcillo de materia que sale en el cuerpo.
- Tomar, agarrar.
- En las aves.
- El último de los patriarcas bíblicos antediluvianos.
- Agujero por donde se mete la llave en la cerradura.
- Cuadro pequeño de tierra destinado al cultivo de flores u hortalizas.

BETTY

1930 N. Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

DE LO QUE SE ENORGULLECIA



Antes de Casarse CUENTAN CON \$ 10.000 que asegurarán el pago de su CASA

*Está a su fácil alcance esta protección...
usted no encontrará otro desembolso peque-
ño que pueda beneficiar tanto a los suyos.*

ENRIQUE Vieyra, que es encargado de ven-
tas en una importante casa introductora,
ha demostrado tener índole de hombre progresista
a pesar de contar sólo 24 años.

Pronto ha de casarse con Marta, una joven
inteligente y llena de encantos. Días pasados,
después de tomar algunas disposiciones, fué a
ver a Marta a quien sorprendió diciéndole:

—Sobre el terreno que compré en Bánfield
pienso levantar una casita.

—¿Y has reunido tanto dinero Enrique? —
exclamó su novia.

—Me faltan sólo \$ 7.000 para completar su
valor, pero pienso cubrirlos en pocos años.

—Me asusta un poco esto —dijo Marta— no
puedo borrar de mi memoria el caso de mi tío
Eduardo.

—¿Qué es lo que le sucedió?

—Murió sin haber finalizado el pago de la
casa y por eso su familia perdió casi todos los
ahorros puestos en ella.

—Si yo muriera tú no perderás la casa —
respondió.

—¡Oh, Enrique, no quise referirme a esto!

—Sin embargo, todo debe preverse —insistió
Enrique— pues con el solo ahorro de \$ 0.70 diarios,
pago un seguro de vida en la "Sud América", por
valor de \$ 10.000. De manera que si yo desapa-
reciera a ti te quedaría la casa y algo más todavía.

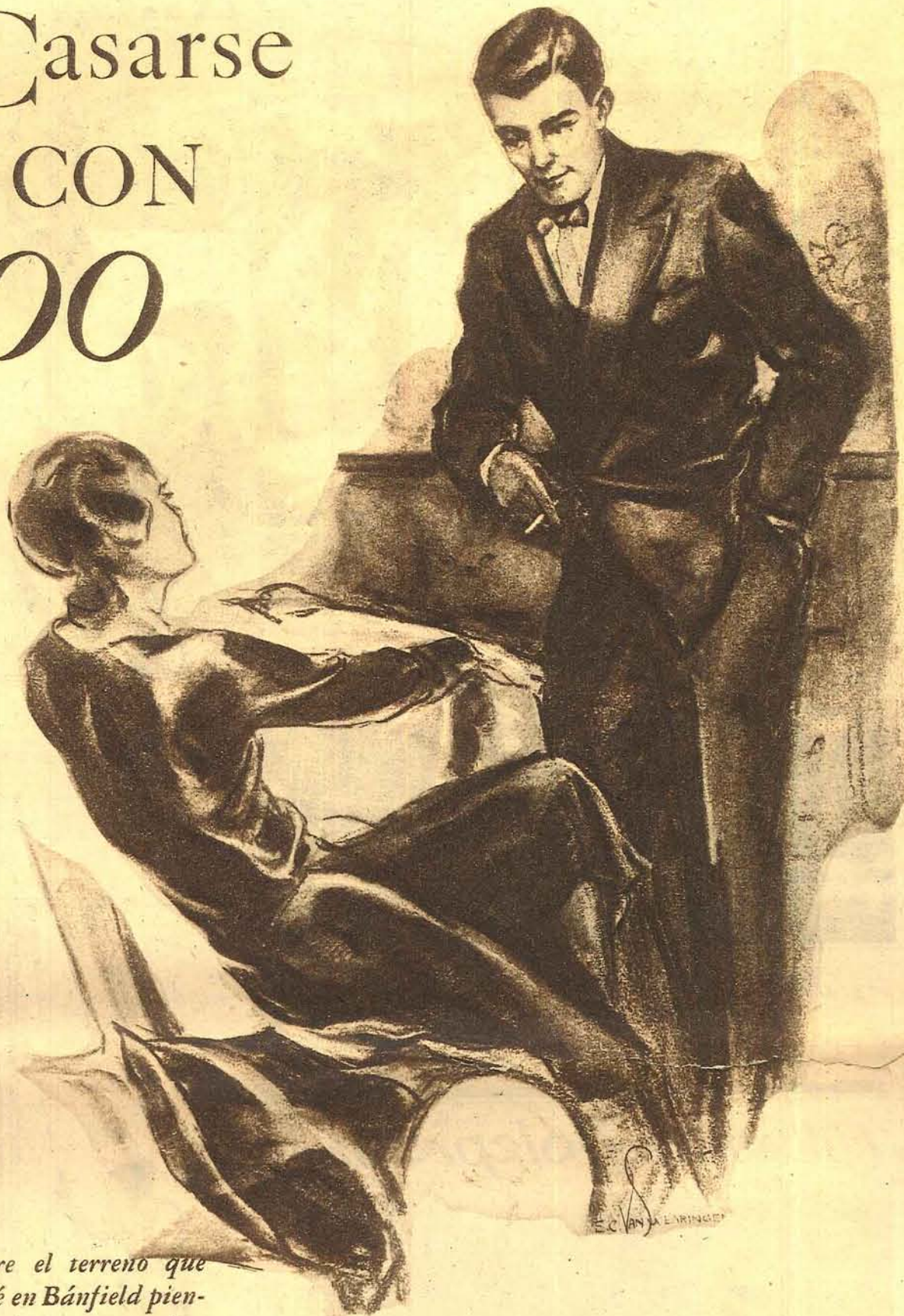
—¡Oh, qué afectuosa previsión la tuya, Enrique...

*—Sobre el terreno que
compré en Bánfield pien-
so levantar una casita.*

en las cosas que piensas!... —balbuceó Marta, llena
de emoción —¡tú lograrás la felicidad y el éxito
porque lo mereces!

El seguro de vida será para usted la mejor
solución, la única que garantizará a su familia,
a los seres que usted quiere, una protección
cuando más la necesiten. Señale en el cuadro de
la derecha el párrafo que le interesa y envíenos
el cupón hoy mismo. A vuelta de correo recibirá
amplia información.

**Llene y mande este cupón hoy, juntamen-
te con el cuadro que contiene los 10 pun-
tos, marcando aquel que más le interesa.**



Algunas de las situaciones que el seguro solucionará para usted...

1. Asegura para los suyos la posesión de la casa o
propiedad hipotecada.
2. Le ayuda a guardar dinero.
3. Es la manera mejor de proveer para las per-
sonas que dependen de usted.
4. Es indispensable para aquellos que no tienen
capital y que gastan todas sus entradas para
mantener su hogar.
5. Elimina preocupaciones del espíritu, acrecienta
la eficiencia en el trabajo.
6. Fortalece su crédito.
7. Seguros recíprocos entre socios garantizan inver-
siones de capital.
8. Permite a los padres asegurar una sólida edu-
cación a sus hijos.
9. Facilita la formación de un capital.
10. El seguro cubrirá los gastos e impuestos de
una testamentaria.

SECCION CONSULTAS

"Sud América", Compañía Nacional de Seguros
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 530 - Buenos Aires.
Sírvese mandarme gratis su libro titulado "Siguien-
do este camino se alcanzan los grandes ideales".

Nombre
Dirección
Ciudad F. C.

006-L.N. 2/11/35

COMPAÑIA NACIONAL DE SEGUROS

Sud América

AVENIDA PRESIDENTE ROQUE SAENZ PEÑA 530 - BUENOS AIRES

Esta Compañía tiene el 40 % de las pólizas en vigor en el país. Pagó por siniestros y en vida
\$ 3.933.318,52 durante 1929. Sus pólizas se liquidan de inmediato. Capital y reservas \$ 35.575.718,77.
Para informes sobre otros ramos de seguro dirijase a nuestra filial Sud América Terrestre y Marítima.



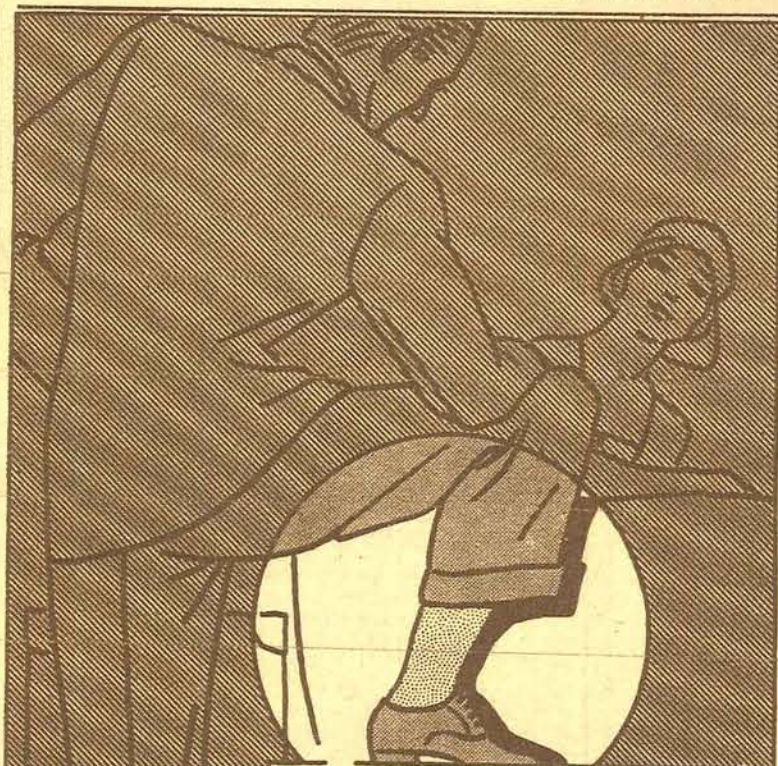
La hijita de Maurice Bellonte, de 4 años de edad, entusiasmada ante el éxito del vuelo del "¿?", ha construido un original aparato y actúa como radiotelegrafista, con singular seriedad.



Kid Chocolate en Nueva York cuenta a sus pequeños admiradores las incidencias de sus encuentros.

Calcetines Holeproof

pronúnciese "Jolpruf"



LOS Calcetines Holeproof imparten elegante apariencia y son siempre de última moda. Además, duran de 3 a 4 veces más que otros, sin ser caros.

El refuerzo exclusivo "Ex" que triplica la resistencia en la puntera del calcetín, es el secreto de la mayor durabilidad de los de marca Holeproof.

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZ-ZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734



Los preparativos para la cosecha del lúpulo, en Kentucky, exigen habilidad del agricultor que prepara la recolección.



Para las Vacaciones

El Egipto, deleita a los que buscan la admirable luminosidad de su atmósfera. Misterio - poesía - historia - salud. Ofrece al deportista excelentes facilidades para jugar al golf, al tenis, así como carreras de caballos, etc., y para los visitantes en general cuenta con lujosos hoteles y espléndidos medios de comunicación.

VISITE EGIPTO

OFERTA ÚNICA

28 DÍAS de Viaje Confortable por sólo £ 73.10.0d (aproximadamente \$ 1.000.— m/n.)
o 35 DÍAS por sólo £ 82.10.0d (aproximadamente \$ 1.150.— m/n.)

IDA Y VUELTA

Desde	por	Hasta
Marsella	Alejandro	El Cairo
Tolón		Luxor
Génova		y
Venecia		Asuán
Trieste	Port Saïd	

Desde el 1.º de NOVIEMBRE hasta el 15 de ENERO

INCLUYENDO: PASAJE MARÍTIMO de primera clase, viaje en ferrocarril en primera clase, comidas en coches comedores o Pullman, coches dormitorio con lujosos compartimentos individuales y estadas en los mejores hoteles.

Pueden obtenerse Pasajes en las Agencias Marítimas y de Turismo TAMBIÉN PUEDEN ADQUIRIRSE PASAJES MÁS ECONÓMICOS DE SEGUNDA CLASE Y PUEDEN CONCERTARSE EXCURSIONES POR EL NILO, EN COMBINACIÓN CON ESTA OFERTA.

Remítanos libre de gastos un folleto ilustrado a quien lo solicite a:
Latin-American Publicity Service Ltd.,
Entre Ríos 1334, Buenos Aires

PARA MAYORES INFORMES ESCRIBASE A:
EGYPT TRAVEL BUREAU, 60, REGENT STREET,
LONDRES, W. 1, INGLATERRA.





Bernice Robinson y Carolina Tschopik con la gigantesca llave de oro usada en la ceremonia inaugural del túnel de Nueva Sepúlveda, en California.



Tres bellezas italianas: Nello Sanchetti, Bella Morani y Nora Cartura.



Para alisar las arrugas y conferir al cutis blancura y lozanía.

De cada cinco actrices, cuatro siguen este encantador tratamiento.

Es el moderno, a la vez que sencillo tratamiento cutáneo. Mire cómo las más conocidas actrices lo ponderan. Permite construir un cutis nuevo. Fácilmente, sin que nadie se percate del tratamiento, la piel de usted puede mejorar—conservarse joven siempre—librarse de cualquier imperfección.

Un cutis límpido, liso y suave

Nada más que Crema de Oriente Vindobona le hace falta a Vd. para embellecer y rejuvenecer su tez. No es un astringente violento que estira la piel hasta ajarla, finalmente sin remedio, sino un vaso constructor. Sus valiosos ingredientes—sólo en ella contenidos—son absorbidos por la piel. Diluye las pecas y cualquier alteración pigmentaria. Los paños y las manchas cutáneas desaparecerán como si Vd. las hubiese sacado con una toalla, simplemente. La piel adquiere perlina transparencia porque sana los barritos, acné, granitos y cualquier impureza. Se aclara, se blanquea y nada hay más bello que un cutis blanco como la leche, fresco como el de una colegiala. Cuando la piel esté ajada, agrietada, basta que entre en contacto con Crema de Oriente Vindobona para que se sane de inmediato. Las aplicaciones sucesivas—como las practican la mayoría de las actrices, aquí y en el extranjero—tonifican la epidermis. Reafirman las partes flácidas, corrigen el contorno del rostro, y nutriendo y estimulando la piel borran las arrugas, aún las más profundas, en la frente, en el cuello, junto a los ojos y a la boca.

Este tratamiento requiere sólo 3 minutos

Siguiendo el ejemplo de las bellezas de la escena, también Vd. introduzca, todos los días antes de acostarse, Crema de Oriente Vindobona en su piel. La librará de las pecas y manchas, de los granitos, barritos y otras impurezas cutáneas. Alisará sus arrugas. Le traerá un cutis tan bello y fresco como puede serlo el más hermoso de la más bella chica de 18 años.



"Cero primordial tratar el cutis con Crema de Oriente Vindobona. He comprobado que los perjuicios causados por el viento, el sol, la tierra, el frío y los colorados, desaparecen rápidamente, y he visto casi milagros realizados por esa crema, borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas. El uso de Crema de Oriente Vindobona es habitual en mí y en muchas actrices."

EVITA FRANCO

Con la garantía de devolver el dinero, se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, PISO 1°
BUENOS AIRES

(Atendida por señoritas)

Folleto gratis. — Remita el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA

L. N. O. 58

Florida 8 - Piso 1° - Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle N°

Ciudad F. C.

Cuerpo esbelto * se obtiene por medio de baños

¿No ha observado Ud. que numerosas personas encontraron la forma de perder peso y conseguir esbeltez?

El exceso de peso, la gordura, son menos comunes. Esas personas se someten a un agradable tratamiento: dos "Baños Sarowal" por semana. En una bañera de agua caliente disuelve usted el contenido de un paquetito de Polvos para Baños Sarowal. Sumérjase Ud. en el agua caliente y descansa en ella. En seguida se iniciará un agradable proceso físico-fisiológico. Las grasas y los tejidos adiposos se disuelven, y son expulsados por los poros o reabsorbidos por el organismo. Tome Ud. dos baños Sarowal por semana. Pésele antes y después de cada baño. Comprobará que ha perdido uno o dos kilogramos. Con este tratamiento podrá comer lo que guste y no son necesarios los ejercicios violentos. Los Baños Sarowal, al mismo tiempo que disuelven las grasas, estimulan la circulación, tonifican y refrescan la epidermis. La piel adquiere firmeza y suavidad y se alisan las arrugas. Adquiera hoy "POLVOS PARA BAÑOS SAROWAL". La balanza y la mayor sensación de bienestar físico le probarán los beneficios obtenidos.

Pídalo en las buenas casas del ramo, entre ellas:

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, PISO 1°
BUENOS AIRES

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida

Gath y Chaves
Casa Central y Suc.

Casa Arg. Scherrer
Suipacha 171

Farmacia Inglesa
Av. de Mayo 900

¿Tiene Ud. Adoloridos los Musculos

Calme el dolor dándose masaje con Iodex con Salicilato de Metilo. Uselo Ud. con confianza. No irrita ni mancha la piel. Busque siempre el color verde de la caja en que se vende.

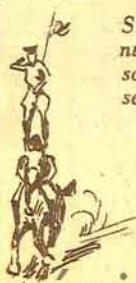


Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

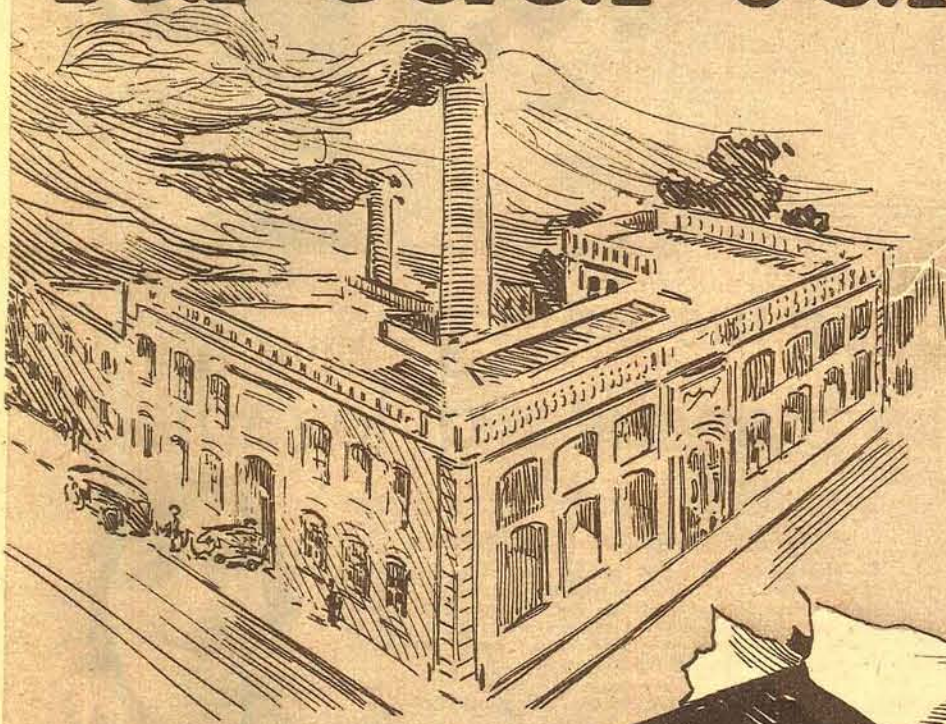
IODEX

MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E. U. A.

Soldados de la nueva Rusia, sucesores de los famosos cosacos del Zar.



Tal cual sale de Fábrica...



... se vende en las Farmacias y Perfumerías

"El Paquete familiar LE SANCY"

creado en beneficio de los hogares que
consumen mucho jabón.

Contiene 12 jabones y se vende en \$ 4



Mientras no los
consume dis-
tribúyalos en
su ropero jun-
to a la ropa
blanca

El jabón **Le Sancy** jamás se vende desenvuelto
y esta operación es realizada por los procedi-
mientos más modernos, en seguida que son re-
tirados de los secaderos, llegando a manos del
consumidor sin haber estado expuesto ni
siquiera a las impurezas del aire.

Unico jabón perfumado con el

Bouquet de Lavanda de Dubarry
"que huele a limpio"



Espuma de Flores

Perfumería
Dubarry

0.35

La pastilla de
115 gramos